

A composite image featuring a couple in profile, a sunset over mountains, a cabin, and a red truck. The couple is shown in a close embrace, their faces nearly touching, set against a vibrant sunset sky with orange and yellow clouds. Below them, a dark wooden cabin with a balcony sits on a hillside, surrounded by lush greenery and a river. In the foreground, a red pickup truck is parked on a gravel path. The overall scene is romantic and nostalgic.

NUNCA TE OLVIDE

Mar Fernández Martínez



Nunca te Olvidé

Mar Fernández Martínez

Nunca te olvidé

Copyright © 2013 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público.

All Rights reserved

1ª edición en Octubre 2013

ISBN-13: 978-1492709299

ISBN-10: 1492709298

*Dedicado a mi padre, Luis Fernández Ballón,
porque sé que siempre está a mi lado,
en mi corazón.*

INDICE

prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Epílogo

Otros títulos en amazon

Autora:

AGRADECIMIENTOS

prólogo

Linette Montgomery descansaba después del almuerzo cómodamente sentada en el columpio del porche. Observaba con deleite a su familia, la única que le quedaba tras la muerte de su marido. Durante los treinta años que estuvieron casados fueron una pareja feliz como ninguna, pero una mala enfermedad se lo llevó de su lado.

Ahora solo le quedaba su hijo, Jacob, que cada domingo como un reloj, la visitaba para comer en familia. Para su desgracia su Jacob se había casado con la más insufrible de las mujeres de la zona. Ambas eran muy distintas, ya que Mery era recta en sus costumbres, seca y poco considerada. Para colmo era una de las mayores cotillas del pueblo, como había sido su difunta madre. A pesar de todo, Linette nunca dijo nada a su hijo porque él era libre de enamorarse de quien le placiera.

Pero sus nietos eran algo bien diferente, ya que, gracias al cielo, no se parecían demasiado a su madre. En ese momento se sentó a su lado la más pequeña de los tres, su *dulce Jane*, de diez años y cuyos ojos azules iluminaban su cara al sonreír contagiando su alegría e inocencia.

—Jane, ¿te gustó la tarta de chocolate que te preparé?

—Sí, gracias abuelita Linette, sabes que me encanta.

—¿Dónde está tu hermano Derek?

—Creo que está en el viejo establo.

—¡Ese demonio de chico! Le he dicho mil veces que no vaya allí, está a punto de derrumbarse...

—Le gusta ir con su amigo Daniel Sullivan.

—Supongo que es normal que los muchachos quieran tener su propio espacio, pero no deja de ser peligroso que anden por ahí. Hablaré con él.

—No te enfades abuela. Es normal —hizo un gesto con su pequeña mano como si fuera mayor. Su abuela sonrió.

—¿Por qué?

—Seguro que hablan de cosas de chicos —le explicó Jane muy seria—. Cuando mamá está hablando con la de Tory, que es mi mejor amiga,

nos dicen que nos vayamos a jugar porque están hablando de cosas de chicas.

—Lo que hacen es chismorrear —dijo Linette entre dientes para que la pequeña no la escuchara.

—¿Es malo hablar de cosas de chicas? —preguntó sin comprender el ceño fruncido de Linette.

—No mi cielo —contestó plantando un beso en la coronilla de la pequeña mientras la abrazaba con cariño—. No me hagas caso Jane. La abuela, que ya está mayor.

—¡Mira abuela! —exclamó señalando con un dedo el camino—. Viene la señora Rider. —su abuela la vió a lo lejos y se levantó.

—Cariño, será mejor que vayas a jugar con tu hermana, tengo que hablar con Rose.

Cuando se encontró con la mujer en el umbral del porche le dio un emotivo abrazo. Linette la apreciaba mucho, era la hija de su mejor amiga Greta que había fallecido un par de años antes. Rose la preocupaba mucho últimamente. Era evidente que ese cerdo de Lee Rider le hacía la vida insoportable. Se casó demasiado joven con ese bueno para nada, cuando se quedó embarazada, y de eso hacía ya dieciséis años.

Al observar su rostro se percató de que tenía el ojo morado y algún que otro arañazo en su suave piel. Aquel hijo de mala madre la había vuelto a pegar ¿Por qué no le denunciaba de una vez por todas? ¿Por qué no se divorciaba? Suspiró levemente ya que conocía la respuesta aun sin preguntar. Le amaba y nada podría hacerla cambiar de opinión a pesar de hacerse daño a sí misma y a sus hijos. No era consciente de su error.

—Será mejor que entremos para hablar.

—No, Linette, gracias. Tienes visita y no quiero molestar.

—No te preocupes. —La puerta ya estaba abierta y la instó a entrar al salón.

—Linette, de verdad que no quiero molestar. —Miró por la ventana deseando no encontrarse con nadie.

—Jacob esta echándose una siesta y mi nuera está leyendo en el jardín de la parte trasera. ¿Qué pasa?

—Yo... —balbuceó algo avergonzada—. Solo venía a agradecerte que me encontraras el empleo en el restaurante de Ben. Pero creo que será mejor que lo deje.

—¿Por qué? —preguntó la anciana conociendo ya la respuesta de antemano. Lo veía en ese ojo morado.

—Tengo que cuidar de los niños. Además... —dudó antes de confesar—. Estoy embarazada, debo tener cuidado.

—Rose, ¡Dios santo! —exclamó alarmada. Era el colmo, ese cabeza hueca la había vuelto a liar como si la pobre Rose no tuviera ya bastante. Así nunca lograría huir de aquel hombre. La tristeza en su rostro la desarmó—. No pasa nada cielo. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Gracias. Si no fuera por tu apoyo estaría completamente sola. Desde que murió mi madre solo te tengo a ti. —su voz sonaba entrecortada y no pudo evitar abrazarse a la anciana en busca de consuelo. Cuando se separaron, Linette se acercó hasta el perchero en el que estaba colgado su bolso y saco su cartera.

—Toma —dijo mientras ponía unos billetes en la palma de su mano. Rose fue a rehusar el gesto, pero Linette no se lo permitió—. No lo rechaces, mi niña. Sabes que eres como una hija para mí y puedes contar conmigo siempre. Esos niños necesitan comer.

—Linette. Mi vida se me está yendo de las manos y no sé qué hacer. A mi Jack no se qué le pasa últimamente, pero no hace otra cosa que meterse en líos. Sus estudios cada vez van peor y lo último fue...

—Que ha discutido con su padre por ti.

—Sí. Fue cuando Lee y yo discutíamos por lo del trabajo, Jack se quiso meter en medio y le levantó la mano a mi pequeño...

—Y tú se lo impediste.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó herida.

—Lo coherente sería que te separaras de ese tipo.

Rose fue a protestar, pero Linette la acalló con un gesto—. Ya sé

que no lo vas a hacer. Habla con el chico y dile que si quiere ser un hombre de verdad no cometa los mismos errores que su padre. Creo que es listo y lo entenderá a la primera.

—Espero que tengas razón.

—Es un buen muchacho. Me recuerda mucho a tu padre y no a ese mulo que tienes por marido.

—No seas mala. —Miró su reloj de pulsera con nerviosismo—. Ahora tengo que irme. Gracias por todo, no sabes cómo necesitaba hablar contigo.

—Siempre que lo necesites puedes venir. Ésta es tu casa si quieres.

—Gracias.

—Cuídate, por favor.

La pequeña Jane estaba sentada en un banco de madera pintado de verde del patio del colegio. Era un día soleado de primavera y en el patio había mucho barullo, como todos los días a la hora del recreo. Su mejor amiga, Tory, no había asistido a clase porque había cogido la gripe y Jane se sentía algo sola. Estaba abriendo la bolsa de papel de su almuerzo cuando Timothy Potter se le acercó. Él iba a un curso por encima del suyo y no le gustaba nada. Sin previo aviso le quito la bolsa de las manos y sacó su sándwich para darle un mordisco antes de hablar a la desconsolada Jane, que le miraba entre el odio y el miedo.

—Mi favorito; crema de cacahuete.

—Es mío —exclamó ella sin poder contenerse con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados.

—Te equivocas, ahora es mi almuerzo. ¿Qué más hay aquí? —preguntó rebuscando de nuevo en la bolsa—. ¡Vaya! Qué suerte la mía. Un trocito de pastel de chocolate, y tiene muy buena pinta.

Jane se levantó del banco, e intentó quitarle la bolsa robada, pero Timothy se apartó cuando ella se dirigía a toda velocidad hasta él, con la intención de empujarle. La consecuencia fue que Jane acabó en el suelo, enfangado por las últimas lluvias, manchando su vestido nuevo. Reprimió sus ganas de llorar para evitar las burlas de él al verla derrotada. Estaba a punto de levantarse cuando unas manos la ayudaron cogiéndola por las axilas. Unos preciosos ojos grises la miraban preocupados y una leve sonrisa se dibujaba en sus labios. Era Jack Rider, el hijo de aquella amiga de su abuela que la visitaba a menudo.

Cuando se cercioró de que la pequeña estaba bien se dió la vuelta para enfrentarse con el muchacho causante del desastre que le miraba con temor. Aún tenía la bolsa de papel marrón en las manos sin saber qué hacer ante la mirada fría del grandullón que había salido en defensa de su víctima.

—Me parece que esa bolsa no es tuya. ¿No te da vergüenza meterte con una niña más pequeña que tú? —Timothy le devolvió a Jane la bolsa con miedo sin acercarse demasiado y

desconfiando. Iba a salir pitando, pero Jack se lo impidió agarrándole del brazo.

—Chico, harías bien disculpándote y prometiendo no meterte más con ella.

—Lo siento, Jane. No lo volveré a hacer. —Cuando Jack lo soltó salió corriendo hasta el otro lado del patio.

—Gracias —dijo tímidamente cuando Jack la sonrió.

—De nada pequeña —le contesto mientras sacaba un pañuelo de sus gastados pantalones de pana marrón y le limpiaba el barro de la cara. La pobre después de la caída se había quedado echa un cisco—. Ahora almuerza antes de que suene la campana.

Jack llegó a casa contento por haber aprobado el examen de matemáticas aquella mañana. Estaba feliz porque sabía que a su madre le animaría la noticia y se sentiría orgullosa.

Abrió con su llave la puerta desgastada del piso donde vivía con su familia. Se dio cuenta de que algo no andaba bien al llegar a la cocina revuelta y ver unos platos rotos con restos de comida esparcidos por el suelo de linóleo gris.

El corazón se le aceleró en el pecho mientras avanzaba lentamente por el pasillo pintado de rosa, descascarillado por el tiempo, en dirección a la habitación de sus padres. Se asomó con precaución al umbral y lo que vio le dejó sin aire en los pulmones y medio mareado.

En el suelo estaba su madre inconsciente con un gran charco de sangre roja bajo su cuerpo inerte. Se sintió solo e indefenso, pero al mismo tiempo que lleno de rabia y dolor. Apretó los puños a los costados sabiendo quien era el culpable.

Su cabeza parecía zumbiar y las ideas se aglomeraban en su cerebro impidiéndole reaccionar. En ese momento escuchó el sonido de otra llave que abría la puerta, solo podía ser su hermano. Con el sudor corriendo por su espalda se encaminó a su encuentro con la intención de evitar que entrase en aquella habitación.

—¡Mamá! Ya estoy en casa. —era la voz de Cole que avanzaba por el pasillo en su dirección. Su hermano debió de notar algo raro porque le miró con suspicacia—. ¿Pasa algo? ¿Dónde está mamá?

—Mamá no está —le mintió—. Ha ido a visitar a la señora Montgomery. Me ha dicho que le preguntes a tu amigo Kevin si te puedes quedar esta noche en su casa.

—¿Por qué? —preguntó desconfiado.

—Cole, haz lo que te digo.

—Pero...

—No discutas y hazlo —exclamó frustrado por su tozudez.

—Jack...

—¡Ahora! —gritó atemorizando por primera vez en su vida a su hermano.

El muchacho salió corriendo hacía el salón y marcó el teléfono de su amigo y cuando colgó salió del apartamento dando un portazo con enfado. Fue cuando Jack consiguió respirar.

Por fin pudo coger el teléfono con manos temblorosas y llamar al número de emergencias. Mientras esperaba a la ambulancia decidió comunicarse con la señora Montgomery. En cuanto

al otro lado de la línea descolgaron Jack, se aceleró soltando la información de forma atropellada y la mujer le dijo que salía inmediatamente para el hospital y que esperase en la sala de urgencias hasta que llegara.

Poco después sonó el gastado timbre y los camilleros pusieron a su madre con pulso débil sobre la camilla. Jack tenía lágrimas en las mejillas mientras los seguía hasta la ambulancia, tenía más miedo del que había pasado en toda su vida.

Horas después seguía sentado junto a Linette Montgomery en la sala de espera. No habían tenido noticias de su madre en horas y estaba empezando a desesperarse. La mujer pareció intuir su inquietud y cogió su mano intentando infundirle ánimos con aquel gesto. Emocionado, la miró a los ojos dándole las gracias silenciosamente.

—Muchacho, ¿dónde está tu hermano?

—En casa de un amigo. De momento pasará allí la noche. Cuando llegó a casa yo le eché —confesó sintiéndose mal—, no quería que viera así a mamá.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso, pero hiciste bien mandando a tu hermano lejos.

—Gracias, señora Montgomery.

En ese momento entró el médico de guardia con su bata blanca y cara de malas noticias que se acercó a ellos con pesar. —Buenas noches... —saludó con formalismos, pero Linette le habló con urgencia.

—Sumer, ¿cómo está Rose?

—Pues... —No quería hablar delante de Jack.

—Hable sin tapujos Sumer, que el muchacho es duro. No se asustará de nada con el padre que tiene.

—Está bien. —su boca se convirtió en una línea prieta antes de hablar—. La paciente ha perdido al bebé que esperaba.

Jack sintió que de nuevo se mareaba, no tenía ni idea de que su madre estuviera embarazada y aquello le dolió. Aun así preguntó angustiado—. ¿Se recuperará?

—Solo está algo débil porque ha perdido mucha sangre y hemos tenido que hacerle una transfusión, pero pudimos controlar la hemorragia —sin decir una palabra más cruzó de nuevo la puerta por la que había salido poco antes.

Jack cayó derrotado sobre uno de los bancos de plástico blanco. Eran demasiadas malas noticias para un solo día, apoyó los codos sobre sus rodillas y escondió su rostro entre las manos. Linette se sentó junto a él y cogió de nuevo su mano en señal de apoyo. Se mantuvieron en silencio varios minutos antes de que el muchacho lo rompiera con voz estrangulada.

—Lo mataré por lo que le ha hecho... —su voz era fría como el acero a pesar de su juventud.

—Muchacho, tú no vas a matar a nadie. Esa actitud agresiva no va a ayudar a tu madre a recuperarse, ya tiene bastante con ese demonio —su mano arrugada sujetó su barbilla para mirarle a los ojos—. Vas a entrar en esa habitación y apoyar a tu madre que es lo que ella necesita y no vas a meterte en más líos...

—Mire señora... —no le gustaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer.

Linette atajó su parlamento:

—Cállate muchacho. No querrás ser como tu padre, ¿verdad?

—No —contestó avergonzado.

—Pues no te comportes como él y haz lo que te digo.

—Señora Montgomery, tiene usted razón.

—Llámame Linette. Cuentas con mi ayuda si la necesitas. Tu madre es muy especial para mí, ¿lo sabes?

—Gracias, Linette.

La anciana se levantó del banco con cansancio y le instó a hacer lo mismo—. Ahora entremos en esa habitación, tenemos que intentar que tu madre denuncie de una vez a esa bestia.

—No creo que lo consigamos.

—Por lo menos lo intentaremos.

Pero esa denuncia nunca llegó. Desgraciadamente el corazón de las personas puede resultar peligroso para ellos mismos como en el caso de Rose, que a pesar de todo amaba a aquel demonio que la estaba destruyendo a ella y a sus hijos. Una semana después salió del hospital y volvió al pequeño apartamento con él, porque creía que era lo mejor para que sus hijos no se criaran sin padre, aunque se engañaba a sí misma: sabía que aquel monstruo no les daba un buen ejemplo a los niños.

Tras la vuelta de su madre, Jack cambió la visión que tenía sobre la vida. Era muy duro para él recordar la imagen de ella tendida en el suelo y seguía enfadado con ella por no querer denunciar a su padre.

No quería seguir el rumbo que llevaba su vida y acabar pareciéndose a su progenitor, como le había insinuado la señora Montgomery, y por ello pensaba luchar. Lo primero que debía mejorar eran sus estudios que últimamente había descuidado. Quería en un futuro poder elegir su destino.

Aquella tarde de domingo en casa de la abuela, Darlene estaba aburrida de jugar con su hermana Jane a las muñecas y decidió espiar a su hermano Derek en el viejo establo. Sabía que solía esconderse allí con su mejor amigo, Daniel Sullivan, el hijo del jefe de su padre.

Llevaba tiempo intrigada con su comportamiento, porque pasaban largas horas allí escondidos. Varias veces había intentado acercarse sin que ellos se enteraran, pero no lo había conseguido. Siempre la pescaban y su hermano acababa gritándola enojado hasta que se iba.

Derek y Daniel estaban fumando un pitillo que éste último le había robado a su padre mientras hablaban de coches de carreras, cuando escucharon un ruido sospechoso en una de las ventanas desvencijadas. Daniel fue el que salió para descubrir quién era el intruso y se encontró con Darlene, que no se había percatado de su presencia. Cuando pasaba a su lado la agarró del brazo deteniéndola. Era una niña de larga melena rubia recogida en dos trenzas a ambos lados de su rostro; su vestido a cuadros verdes le conferían una imagen más aniñada aún. Al mirarlo ella a los ojos, sintió que sus mejillas se coloreaban.

—No está bien que espíes a la gente.

—Lo siento mucho. Juro que no vi nada —declaró solemne.

—No mientas. Estabas mirando por la ventana.

—Solo tenía curiosidad —confesó finalmente.

—Darlene, si tu abuela se entera de que estuvimos aquí nos echará una buena bronca.

—No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

— No sé si fiarme de ti.

—Te lo juro —levantó su mano para enfatizar sus palabras.

—Está bien, rubita. Vete antes de que salga tu hermano. Él tiene peor carácter que yo.

—Lo sé.

Darlene desapareció de su vista, colorada como un tomate y con los mofletes ardiendo. Al llegar al porche de la casa se tocó las mejillas recordando lo sucedido. Adoraba a Daniel desde que tenía uso de razón y se sentía muy afortunada porque él fuera el mejor amigo de su hermano Derek. Sabía que aun era muy joven, pero estaba segura que en el futuro Daniel se fijaría en ella y se casarían.

1

Ocho años después.

Jane había pasado parte de la tarde preparándose para su primer baile de Instituto. Se había comprado un vestido de gasa rosa de tirantes finos para esa noche y pensaba ser la chica más bonita de la fiesta, además de ir acompañada por uno de los chicos más guapos de su curso. Unos golpes en la puerta la alertaron de la llegada de su acompañante.

Antes de salir de la habitación se calzó los finos zapatos que le había prestado su hermana Darlene y cogió el delicado chal rosado y un pequeño bolso plateado.

Jerry iba elegantemente vestido con un frac negro a medida y le abrió la puerta de su coche negro, último modelo, con galantería. Durante el trayecto que separaba el pueblo del lugar del baile le contó algunas anécdotas de algunos compañeros de clase que la hicieron reír. En un principio, tuvo sus dudas sobre asistir al baile con él, ya que conocía su fama de manos largas, pero finalmente pensó que era más inofensivo de lo que las malas lenguas decían.

La fiesta fue todo un éxito y Jane se lo pasó genial con Jerry y sus compañeros. Tiempo después de llegar divisó a su amiga Tory muy acaramelada con Kevin Doll. Al parecer había conseguido que la invitara al baile como ella deseaba. Sonrió al recordar lo pesada que se podía su amiga si algo se le metía en la cabeza.

Después de media noche le pidió a Jerry que la llevase a casa porque su madre había sido muy explícita sobre la hora, no debía llegar más tarde de las doce y media. Si llegaba cinco minutos tarde tendría que aguantar una hora de consejos y reprimendas. Los minutos se le hicieron eternos hasta que el coche se puso en marcha.

Jane miraba a cada rato el reloj de pulsera y comprobó que se acercaba su toque de queda. Los nervios se apoderaron de su cuerpo y le recriminó a Jerry que fuera más deprisa, él se limitó a dedicarle una sonrisa ladina. Desde el principio no había parecido muy contento con tener que marcharse tan pronto y ahora iba despacio para fastidiarla, estaba segura de eso.

Llevaban medio camino recorrido cuando paró en una cuneta oscura y puso música romántica. Jane se percató de sus intenciones suspirando ofuscada. No estaba dispuesta a hacer nada que no quisiera y menos con Jerry. Era simpático y le caía bien, pero eso no quería decir que fuera a dejarse sobar como todas las chicas que estaban en su lista de conquistas.

—¿Por qué has parado?

—Jane, ¿te lo tengo que explicar?

—No soy tonta. ¡Vale!

—Entonces estamos de acuerdo... —intentó atraparla junto a su cuerpo para besarla y puso una mano sobre su muslo. Furiosa, la apartó con un manotazo y le propinó una bofetada. Él la miraba incrédulo mientras se apartaba, palpando la mejilla agraviada.

—¿Qué te pasa?

—No quiero que me manosees —no estaba dispuesta a dejarse manejar por él.

—Pues ya puedes salir de mi coche y empezar a andar, ¿de acuerdo? —le dijo mirándola fríamente.

—¿Estás de broma? —preguntó incrédula, no era posible que la fuese a dejar allí tirada en plena noche.

—No estoy bromeando. Si no lo voy a pasar bien contigo no tengo ganas de perder el tiempo. Baja de mi coche y, por favor, no intentes suplicarme.

—No tengo intención de suplicarte, cerdo engreído. —Bajó del coche dando un portazo que no pareció gustarle nada a Jerry, mientras esté arrancaba el coche. Jane miró a su alrededor y se asustó por la oscuridad reinante.

—Eres una estrecha —gritó Jerry desde la ventanilla—. Hay muchas que no hubieran desaprovechado esta ocasión.

—Eres un borrico, cerdo...

—Pregúntaselo a tu amiga Tory que estuvo muy dispuesta.

—No me importa lo que hiciera Tory.

—No voy a perder más el tiempo contigo.

—Lárgate entonces.

—Cielo, te arrepentirás de esto —soltó enfadado antes de salir chirriando ruedas.

Tras su marcha, Jane caminó furiosa por el andén de la carretera oscura y desierta, los altos pinos que bordeaban la carretera se movían con una ligera brisa formando sonidos extraños. En varias ocasiones sus zapatos le jugaron una mala pasada haciendo que se tambalease sobre los altos tacones que no estaba acostumbrada a utilizar.

Maldijo mil veces a Jerry por dejarla tirada en medio de la nada, ya se la iba a cobrar cuando su hermano Derek volviera de la universidad y se enterase de lo sucedido.

Todo era culpa de su amiga Tory por haberla convencido de ir al baile con él. Según ella era un chico guapísimo y todas las chicas de clase estaban deseando salir con él; no podía decir que NO a su invitación cuando muchas suspiraban por ese honor. ¿Por qué le había hecho caso? ¿Es que nunca aprendía? Siempre que hacía caso a Tory acababa metida en algún lío. Era la última vez que se dejaba llevar por su alocada amiga, por muy pesada que se pusiera.

Diez minutos después comenzó a sentir el frío de la noche en su piel. Su vestido nuevo era muy bonito, pero no abrigaba demasiado, ni tan siquiera con el largo fular del mismo color que se había colocado sobre los hombros mitigaba la sensación. Había avanzado muy poco y aún le quedaba un largo trecho de caminata, porque estaba al menos a siete kilómetros del pueblo.

Cuando escuchó a su espalda un coche que se acercaba no pudo evitar sentir temor. El motor sonaba como una vieja cafetera haciendo imposible ignorarlo. Jane rezaba porque pasara de largo, pero el vehículo redujo la velocidad hasta pararse a su altura. Dejó de caminar atemorizada y atisbó por encima de su hombro, con cautela, para descubrir de quién se trataba.

Era una vieja camioneta de color rojo, reluciente y recién pintada por lo que pudo apreciar.

Era de Jack Rider. Siempre que él estaba cerca no podía evitar admirarle con deseos ocultos. En el pueblo era conocido como *Jack Salvaje*, porque siempre andaba metido en líos y era el chico malo por excelencia.

—Buenas noches, pequeña Jane —saludó con una de esas seductoras miradas de ojos grises que volvía loca a más de una en el pueblo, aunque ninguna lo reconociera—. ¿Qué haces caminando sola por la carretera? Es peligroso.

—Yo... —balbuceó nerviosa. ¡Jack Rider se acordaba de su nombre!—. Esta noche era la fiesta de primavera del instituto.

—¿Y tu pareja se ha perdido? —preguntó antes de abrir la puerta del acompañante invitándola a entrar. Ella la observó con cautela—. No creo que una chica como tú vaya sola a un baile —ignoró el miedo que vió en su mirada mientras hablaba, sabía que subiría al vehículo tarde o temprano.

—Me trajo Jerry pero... —dudó antes de hablar—. Tuvimos una discusión y me dejó aquí tirada.

—Sube de una vez —dijo con cara de pocos amigos. No le había gustado lo que había dicho. Conocía bien a Jerry y sabía que era un niño malcriado—. No tengo toda la noche.

—No creo que sea buena idea —cuando dijo eso pensó en su madre irremediamente. Si se enteraba que había subido a un coche con Jack en plena noche la arrancarían la piel a tiras. Aún recordaba una vez que habían visto a su hermana hablar con él. Cuando su madre se enteró no quiso escuchar excusas, la castigó dos semanas sin salir—. No estoy tan lejos del pueblo —mintió—. Puedo ir andando. Gracias.

—Jane —la forma en la que pronunció su nombre le erizó el vello de la nuca. Sus ojos grises la miraban suplicantes—. ¡Por Dios! Sé racional, hay más de siete kilómetros hasta el pueblo y hace frío. Cogerás un resfriado. Además, esos zapatos son muy bonitos pero tus pies no aguantarán mucho con ellos puestos.

—Pero...

—Tranquila, *cariño*. Te dejaré a la entrada del pueblo para que mamá no se entere de esto. No me he comido a nadie todavía. ¿Tienes miedo? —Una sonrisa genuina surgió de sus labios desarmándola.

—No te tengo miedo —contestó desafiante antes de entrar en el coche. En el interior agradeció la calefacción encendida, entrando rápidamente en calor. Percibió el aroma varonil que inundaba la cabina y sintió que su pulso se aceleraba.

—Eso está mejor —dijo Jack mientras arrancaba la furgoneta—. ¿Jerry te hizo algo? —preguntó preocupado por lo sucedido. Jane se sobresaltó al notar la preocupación en su voz.

—No —contestó escuetamente.

—¿Lo intentó? —insistió sin apartar la mirada de la carretera.

—Sí —confesó finalmente, enfadada al recordar aquel momento con Jerry—. Pero a mí nadie me fuerza a algo que no quiera y menos Jerry.

—¿Y qué quería?

—Lo que todos los chicos quieren a esta edad —contestó con suficiencia—. Besarte y meterte mano... —se tapó la boca al darse cuenta de lo que había dicho y apartó la mirada, avergonzada, para fijarla en la ventanilla.

—¿Por qué fuiste con él?

—Mi amiga Tory me convenció porque dice...

—Que Jerry es un buen partido. ¡Nada menos que el hijo del alcalde! —exclamó con sorna.

—¿Qué estas insinuando? —interpeló mirándole enfadada por aquel comentario—. Yo no soy una de esas chicas que salen solo con un apellido importante.

—¡Oye! No te enfades —dijo deteniéndose a pocos metros del pueblo al lado de una arboleda apartada.

—¿Piensas eso de mí? —preguntó dolida.

—¿Acaso tu mami te dejaría estar dos minutos a solas conmigo en un coche en plena noche?

—No —contestó con sinceridad.

—Pero te dejaría pasar horas con Jerry, ¿verdad?

—Tienes razón.

—Y si llegara a besarte me denunciaría.

—YO nunca te denunciaría —afirmó con mirada apasionada. Jack disfrutó de su reacción a pesar de que no esperaba esa respuesta ni aquella mirada azul. Solo había dicho esa frase en broma, pero en aquel momento verdaderamente deseaba besarla.

—¿Qué pasa salvaje Jack? No me digas que te doy miedo —le miraba de una forma desafiante y parecía reírse de él, aquello no le gustó.

—Nadie me da miedo —ahora era él quien la miraba airado, ambos frente a frente como adversarios.

—No estoy tan segura de eso. —Sus gruesos labios se curvaron en una sonrisa. Jack notó como se le aceleraba el pulso al contemplar lo apetitosos que parecían. Tenía unas ganas desesperadas de besar a aquella chica por la que siempre había sentido dulzura. Deseaba probarla y ella le estaba provocando para que lo hiciera.

—Te estás pasando, *dulce Jane*. Juegas con fuego y puedes quemarte.

—Hoy me siento intrépida. Quizás quiera quemarme contigo. —comentó con humor.

—No sabes lo que dices.

—¡Oh! Claro que lo sé ¿Te da miedo besarme? —le retó.

Aquella provocación no pudo ni quiso resistirla un minuto más. Delicadamente cogió su pequeño rostro, entre las manos y rozó sus labios con dulzura, no quería profundizar aquel beso que amenazaba con volverlo loco. Lo que no esperaba era esa pequeña lengua rozando sus labios cerrados, aquel gesto hizo que se perdiera en el interior de su boca, saboreando su aroma.

No hubo marcha atrás a la pasión de aquel beso que pareció desconcertarlos a ambos por la intensidad que sentían con cada roce, con cada caricia, con cada olor. El beso duró hasta que ambos se quedaron sin aliento y se separaron mirándose incrédulos el uno al otro. Jack fue recuperando el pulso y la cordura hasta que consiguió separarla de él.

—Será mejor que salgas de esta chatarra y que vuelvas al palacio. Si llegas tarde tu *mamá* se enfadara.

—Sí. Es tarde —contestó aún impactada por aquel beso—. Gracias.

—¿Por qué?

— Por traerme al pueblo y por el beso.

—Baja del coche y olvídate del beso. —Jane abrió la puerta con manos torpes y bajó del coche con piernas temblorosas. Se había dado la vuelta para emprender el camino cuando volvió a escuchar su voz sexy.

—¡Eh, nena! —dijo desde la ventanilla abierta—, ten cuidado con esos niños de papá. Son más peligrosos que yo.

—Lo tendré en cuenta.

—Nos veremos, *dulce Jane*.

—¿De verdad? —Se giró para mirarle esperanzada y Jack sintió de nuevo como un puñetazo en el estómago. Jane parecía desear... pero era una auténtica locura. Él era basura y ella demasiado joven para él, que tenía veinticuatro y una vida desastrosa.

—Vete a casa o vas a coger un catarro.

—No te creía tan paternal, Jack Salvaje —Bromeó, antes de darse la vuelta y ponerse a caminar sobre aquellos preciosos zapatos que la hacían más esbelta.

—Quizás sea que me recuerdas a una niña pequeña con restos de barro en la cara... —se dijo a sí mismo. Cuando vio que llegaba a la zona iluminada arrancó el motor de su vieja camioneta Chevrolet para dirigirse al apartamento donde se había criado. Esperaba que su madre se hubiera acostado ya y no estuviera esperándole. A última hora de la tarde le había llamado la señora Flecher urgentemente, porque se le había estropeado la caldera y no había conseguido repararla hasta la noche

Jane se despertó con una sonrisa en los labios y aún dudando de que lo pasado la noche anterior no hubiera sido un sueño. ¡Jack la había besado! Aún tenía muy presente su olor almizclado, aderezado con after shave, de cuando habían juntado sus labios. Todo en lo que podía pensar era en besarle de nuevo y que hiciera a su cuerpo vibrar de una forma que no podía entender.

No era la primera vez que lo hacía pero nadie le había hecho sentir esa descarga por todo el cuerpo. Estaba fantaseando con más besos de Jack cuando se abrió la puerta estrepitosamente dando paso a Darlene, su hermana mayor.

—Hola, mocosa —saludó su hermana sentándose en la cama a su lado—. Mamá te va a matar cuando se entere...

—¿Ya se ha enterado? —preguntó incorporándose con celeridad y con la preocupación pintada en el rostro—. Me va a matar, ¿pero cómo se ha enterado tan deprisa? ¿Alguien nos vió y se lo ha contado?

—Me refería a que son las once de la mañana y aún no te has levantado —Darlene elevó una de sus perfectas cejas rubias entre curiosa y preocupada ante la reacción de su hermana pequeña—. Supongo que como ayer estuviste de fiesta no pasará nada porque te levantes un poco más tarde —Jane se levantó para vestirse con la esperanza de que no la preguntara nada sobre la noche anterior, pero no hubo suerte—. ¿Te han visto besándote con Jerry? —preguntó Darlene directa.

—No. Ese cerdo...

—¿Qué pasó? —preguntó alarmada.

—Nada...

—Cuéntamelo —el tono de su voz no admitía discusión.

—Cuando salimos del baile se suponía que me iba a traer a casa, pero esos no eran sus planes. Quería llevarme a una cuneta apartada, ya sabrás que las parejas van allí para...

—Ya sé para qué van allí las parejas. ¿Qué pasó?

—Intentó besarme y meterme mano. Entonces me enfurecí y le di una bofetada. Él me echó de su coche y me dijo que volviera a casa a pie. —Los ojos de su hermana echaban chispas y la furia crecía en su interior.

—¿Te dejó sola a esas horas en una carretera comarcal? —Darlene se levantó de la cama y paseó por la habitación furiosa—. Le voy a matar, no, Derek le matará... ¿Cómo volviste?

—Iba andando por la carretera cuando un vehículo paró...

—¿Quién era?

—Te lo digo si me prometes que no se lo contarás a nadie, sobre todo a mamá.

—Te lo prometo. —Jane observó el rostro de su hermana que tan bien conocía antes de contestar.

—Era la vieja furgoneta de Jack Rider. —Darlene abrió los ojos como platos—. Me recogió y me trajo hasta el pueblo. Me dejó a la entrada para que nadie nos viera.

—¿Te hizo algo?

—¡Darlene! Fue amable conmigo y me trajo a casa.

—No olvidemos que es Jack salvaje. Si mamá se entera de eso te encerrará un mes.

—Lo sé. A ti te castigó por hablar con él, ¿verdad?

—Solo le estaba dando unos apuntes para su hermano Cole, que va a mi clase, me pareció muy educado y amable. No creo que sea tan malo como dice la gente, pero por tu bien sería mejor que ni Derek ni mamá se enteren. Solo me fastidia que ese idiota de Jerry se salga de rositas.

—Gracias Darlene, por guardarme el secreto.

—Ahora será mejor que te vistas de una vez para ir a la iglesia. Cuando volvamos tenemos que lavar las cortinas ¿No dice la Biblia que los domingos hay que descansar?

—Papá odia ir a la iglesia los domingos.

—Pero si no fuera, mamá le pondría a dormir en el sofá durante una semana —Ambas hermanas rieron a carcajadas mientras rebuscaban en el armario lo que se pondrían.

La clemencia del tiempo quiso que aquel domingo fuera soleado. Su padre aparcó el monovolumen gris cerca de la iglesia y caminaron con premura hasta el templo. Aún había poca gente en la entrada, pero a su madre le gustaba llegar de las primeras a la homilía.

Ya en el interior se sentaron en la parte delantera de la nave desde donde se podía ver la entrada de los feligreses. Sospechaba que ese era el motivo por el cual su madre siempre se quería sentar en los bancos laterales al altar. Suspiró aburrida jugueteando con el libro de oraciones cuando sus ojos se levantaron de sus manos para encontrarse con la mirada de Jack que acompañaba a su delgada madre a uno de los bancos traseros. Sus pupilas se encontraron escasos segundos, pero para Jane fue suficiente para acelerar su corazón.

Observó con pesar a la frágil mujer que le acompañaba, estaba muy delgada y su cabello rubio parecía apagado, lo único que destacaba en su rostro eran sus ojos grises iguales a los de su hijo mayor. Últimamente parecía una flor marchita que esperaba desaparecer. Iba agarrada del brazo de Jack como buscando apoyo.

Días antes había escuchado a su madre cuchichear con una amiga sobre la familia Rider. Al parecer su marido bebía en exceso y a veces había llegado a maltratarla. Lee Rider era conocido por lo poco que duraba en los trabajos y por meterse en líos cuando se emborrachaba.

Jack había acabado sus estudios con buenas notas, pero no había podido ir a la universidad por falta de dinero. Tenía varios trabajos eventuales con los que mantenía a la familia. El resto de lo que se dijo sobre Jack no lo quiso escucharlo.

Al terminar el oficio la gente se agolpó en los alrededores del recinto para charlar con sus vecinos en un acto social. Linette Montgomery fue la última en salir del recinto y se acercó a la familia Rider con afecto. Su abuela era muy conocida en la comunidad ya que era descendiente de

los fundadores del pueblo, como a ella le gustaba contar a todo el que quisiera escuchar aquella vieja historia.

Era una mujer pequeña y delgada con un pelo espeso de color blanco y ojos marrones que parecían sabios por la edad. Tras abrazar delicadamente a Rose Rider se puso a conversar con Jack que asintió con la cabeza a lo que le decía y le dedicó una dulce sonrisa a la anciana. Al lado de Jane estaban sus padres que observaban con interés la escena hasta que su madre habló.

—Jacob —le llamó en voz baja para que la gente no escuchara—. ¿Por qué tu madre está hablando con esa gentuza? —dijo con un tono de desprecio que no gustó a Jane.

—Mery —contestó su padre hastiado—, sabes perfectamente que mi madre conoce y aprecia a todo el mundo. A Rose; desde que usaba pañales...

—Su hijo mayor es un gamberro. Montó un escándalo el día de Navidad el año pasado, pegó al hijo de Smith...

—No conocemos las circunstancias...

—Cuando trabajó en el supermercado no duró ni dos días. La gente se quejaba de que era arisco y contestaba...

—Deja a ese muchacho de una vez y vámonos a casa —cortó su padre tajante.

—Vamos niñas —les dijo su madre, como si no estuvieran a menos de treinta centímetros de ellos—. Tenemos muchas cosas que hacer en casa.

—Sí, mamá —contestaron las hermanas al unísono.

—Vamos al coche —dijo su padre que estaba deseando llegar a casa para ver la final de baloncesto que daban en la televisión por cable. Esperaba que su mujer estuviera muy liada para que le dejara en paz.

Aquella tarde, tras acabar con sus tareas, Jane le pidió permiso a su padre para ir a visitar a la abuela Linette. Su madre no pareció muy contenta, pero no podía decir nada malo sobre la madre de su marido. La abuela vivía a tres kilómetros del pueblo en una pequeña finca junto al bosque.

La casa de madera era pequeña y estaba cubierta por un tejado de pizarra gris que destacaba entre el verdor circundante. Un espeso jardín plagado de colorido rodeaba la vivienda dándole un aspecto mágico que desde niña siempre la había atrapado.

Cuando estaba a pocos metros de la casa divisó un hombre cortando un árbol enfermo del jardín. Según se acercaba descubrió un cuerpo fibroso y una piel morena por el trabajo al aire libre. Podía apreciarlo porque no llevaba camiseta y sus músculos torneados aceleraron su respiración. Se paró a pocos pasos, para poder seguir disfrutando de su visión, pero Jack debió notar su presencia porque se volvió para mirarla con sorpresa.

Su pelo negro era más largo de lo que recordaba Jane y en aquel momento lo llevaba revuelto en torno a su rostro anguloso, en el que destacaban unos labios generosos. Pero lo que de verdad conseguía hipnotizarla eran sus ojos grises como el acero. Jack la estudiaba de una forma que provocó un escalofrío en su piel.

Estaba apoyado relajadamente sobre el palo del hacha esperando que llegara ella a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó curiosa.

—Estoy trabajando —dijo señalando el jardín con un gesto.

—Ya lo veo. ¿Qué haces en casa de mi abuela?

—Linette me ha contratado para que arregle el jardín ¿Se acabó el interrogatorio?

—Sí —contestó tímida, pero sin apartar los ojos azules de sus labios. Él sonrió a su pesar antes de seguir cortando las ramas que reposaban en el suelo e ignorando su presencia—. ¿Dónde

está la abuela?

—Haciendo un bizcocho de chocolate para *su dulce Jane*.

Ella se ruborizó avergonzada pensando en lo que su abuela habría hablado con él sobre ella.

—Gracias —dijo antes de entrar en la casa por la puerta trasera de la cocina.

2

Jack siguió trabajando en las tareas encargadas por Linette hasta que ambas mujeres salieron de la casa. Ya había recogido las herramientas en una pequeña caseta y estaba poniéndose la camisa cuando la anciana le hizo un gesto con la mano para que se acercara hasta el porche, donde se encontraba junto a su nieta Jane.

—Toma muchacho —dijo entregándole una bolsa de papel marrón—. Es la mitad del bizcocho que hice. Sé que a tu madre le encanta, de pequeña venía todos los domingos con tu abuela a comerlo.

—Gracias, Linette —le dijo con una sonrisa tierna—. Sé que le encantará.

—Tú solo hazme el favor de cuidarla como lo has hecho siempre. —Jane notó como Jack apretaba la mandíbula al oír hablar de su madre—. Ahora te necesita más que nunca.

—Lo sé. Antes de irme, ¿necesita algo?

—Sí, me gustaría que me hicieras un favor.

—Lo que quiera.

—Acompaña a Jane. Se ha hecho tarde y me quedaré más tranquila si lo haces...

—Abuela no hace falta... —Exclamó la aludida avergonzada.

—Calla mocosa —la cortó Linette—. ¿La cuidarás? —preguntó la mujer mirando a Jack a los ojos.

—Como a un tesoro.

—No está bien que lo diga, pero es mi nieta favorita.

—¡Oh, abuela! Cállate —dijo más avergonzada si cabía.

—Por eso me gusta —le confesó al chico ignorando su presencia—. Es la única que me contesta, ¿lo ves?

Ambos emprendieron el camino en silencio por el atajo que atravesaba el bosque. Estaban a escasos metros de la casa y Jack aún seguía riendo por el comentario de Linette sin disimulo. Jane se percató y se enfureció con él. Cogiendo impulso intentó darle una colleja en la nuca, como solía hacer cuando se metía con ella su hermano Derek.

Jack se dio cuenta de sus intenciones y fue más rápido que ella en movimientos. Cuando su mano se alzó para atizarle él cogió su muñeca sin problema y la acercó a su cuerpo mirándola de forma peligrosa.

—¿Qué pretendías?

—A Derek nunca le da tiempo a reaccionar —comentó más para sí misma que para él.

—Por si no te has dado cuenta yo no soy tu hermano y no me gusta que me agredan.

—¡Te estabas riendo de mí! —respondió furiosa, pero resignada—. Está bien, lo siento —se disculpó a regañadientes esperando que él la soltara, pero al contrario de lo que pensaba rodeó su cintura con el brazo libre y la acercó hasta que sus cuerpos se rozaron—. ¿No me escuchas? —preguntó con voz estrangulada.

—Si te he escuchado. —No podía apartar la mirada de su rostro, era una tentación para cualquier hombre con sangre en las venas. Suspiró frustrado antes de soltarla y alejarse de su proximidad porque sabía que no era buena idea lo que su cuerpo le exigía—. Lo mejor es que te alejes de mí.

—Espera —dijo acercándose a él y aferrándose a su cuello con sus frágiles brazos— Déjame acércame a ti.

Jack sonrió mientras la observaba. Su pelo castaño, con reflejos rojizos, parecía una llamarada con el sol del atardecer que el viento revolvió acariciando su rostro anguloso y sus ojos azules como el cielo le miraban con adoración. Sabía que si su familia se enteraba de que una escoria como él le ponía un solo dedo encima se armaría un gran escándalo que solo conseguiría que su madre se disgustara.

—Jane, será mejor que me sueltes. Apenas eres un bebé para mí —cogió de nuevo su cintura para apartarla, pero ella no se lo permitió.

—Quiero que me vuelvas a besar.

—¡No!

—Ayer no me pareció que pusieras tantas pegas. Hazlo ahora mismo —le exigió mientras se ponía de puntillas para alcanzar su boca.

Su gesto le pilló desprevenido y reaccionó sin pensar en los pros y contras de besarla. Las manos que rodeaban su estrecha cintura la elevaron para tener mejor acceso a sus labios. Probarlos de nuevo fue su perdición porque desde el primer roce su cuerpo se encendió como una cerilla.

Acabó apoyando su frágil cuerpo contra un árbol que había junto al camino y presionándolo con el suyo mientras la besaba con una pasión que amenazaba con consumirlo.

Jane vio su mirada turbia de pasión y eso aceleró su propio corazón disfrutando de lo que tanto había anhelado. Jack recuperó la cordura que poco antes había olvidado y se apartó de ella asustado de sus propias reacciones.

—¿Qué pasa? —preguntó aún con la neblina de la pasión en sus ojos confusos.

—Mantente lejos de mí o todos sufriremos.

—¿Por qué? —preguntó con voz desesperada.

—Si tu familia se entera sufrirá y hará sufrir a la mía.

—Pero...

—Empieza a andar. Mi madre me espera. —No dijo más y se puso a caminar con paso ligero.

Ella le siguió con el corazón saliéndose de su pecho. Al llegar al cruce de la carretera se separaron en silencio dirigiéndose cada uno a un punto del pueblo.

Era la quinta caja de cartón marrón que Derek cerraba aquella mañana. En ellas metía todas las cosas que había almacenado en los años que había asistido a la universidad. Cuando terminara de recabar todos sus enseres abandonaría el piso de alquiler que había compartido con unos compañeros de clase, porque volvía a casa en menos de una semana y quería tener todo preparado para entonces. Solo le quedaba vaciar los cajones de la cómoda y, en el último cajón, donde solía colocar los calcetines de forma desordenada, encontró una foto de la mujer a la que había amado y que había huido de su lado con otro.

Recordar le hacía daño, pero volver a ver su rostro en aquella imagen impresa había abierto la herida que no parecía querer cerrar. Todo empezó un año antes cuando, en el piso, había quedado una habitación libre que debían ocupar para poder seguir pagando los gastos del mismo. Justin, su mejor amigo, y él habían decidido alquilar a otro estudiante.

Tras varias entrevistas encontraron a un estudiante de medicina que tenía pinta de pagar a tiempo las facturas. Pero no llegó a mudarse porque una tarde Caty, la novia de Justin, les suplicó para que alquilasen la habitación a una amiga suya de la infancia que acababa de llegar a la ciudad y pagaría cada mes religiosamente. Finalmente, Derek aceptó, pensando que no pasaría nada, y eso pensó hasta que la conoció.

Stella era una mujer menuda y tenía el pelo rubio oscuro que le llegaba hasta la cintura, pero lo que verdaderamente hacía brillar a aquella joven eran sus ojos color de miel a los que acompañaban unas graciosas pecas sobre la nariz.

Tras dos meses conviviendo juntos, Derek supo que estaba definitivamente perdido, porque adoraba a aquella mujer por su dulzura y melancolía y en otros momentos la admiraba por su fuerza y su carácter cuando se enfadaba. Solo había un problema para lo que sentía y era su novio modelo guaperas que parecía un estúpido. Estaba seguro de que aquel tipo la engañaba y mentía a su antojo.

Una tarde lluviosa, Derek estaba estudiando para un parcial de leyes que tenía al día siguiente y que si salía bien le haría subir la nota. Se encontraba en el cuarto de estar con los apuntes y libros abiertos sobre la mesa cuando entró una llorosa y frágil Stella.

A pesar de las lágrimas que habían enmarañado la pintura de su rostro estaba hermosa con aquel vestido de noche rojo que realzaba su figura. Cuando ella se percató de su presencia intentó ir casi a la carrera hacia su dormitorio pero Derek fue más rápido y atrapó su brazo deteniéndola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado.

—No creo que sea asunto tuyo —contestó enfadada.

—¿Llegas a casa con los ojos hinchados como los de un sapo y pretendes que no pregunte?

—Eres muy amable —dijo con palabras seseantes intentando soltarse de su brazo—, pero no tengo ganas de tus halagos.

—Si quieres te hago una infusión... —Se ofreció intentando retenerla.

—No...

—Oye, estoy seguro de que necesitas desahogarte. Prometo no contárselo a nadie —vió la duda en sus ojos y decidió intentarlo de nuevo—. No tengo nada mejor que hacer...

—¿No estabas estudiando? —preguntó con la vista fija en los papeles que poblaban el sillón y la mesa.

—Hablamos y luego tú me ayudas a repasar, ¿te parece buen trato?

—Está bien, pero primero esa infusión que me prometiste.

Mientras Derek calentaba el agua, Stella se cambió de ropa poniéndose cómoda y se lavó los restos del maquillaje. Veinte minutos después estaban cómodamente sentados en el sofá charlando.

—¿Qué pasó? —preguntó Derek.

—Esta tarde fui a una fiesta a la que me había invitado una amiga y encontré a mi novio con otra besándose sin ningún pudor. Ese cerdo me ha engañado desde que empezamos a salir. Mi amiga me contó que no era la primera vez, pero que nadie había tenido el valor para contármelo.

—Lo siento Stella. A pesar de lo mal que te suene lo que te voy a decir: me alegro —Ella fue a protestar pero él se lo impidió con la mano—. Mejor ahora que más tarde.

—Tienes razón. Gracias —dijo antes de darle un dulce beso en la mejilla—. Ahora será mejor que empecemos a estudiar. Espero servirte de ayuda...

Stella pasó unas semanas malas pero finalmente superó su ruptura con el modelo. Tras lo sucedido se replanteó su forma de vida; repleta de fiestas, ropas y lujos que no la llenaban. Sus padres tenían dinero y siempre le habían dado todo lo que quería. Su vida no varió mucho tras mudarse para buscar libertad, porque no había aprendido a valerse por sí misma, aún dependía de sus padres en lo económico gracias a su vicio de comprar ropa cara. Ahora quería ser fuerte e independiente y había decidido montar un negocio propio para ocupar su tiempo en algo útil y mostrarse a sí misma que podía hacer algo más que estar con sus amigos.

Tras una larga semana buscando un local donde montar la pequeña tienda que quería fundar, el viernes por la noche se reunió con su amiga Caty y los chicos. Cenaron unas pizzas y alquilaron un DVD que les entretuvo durante un tiempo, pero poco después Caty y Justin desaparecieron en dirección a la habitación de éste dejándoles solos en el salón. Era consciente de cómo la miraba Derek y comenzó a sentir aquellas mariposas en el estómago que solo anunciaban problemas. Era muy divertido y con él a su lado lograba olvidarse de sus problemas. Tampoco podía ignorar que era condenadamente guapo y se sentía atraída por él, pero le daba miedo que surgiera algo por su mala suerte con los hombres que siempre le habían roto el corazón.

Estaban sentados los dos en el mismo sofá y Stella no dejaba de mirarle de una forma extraña que le estaba poniendo nervioso. No era para menos, ya que aquella mujer le hacía sentir cosas muy especiales y la adoraba porque todo en ella le encandilaba. Su primer instinto hubiera sido intentar seducirla, si no fuera porque hacía poco que había roto una relación y no quería dar la impresión de que se aprovechaba de ella.

Muchas veces logró controlar el deseo de besarla, pero aquella noche estaba demasiado cerca, percibiendo su fragancia suave y su pelo suelto a la espalda que le obnubilaron. Como a cámara lenta se acercó un poco más a ella y no refrenó el deseo de rozar sus labios. Stella por su parte le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar sin pensar en nada más, perdida en el hombre que deseaba.

Para Derek fue el año más maravilloso de su vida, pero todo había acabado y no quería recordar. Metió la foto en un libro odiándose por no poder sacarla de su cabeza y sabedor de que ya era demasiado tarde porque le había entregado su corazón y no podría recuperarlo.

La herida aún estaba abierta porque no habían pasado ni dos meses desde que ella se marchó. Una mañana llegó a casa antes de lo previsto y encontró a Stella rodeada de cajas a su alrededor y vaciando las ropa de su armario.

Se acercó sigilosamente hasta ella antes de hablar: —¿Qué estás haciendo? —Ella se dió la vuelta asustada al verse descubierta.

—Es evidente —contestó sin mirarle—. ¿Hoy no tenías clase?

—El profesor ha tenido un accidente con su coche y decidí venir a casa a estudiar. ¿Por qué estás recogiendo tus cosas?

—Me voy —Ya no doblaba la ropa, sino que la metía atropelladamente en la maleta abierta.

—¿A dónde?

—No te incumbe.

Derek la obligó a girarse para mirarle de frente: —Yo creía que teníamos algo.

—Solo fue una aventura —evitó su mirada.

—¡Estás mintiendo! —le gritó enfadado.

—Me da igual lo que pienses.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó dolido.

—He vuelto con el Rob —Nunca se había sentido tan mal en toda su vida. Era la mentira más grande que había dicho, pero no tenía otra escapatoria para alejarlo de ella. Derek dejó caer el brazo que la sujetaba derrotado ante sus palabras—. Si no te importa, me gustaría que te fueras un par de horas.

—Tranquila —contestó con voz acerada—. Me largo y no te molestaré más. Espero que seas muy feliz con tu *modelo* y tus fiestas.

—Adiós Derek. —Cuando Stella escuchó el portazo tras la salida de él, se desplomó en la cama llorando como una niña. No quería dañar a Derek porque le amaba, pero estaba asustada y necesitaba pensar en todo lo que se avecinaba en su vida.

Tras lo sucedido Derek dedicó todas sus energías frustradas en estudiar el último parcial, sacando las mejores notas de toda su vida universitaria. A pesar de sus buenas calificaciones se sentía el hombre más desgraciado de la humanidad por no tener a la mujer que amaba a su lado. No estaba seguro de poder volver a amar alguna vez como amaba a esa mujer.

Lo único que quería en aquellos momentos era volver a casa con su familia y disfrutar de sus hermanas pequeñas. La última vez que las vio las notó muy cambiadas, sobre todo a Darlene que cuando fue a cenar con su amigo Daniel parecía nerviosa y tímida.

La primavera llegaba a su fin y aquella tarde un grupo de amigas habían decidido reunirse a la orilla del río para pescar, o eso había organizado Kelly. Era bien conocido por todas su afición por la pesca que le transmitió su abuelo siendo apenas una niña.

Era una típica reunión de cinco amigas que se conocían desde que iban a preescolar y casi todos los fines de semana tenían algún plan para estar juntas. Jane tiró por tercera vez el sedal, mientras Gabrielle peinaba a Noelle, que tenía el cabello castaño. Gabrielle lo envidiaba porque el suyo era rizado y rebelde y de un color zanahoria que la horrorizaba. Tory por su parte tomaba el sol untada de crema mientras Kelly vigilaba las cañas de pescar del resto.

—¿Has quedado con Eric? —le preguntó Tory a Noelle mientras se ajustaba las gafas de sol sobre la nariz.

—Sí. Esta noche... Ahh —Se quejó tras un nuevo tirón de pelo por parte de Gabrielle.

—¿Es vuestra tercera cita? —Tory se había incorporado para observar mejor a su amiga.

—Sí —contestó la aludida sin querer profundizar en el asunto.

—Deberías tener cuidado —le aconsejó Gabrielle a su espalda—. Ya sabes que en la tercera cita intentan meterte mano...

—No seas exagerada —exclamó Kelly mientras cargaba de cebo el anzuelo—. No todos los chicos son iguales.

—¿Y qué experiencia tienes? —preguntó Tory con sorna.

—No todas tenemos tanta experiencia como tú —contestó con el ceño fruncido.

—Tranquilizaos, chicas —dijo Jane conciliadora—. Cada una hará lo que quiera llegado el momento. Hay chicos para todas...

—Claro, si nos dejas alguno —contestó Tory—. Tienes a un montón de tontos detrás de tí.

—A mí no me interesa nadie.

—Claro, santa Jane...

—Parad —gritó Gabrielle aburrida de su riña—. Dejad de discutir por tonterías.

—Mañana podríamos ir al cine, estrenan una nueva película que tengo ganas de ver —dijo Noelle para aligerar la tensión. El carácter de Tory podía llegar a ser insoportable cuando estaba de mal humor.

—¡Oh, sí! —exclamaron las cuatro voces a la vez—. Ese actor está buenísimo...

Un remolino de voces se alzó sobre los ruidos de la naturaleza junto al río. Todas alababan a los guaperas de la película y envidiaban a la protagonista del film. Las cinco regresaron al pueblo entre risas y chismes y sin haber pescado un solo pez.

La tarde siguiente Jane intentaba elegir en su armario algo que ponerse para la salida y sintiéndose deprimida porque toda la ropa que tenía era heredada de Darlene, que era muy recatada gracias al gusto de su madre. Envidaba a sus amigas que podían vestir como quisieran y solían ponerse preciosos modelos de vivos colores. Muchas veces Tory le había propuesto prestarle algo de ropa, pero su madre no le permitía hacer semejante cosa alegando que su amiga vestía demasiado descarada. Finalmente, sacó la percha donde colgaba uno de sus mejores vestidos.

Era de color azul claro con tirantes y se alargaba por debajo de sus rodillas para que no mostrara más de lo que debía, al menos eso decía su madre. Se anudó el cabello en una coleta alta y, tras ponerse unas sandalias blancas, cogió su pequeño bolso para encaminarse a la calle mayor donde se encontraba el único cine de la zona.

En la entrada la gente se aglomeraba esperando la hora del primer pase y la casualidad quiso que Izan, un compañero de clase que siempre se pegaba a ella como una lapa, se le acercara con una gran sonrisa que iluminaba su rostro. Era simpático y guapo, pero había algo en él que no le terminaba de gustar y sus atenciones la ponían nerviosa. Tampoco podía negar que desde la noche del baile no podía dejar de pensar en Jack Rider y no tenía espacio para nadie más en sus sentimientos.

—Jane, qué casualidad —la habló el joven—. No esperaba verte aquí.

—He quedado con las chicas.

—Otro domingo podíamos...

—Allí esta Tory —dijo intentando cambiar de tema—. ¡Eh Tory! —exclamó llamando la atención de su amiga con la mano.

Los ojos de Jack se clavaron en su persona al ver el gesto de su mano llamando a alguien que se encontraba a su espalda. Era dulce Jane, aún recordaba el sabor de su boca a su pesar y por ese motivo había pedido salir a otra chica aquella noche y así poder olvidar lo prohibido de aquel beso. Kelly se había empeñado en ir al cine para ver aquella dichosa película que todo el mundo ansiaba. Había salido un par de veces con la rubia cañón que idealizaba medio pueblo, lo notaba por las miradas embobadas de algunos muchachos que no apartaban la vista de ella. Era muy guapa, no podía negarlo, pero estaba empezando a cansarse, porque parecía no tener nada en su linda cabecita.

—Jack, ¿te pasa algo? —Su voz estridente le sobresaltó.

—No.

—Estas muy pensativo mirando a... ¿Jane?

—Kelly, deja de decir tonterías. ¿Vamos a entrar a ver esa película?

—Estoy deseándolo —exclamó entusiasmada y olvidando a Jane.

—Pues no sé a qué esperamos —rodeó su estrecha cintura para conducirla a la taquilla donde se vendían las entradas sin mirar atrás.

Tory se bajó con manos expertas la corta falda roja que aderezada con una camisa blanca sin mangas realzaba el moreno de su piel. Se incorporaba cuando vio a su amiga Jane que le hacía gestos con una mano y con cara de desesperación. Una sonrisa surgió de sus labios pintados de rosa al descubrir a qué se debía su nerviosismo; a su derecha se encontraba Izan que desde hacía tiempo estaba intentando llamar la atención de su amiga. Se acercó hacia ellos con un ligero balanceo de caderas hasta llegar a su altura y poco después llegaron el resto de chicas.

Salieron tras la sesión emocionadas con el cuerpo y los ojos del actor del momento y poco después se separaron para ir cada una a su casa. Tory vivía en la misma calle de Jane por lo que volvieron juntas.

—¿Vas a salir con Izan? —le preguntó Tory sin preámbulos.

—No. Para eso me lo tendría que pedir. ¿No crees?

—Lo hará —afirmó convencida.

—Espero que no —confesó Jane con fastidio.

—¿No te gusta? —preguntó incrédula.

—No quiero salir con él...

—Pero si es muy guapo.

—Tory. No te lo niego...

—Yo saldría con él. Es un buen partido.

—A mí eso no me importa —contestó enfadada por la frivolidad de su amiga.

—Para vivir bien hay que elegir bien. —le aconsejó—. No puedes negar que es un buen partido.

—Estas de broma, ¿verdad?

—Claro. No seas tonta —mintió.

—¿Sabes cómo le fue ayer la cita a Noelle? —preguntó para cambiar de tema.

—Estaba muy contenta. Parece ser que Noelle se ha enamorado. Pobre ilusa.

—Tiene que ser bonito enamorarse.

—Jane, no seas empalagosa.

—Y quizás tú quizás seas demasiado práctica.

—Puede ser. Mi madre dice que puede serme útil en la vida.

Como cada domingo por la noche la familia se reunió en torno a la mesa junto a uno de sus invitados habituales, el jefe de su padre, el señor Sullivan. Aquella noche le acompañaba su hijo, Daniel.

Su hermana Darlene se había puesto muy bonita y apenas abrió la boca sin apartar la mirada de su plato, como avergonzada. No podía negar que últimamente se comportaba de un modo extraño pero no le dió la mayor importancia porque su cabeza ya tenía su propio cupo de problemas.

A pesar de que Tory tenía razón respecto a Izan no podía fijarse en él porque ya estaba loquita por Jack, que a su vez salía con la rubia más despampanante del pueblo. No le había gustado verle con ella, pero le fue imposible no fijarse en él a la entrada del cine. En su interior fluyó un enfado que solo podía significar una cosa. Se había enamorado de él.

Tras salir del cine, Jack invitó a Kelly a tomar unas cervezas y jugar al billar. Después de ganarle tres partidas seguidas decidió llevarla a casa para acabar con aquella farsa de cita. Aparcó su vieja furgoneta frente a la casa de la chica esperando que ella bajara, pero Kelly tenía otra idea y comenzó a besarle de una forma que en otro tiempo habría calentado su sangre. Ahora no sentía lo mismo porque el beso que había compartido con Jane no le permitía disfrutar del que le daba la rubia. Ofuscado la separó.

—Sera mejor que bajes. Tu madre te estará esperando.

—No lo creo —confesó Kelly que imaginaba a su madre con alguno de sus novios—. ¿Me estás echando?

—No es eso. Solo es que estoy cansado y quiero ir a casa.

—Espero que no me mientas —dijo Kelly mirándole desconfiada—, en los últimos días parece que me rehúyes.

—No digas tonterías —Jack le dió un ligero beso en los labios antes de abrir la puerta para que bajara.

3

A la semana siguiente Jane estaba desesperada por volver a verle y lo logró, cuando Jack pasaba por la calle mayor en su vieja furgoneta roja. Aún le palpitaba el corazón al recordar como la había besado en el bosque ¿Pero cómo iba a conseguir acercarse a él? Era demasiado complicado en un pueblo lleno de cotillas dispuestas a correr para contarle a su madre cualquier chisme. Se devanó los sesos durante días hasta que dió con la solución a su problema.

Jane se había levantado nerviosa aquella mañana de miércoles pero dispuesta a realizar lo que tenía planeado. Era el día D. Había estudiado los movimientos cotidianos de Jack hasta que se le ocurrió la forma de hablar con él a solas. Cuando salió del instituto fue directa al local donde sabía que Jack iba habitualmente a charlar con su amigo Bobby, el dueño del taller mecánico. Como esperaba encontró su vieja furgoneta aparcada a un costado del callejón cercano, escudriñó a ambos lados de la calle, para cerciorarse que nadie la veía, y subió a la parte trasera descubierta. Para no ser vista se tapó con unas viejas mantas marrones que Jack usaba para cubrir las herramientas, algunas de ellas estaban desparramadas por el suelo del vehículo clavándose en su espalda, pero no la importó.

Media hora después escuchó rugir el motor que se ponía en marcha con cierto trabajo. Un cuarto de hora más tarde llegaron al que debía ser su destino. Jane estaba temerosa porque al ir tapada no tenía idea de dónde se encontraban y empezó a dudar de su plan. Sabía que él no le haría ningún daño, pero no sabía cómo se tomaría lo de llevar un polizón a bordo. Durante el trayecto, en una de las curvas, se le clavó algo en la frente que dolió, aunque ahora que el vehículo se había detenido era lo que menos le preocupaba.

Jack bajó de la furgoneta de un salto, contento del nuevo encargo que había recibido y que le reportaría ganancias extras. Le habían propuesto reparar algunos desperfectos en un viejo rancho que actualmente estaba a la venta. Se dirigía a la parte trasera para coger las herramientas cuando vió que las mantas que llevaba atrás se movían. Se acercó con cautela intentando no hacer ruido. Con una mano levantó rápidamente el paño mientras la otra la mantenía en alto, cerrada en un puño, y en señal de defensa ante su posible atacante. Cuando vió de quién se trataba se quedó inmóvil y sin habla, nunca hubiera esperado encontrarse con ella en la parte trasera de su furgoneta como un simple polizón.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó exaltado.

—Quería... —Ahora no se sentía tan valiente como antes. Le costó que las palabras salieran de su boca cuando vio como la estaba mirando—. Quería verte a solas para hablar y pensé que era la mejor forma de hacerlo.

—Estas chiflada. Por no hablar de lo peligroso que ha sido que fueras ahí metida —vio sangre en su sien y en un acto reflejo levantó la mano para tocarla. Ella aguantó el aliento y Jack lo notó, cogió un pañuelo limpio de su bolsillo y limpió el rasguño con delicadeza.

—¿Es grave? —bromeó Jane observando el semblante serio de su cara.

—No te creas tan graciosa, me podías haber metido en un gran lío. Veo los titulares en el

periódico local “La chusma de Jack Rider, tira de su camioneta a Jane Montgomery que aún llevaba el uniforme del colegio...”

—No creí que fuera peligroso. Perdóname.

—Está bien —dijo dándose por vencido al ver su gesto arrepentido—. Qué le vamos a hacer. Anda, baja de ahí. —Cuando ella se disponía a hacerlo, Jack la sorprendió cogiéndola por la cintura y la ayudó dejándola en el suelo lentamente—. Y si quieres hablar empieza ya. No tengo toda la tarde ¿Qué quieres de mí?

—No lo sé —fue lo único que pudo decir, todo el plan no hubiera estado mal si al menos supiera que decirle, pero no había pensado en ello y ahora se sentía como una estúpida.

—No es una respuesta muy clara —dijo con una genuina sonrisa.

—Solo sé que cuando estoy cerca de ti el corazón se me acelera y cuando me besaste el otro día sentí que moriría de...

—Jane, ¡Por Dios! —dijo peinándose con nerviosismo el pelo oscuro con las manos—. No deberías decirme esas cosas. Ya hablamos de eso, lo del otro día no fue más que un accidente...

—¿Un accidente? —preguntó indignada por su forma de expresarse— Para mí no lo fue. Solo con escuchar tu nombre me quedo sin respiración...

—¿Y eso desde cuándo?

—Desde el día que me defendiste en el recreo cuando me robaron el almuerzo —contestó algo avergonzada—, y me limpiaste el barro de la cara...

—Solo son tonterías.

—Si son tonterías, ¿por qué me besaste?

—Es evidente.

—Para mí no. Dímelo.

—Está bien —Jack se rindió—. Lo hice porque eres preciosa—confesó mientras acariciaba su mejilla y se acercaba a ella. Fue un error porque su olor a lilas le obnubiló—. Aquella noche solo deseaba probar tus bonitos labios. ¿Por qué caperucita se mete en la boca del lobo?

—¿Por qué no me besas de nuevo?

—A tu familia no le gustaría.

—Ellos no están aquí y yo sí.

—Mírate —dijo tocando la falda de su uniforme a cuadros rojos con delicadeza—. Aún eres una nenita.

—El otro día cuando te besé no te importó.

—Está bien, Jane —dijo cogiéndola en sus brazos como llevaba minutos deseando—. Puedes conseguir que te bese, ¿y después?

—¿Quieres pedirme en matrimonio ahora? —preguntó bromeando.

—Jane, estoy hablando en serio. Nosotros no podemos ir al cine o a tomar algo a un restaurante. Sabes que no nos dejarían ni cruzar la calle juntos, por no hablar de que tu madre te encerraría bajo siete llaves.

—Podemos vernos a escondidas —afirmó exaltada— ¿No te gusto?

—Cielo, claro que me gustas —confesó mientras cogía su cara entre sus manos y le besaba levemente los rosados labios—. Pero no es buena idea.

—Jack...

—No digas así mi nombre.

—Por favor... Jack...

Era demasiado inocente para él, pero que Dios le protegiera porque no podía quitarle las manos de encima cuando la tenía cerca. Era una tentación demasiado grande para poder negarse y en aquel momento decidió dejar de pensar y disfrutar de sus dulces labios. Cuando sus suaves manos tocaron su cuello pensó que iba a perder la cabeza y la separó de su cuerpo apoyando su frente sobre la de ella. Él no era nadie y ella era de una buena familia que le veía como a basura. Si se llegaban a enterar de que él estaba poniendo sus sucias manos sobre su hija le matarían.

Cuando ella volvió a acercarse para rozar sus labios solo pudo mandar a todos al diablo. Aquel beso no era como ninguno que hubiera dado antes, le dejaba sin aliento. Sintió su lengua jugando con la suya mientras acariciaba su mejilla, la apretó contra sí y sintió su pecho contra el suyo acelerando sus pulsaciones. Por fin consiguió separarla de su cuerpo para poder hablar.

—Bien. Todo ha quedado claro y los dos sabemos que nos gustamos, pero tengo que trabajar. Si hubiera sabido que venías... —comentó con humor.

—Te habría avisado, pero si lo hubiera hecho ahora no estaría aquí.

—Puedes estar segura de que no.

—Si quieres yo te ayudaré —se ofreció con sinceridad.

—¿Sabes arreglar escalones de madera? —preguntó con humor.

—No, pero se lijar de maravilla.

—Está bien —dijo dándole un beso en la nariz antes de cogerla de la mano—. Espero que seas buena de verdad porque así tendremos más tiempo para estar juntos antes de que te lleve de vuelta a casa.

—Nos sobraré tiempo para todo.

Jane se sintió como en la gloria cogida de su mano. ¡Le gustaba a Jack! Y eso que siempre había pensado que solo le gustaban las chicas despampanantes que llevaban bonitos vestidos ajustados, de esos que su madre nunca le dejaría ponerse, pero no era así. La había besado y había sido el mejor beso de su vida... Aunque tampoco tenía demasiada experiencia en esos temas porque no la habían besado demasiado.

Al llegar a casa se encontró con la sorpresa de la llegada de su hermano Derek que había finalizado el curso universitario, consiguiendo una licencia de honor en derecho. Esperaba entrar como pasante en el pequeño bufete del pueblo, el dueño era un viejo amigo de su abuela y le había ofrecido esa oportunidad. Cuando su hermano la vio le dio un gran abrazo de oso, fiel a como lo solían llamar.

—Jane, estás preciosa y has crecido.

—Solo un poquito —dijo abrazándose a él fuertemente—. Te extrañé.

—Todos te hemos echado de menos —comentó Darlene que en aquel momento entraba en el salón uniéndose al abrazo.

—Me tenéis que contar como andan de novios las dos chicas más guapas de la comarca.

—Derek, creo que la universidad te ha reblandecido el cerebro —comentó la mayor para fastidiar al recién llegado—. ¿No crees Jane?

—Chicas —dijo separándose de ellas y levantando las manos en el aire en señal de rendición—, tampoco hay que enfadarse.

—Cuando tengamos algo importante que contarte lo haremos, pero de momento para mamá aún somos unas niñas y mejor así, si no sería impensable salir de casa nunca.

—Me lo imagino —conocía demasiado bien a su progenitora. Miró su reloj de pulsera percatándose de que se le echaba el tiempo encima—. Lo siento, chicas, pero ahora tengo que irme.

—¡Pero si acabas de llegar! —exclamaron al unísono.

—El dueño del bufete quería que me presentara de inmediato.

—Bueno —concedió Darlene—, pero cuando vuelvas nos tienes que hablar de esos amigos tuyos tan guapos de la universidad.

—Por supuesto, hermanita.

Derek salió al porche de la casa e inhaló el aire puro que tanto había extrañado en la ciudad. Vislumbró la ancha calle repleta de casas que conocía desde que había aprendido a andar. Recordaba que cuando tenía la edad de sus hermanas solo deseaba escapar de allí, pero, tras años fuera, se había dado cuenta de que le gustaba aquel lugar. Bajó los tres escalones y caminó hasta su coche. Era un modelo descapotable de color gris de segunda mano que le habían regalado sus padres antes de ir a la universidad y al que le tenía un gran cariño.

Antes de ir al bufete decidió escaparse unos minutos para ver a la abuela Linette a la que no veía desde hacía meses. Conducía disfrutando del paisaje verde que le rodeaba cuando casi chocó con otro vehículo de color blanco que iba a toda pastilla y salió de un camino secundario. Frenó en seco y se quedó unos segundos sentado recuperando los latidos de su corazón. Cuando pudo reaccionar salió para ver cómo se encontraba el ocupante del otro vehículo que no había salido y, al vislumbrar la cara de la conductora su corazón dejó de nuevo de latir. Lo que veían sus ojos era un espejismo o el destino cruel.

—Esto no está pasando —dijo para sí mismo antes de dirigirse a ella—. Stella.

—¡Derek! ¿Qué haces tú aquí? —ella le miraba con incredulidad.

—Esa pregunta la tendría que hacer yo, pero eso no tiene que ver con tu forma de conducir. ¿Estás loca? Por estas carreteras no puedes ir a esa velocidad...

—Lo siento...

—¿Has venido de vacaciones con tu novio? —preguntó sin poder contenerse.

—No. Solo... estoy de paso —dijo balbuceante antes de mirar su reloj—. Tengo algo de prisa.

—Espero no volver a verte —confesó sin poder contenerse.

—Derek —contestó ella furiosa—, el sentimiento es mutuo.

—Y no vuelvas a conducir así que no quiero que mates a nadie.

—No mataré a nadie.

—Eso espero.

Derek se volvió para dirigirse a su vehículo sin mirar atrás para no flaquear. Stella por su parte le miraba alejarse y lágrimas surcaban sus mejillas blancas. Llevaba apenas unas semanas en aquel pueblo tranquilo y lleno de esperanzas y ya tenía que marcharse.

Cuando huyó de su lado asustada solo quería llegar al lugar más alejado que se le ocurrió para olvidarle y el destino le había llevado al lugar natal de él ¿Qué demonios iba a hacer ahora? ¿Por qué tenía que estar él allí? Había invertido todo su dinero en un negocio y ahora que había empezado a funcionar no podía cerrarlo de nuevo. Su gran problema para permanecer allí, a pesar de la presencia de Derek, era que el embarazo pronto se le notaría.

Jane estaba deseando volver a ver a Jack después de pasar aquella tarde arreglando unos escalones de madera juntos tras “hablar” sobre lo que sentían. De aquello hacía tres días y empezaba a impacientarse. Aquella tarde decidió ir a la biblioteca a estudiar porque al día siguiente tenía un examen de literatura bastante difícil. En casa había demasiado ruido y no lograba concentrarse. Ofuscada tras leer por sexta vez el mismo párrafo de su libro de texto suspiró aburrida.

Jack por su parte se dirigía al mismo edificio donde se encontraba ella para recoger a su hermano, que pasaba gran parte de la tarde estudiando. Sabía de antemano que se encontraría en la zona de biología que era su asignatura preferida. Se dirigía hacia allí cuando sus ojos encontraron a Jane que deambulaba por el pasillo de literatura concentrada en un grueso libro. Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de acercarse a ella con sigilo al ver que se encontraba completamente sola, parecía que aquel día el edificio no estaba muy concurrido.

Estaba a su espalda y ella no parecía percatarse de su presencia por lo que se acercó a su oído y le susurró para llamar su atención, provocándole un escalofrío al escuchar su voz.

—¿Cómo está la chica más bonita del pueblo?

—¡Jack! —exclamó girándose con los ojos iluminados—. No sabía cuándo volvería a verte.

—¿Creíste que podía pasar un día más sin ti? Esta mañana te vi y me hubiera gustado acercarme y besarte... —miró a su alrededor y al no ver a nadie a la vista la besó levemente en la nuca apartando la coleta que sujetaba su cabello y aspirando su aroma floral—. Me encanta como hueles.

Ella giró levemente su rostro para poder besar sus labios que estaban a escasos centímetros de los suyos, sorprendiéndole con aquel gesto que caldeó su corazón. Cogió su barbilla entre los dedos para poder besarla con pasión hasta que un sonido en el pasillo principal le hizo apartarse de ella a toda velocidad. La señora Turner, que completaba una de sus rondas por el recinto para asegurarse de que no se oyera ni un solo ruido, se acercaba hasta ellos. Jane nerviosa se giró para encontrar a Jack con un libro abierto intentando disimular, solo había un pequeño detalle que no tenía controlado puesto que el libro estaba al revés. La joven no pudo evitar romper el silencio con una carcajada consiguiendo que la señora Turner volviera sobre sus pasos para adentrarse en el pasillo donde se encontraban.

—¡Jane! Me lo podía esperar de este muchacho —dijo mirando a Jack por encima de las gafas de pasta marrón que llevaba sobre la nariz—, pero nunca de tí, si no vas a respetar las normas tendrás que irte.

—Discúlpeme, señora Turner. Estaba leyendo algo gracioso y no me pude contener pero no volverá a suceder.

—Eso espero —se dio la vuelta y se alejó hacia el siguiente pasillo.

Jack dejó el libro en su estante antes de volver a acercarse:

—Lo siento, cielo, pero me tengo que ir ya. Mi madre no se encuentra bien y no quiero dejarla sola mucho tiempo. He venido a buscar a mi hermano.

—¿Nos veremos pronto? —preguntó con ojos suplicantes.

—No lo sé... —al ver como se apagaba la luz de su mirada se sintió mal, pero era consciente de que su familia sobrevivía gracias a sus trabajos eventuales y no podía permitirse el lujo de perder una tarde para quedar con la chica más dulce del pueblo—. Quizás el miércoles me pase por casa de tu abuela a ver si tiene algún trabajo para mí... —no la volvió a besar como ella esperaba, simplemente le guiño un ojo y se dio la vuelta para perderse por el pasillo.

Como esperaba, Jack encontró a su hermano Cory inmerso en varios libros abiertos sobre la mesa mientras garabateaba en una libreta. Al notar su presencia levantó la vista y le dedicó una leve sonrisa. En los últimos tiempos su hermano no era el mismo; las penalidades en las que vivían y la enfermedad de su madre no ayudaban. Sentía lastima por el sufrimiento de su familia pero poco podía hacer.

—¿Está bien mamá? —preguntó preocupado.

—Todo está bien. Solo vine a buscarte para llevarte a casa y que no tengas que andar tanto.

—Hermanito, últimamente estas muy amable. No te conozco —comentó con humor.

—¿Has terminado? —contestó contrariado haciendo sonreír a Cory.

—Sí.

—Pues vamos.

Jane volvió a sus libros mientras suspiraba porque llegara pronto el miércoles para volver a verle. No entendía por qué no podía dejar de pensar en él, pero solo con tenerle cerca su cuerpo se revolucionaba y deseaba que la besara hasta perderse. Tan distraída estaba que no se percató de la entrada de su hermana, que llegaba acompañada de Daniel que la miraba con ojos enamorados sin ningún pudor.

Al ver a su hermana pequeña Darlene se separó de Daniel como un resorte y con un gesto señaló al pasillo de literatura donde se encontraba Jane. Daniel entendió lo que sucedía y volvió a salir a la calle sin tocar un solo libro de la biblioteca. La voz de su hermana la sobresaltó de nuevo.

—¿Necesitas ayuda?

—Darlene, ¿qué haces aquí?

—Es obvio. El viernes tengo un examen de biología.

—Si quieres estudiamos juntas. Yo mañana tengo un examen con la señorita Connor.

—Sabes que me encanta la literatura —dijo su hermana con nostalgia.

—Pues podías pasarte por mí —contestó con humor antes de que su hermana se sentara en la misma mesa y sacara sus apuntes de la bandolera.

Tras cobrar los arreglos realizados en el rancho, Jack decidió hacer un extra e ir al supermercado, quería comprar algún manjar a su madre que últimamente no comía demasiado. Estaba cargando las bolsas de papel marrón en la furgoneta cuando escuchó una conversación que le puso en alerta al ser nombrada Jane.

Era un grupo de tres jóvenes entre los que se encontraba Jerry, el hijo del alcalde, que alardeaba ante sus amigos de haber conseguido que “la estrecha de Jane Montgomery” por fin hubiera cedido a sus encantos. Tras dejar la última bolsa cargada se dirigió hacia el coche donde se agrupaban los tres amigos. Al ver aparecer a Jack a su lado se miraron unos a otros sin comprender por qué les lanzaba aquella mirada peligrosa. Jerry que era el más gallito de los tres no se amilanó por su presencia y con prepotencia se dirigió a él.

—Rider, ¿hay algún problema?

—Sí, tu lengua larga.

—Es una conversación privada.

—Me parece bien, pero no deberías contar mentiras.

—Yo no miento...

—Por lo que tengo entendido Jane Montgomery te mandó al cuerno —Kevin Doll miró a su amigo con una sonrisa que demostraba que creía más las palabras de Jack Rider que las suyas. Aquello no gustó nada a Jerry que se tensó.

—Eres una escoria —le insultó con ira.

—Claro. Y tu un niño de papá que se cree el más atractivo...

El primero en lanzar un rechazazo fue Jerry, pero Jack le esquivó sin problema y le devolvió el golpe impactando en su rostro. Los otros jóvenes intentaron separarlos sin demasiado éxito recibiendo algún golpe de propina. Las fuerzas estaban muy igualadas, pero finalmente Jack consiguió acorralarlo contra el coche y propinarle un nuevo puñetazo que esta vez impactó en la nariz de su contrincante antes de que el Sheriff Cullen le separara.

—¿Otra vez metiéndote en líos? —le espetó cansado de encontrarse con Rider allí donde hubiera problemas.

—Empezó él —se defendió mientras se limpiaba el labio partido.

—Sheriff Cullen, está mintiendo. Se lo puede decir Kevin y John.

—Yo aclararé este asunto con Jack. Será mejor que os vayáis —No tardaron en seguir su orden. Subieron al deportivo de Jerry y salieron del parking.

—Muchacho, empieza a hablar, no tengo todo el día —la voz fría del Sheriff no apabulló a Jack seguro de tener la razón.

—Sheriff, ya le he dicho que no empecé yo. El primero en golpear fue él.

—¿Se puede saber por qué empezó la pelea?

Jack dudó antes de contestar, no podía decirle que se había peleado con Jerry porque le había enfurecido la forma en la que hablaba de Jane: —Ese niñato se estaba metiendo con mi vieja furgoneta.

—¿Te peleas por una furgoneta? —dudaba que le estuviera diciendo la verdad.

—Lo siento, Sheriff, sé que debo controlar mi genio...

—Esta vez lo voy a pasar por alto —sentenció—. Vete a casa.

—Gracias, señor Cullen.

—No me des las gracias, lo hago por tu madre.

—Gracias.

Tras colocar las compras en la cocina se dirigió al baño para curarse las magulladuras antes de acercarse a ver a su madre que estaba en su habitación. Entró con sigilo para encontrarla completamente dormida por efecto de la medicación que tomaba. Se acercó hasta ella y tras desdoblar una manta de cuadros rojos, tapó el frágil cuerpo con lágrimas contenidas.

Era la fiesta del 4 de Julio y todo el pueblo se reunía para celebrarlo y ver los fuegos artificiales en la pradera junto al lago. Jane se había citado con Jack en la casa de la abuela Linette que en aquel momento estaba con sus padres. Tenía la cuartada perfecta porque se suponía que estaba con Darlene, que a su vez le había pedido que la encubriera con sus padres.

Su hermana estaba nerviosa porque había quedado con un chico del que no había querido hablar. Al poco de llegar a la cabaña sonaron unos golpes en la puerta y al abrir se encontró a Jack, tan guapo como siempre, que vestía unos vaqueros ajustados azules, camisa blanca y botas relucientes. En su mano derecha portaba una delicada rosa blanca que le entregó tras besarle dulcemente los labios.

Con los pétalos de la rosa acarició su mejilla antes de entregársela:

—Esto es por nuestro aniversario. Hace exactamente dos meses que te besé por primera vez en mi coche.

—Es preciosa —contestó con emoción aspirando su fragancia—. La guardaré siempre.

—No sé cómo has conseguido que haga lo que tú quieras en este tiempo. Te dije la primera vez que me besaste que te alejaras de mí y no lo has hecho.

—Pasa, tonto —dijo mientras se apartaba de la puerta—. He traído unos sándwiches y un par de trozos de tarta de chocolate para cenar.

—¿Tu abuela cuando vuelve? —preguntó preocupado.

—Hoy dormiré en mi casa. Mañana papá la llevará a Dallas para visitar a una prima.

—¿En serio? —preguntó sonriendo seductoramente mientras cogía su cintura y besaba la punta de su nariz respingona.

—Tranquilo —dijo separándose de él—. Solo vamos a cenar y a ver una película que alquilé. He quedado con Darlene a las doce y media.

—Si no hay más remedio —dijo con mirada pícara siguiéndola hasta la cocina—. Espero que la película sea de acción...

Por su parte, Darlene estaba en la vieja ranchera de Daniel en una arboleda cercana al lago tras disfrutar de los fuegos artificiales. Después de un beso apasionado Daniel la separó de su cuerpo intentando recuperar la respiración y mirándola solemnemente.

Ella se sorprendió por la gravedad de su gesto y la intensidad de su mirada y más aún cuando rebuscó con nerviosismo en uno de sus bolsillos y sacó una cajita forrada en terciopelo azul que le entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó Darlene con el corazón palpitando en el pecho.

—¿Tú qué crees? Ábrelo. —era una bella sortija de oro con un pequeño diamante en el centro.

—¡Daniel! —sus manos temblaban con la caja abierta frente a sus ojos—. ¡Dios mío!

—¿Sabes lo que significa? —preguntó tontamente.

—Sí. ¿Pero tu padre? —preguntó dudosa.

—He hablado con él. Se sorprendió cuando le dije que estábamos saliendo y que quería comprometerme contigo. ¿Qué contestas?

—¡Sí! —chilló antes de besarle levemente—. Mis padres van a alucinar.

—Mi padre los quiere invitar el sábado para anunciarlo ¿Serás capaz de aguantar el secreto hasta entonces?

—Preferiría esperar para decírselo a mis padres —algo de temor se filtró en su voz.

—¿Por qué?

—Cuando mi madre se entere de que estamos comprometidos me vigilará como un halcón y no podríamos quedar tanto...

—Tienes razón. Mi rubita —tras un nuevo beso ardiente Darlene miró su reloj de muñeca.

—Tenemos que irnos. En diez minutos tenemos que estar donde quedé con Jane, la pobre estará aburridísima esperando.

—Llegaremos a tiempo. De todas formas no creo que a Jane le importe si llegas algo tarde.

—El otro día estaba algo rara cuando la encontramos en la biblioteca. ¿No te parece?

—No la noté nada raro, pero quizás estaba algo colorada. Quizás le gusta alguien que estaba en la biblioteca y por eso se puso nerviosa.

—Puede que tengas razón. Pero esta rara últimamente.

—Tú también debes estar rara desde hace unos meses.

—Tonto. Sabes que llevo enamorada de ti desde que tenía doce años y llevaba trenzas.

Jack la besaba de una forma tan apasionada que se estaba quedando sin respiración, mientras sus grandes manos recorrían su cuerpo por encima del vestido azul.

Se sobresaltó cuando una de ellas tocó su pierna con suavidad, mientras subía por el muslo haciendo que el bello de su cuerpo se erizara con su contacto. Las sensaciones que recorrían su cuerpo la desconcertaron y asustaron a partes iguales por lo que intentó separarle.

—¡Para! Cuando me tocas así no puedo pensar.

—Mejor —dijo mientras seguía besando su cuello.

—Jack. Esto no está bien.

—¿No te gusta lo que te hago? —preguntó perdiéndose en su mirada azul.

—Sí, pero...

—Cuando estamos así no puedo pensar. ¿Cómo lo haces tú?

—Si conocieras a mi madre lo entenderías...

Claro que lo entendía. —Tranquila, mi amor —dijo sonriendo mientras le daba un último beso antes de levantarse del sofá donde estaban tumbados—. Es hora de recoger esto e irnos, ya falta poco para tu toque de queda y la carroza se puede convertir en calabaza.

—Jack —susurró ya respuesta y sonriéndole con amor—. Eres un hombre maravillo.

—No digas esas cosas. Estoy tentado de no dejarte salir de esta casa.

—Quizás la próxima vez sea yo quien no te deje salir.

—Ten cuidado con lo que dices, porque podría ser peligroso.

—Todo el mundo piensa que tú eres peligroso, pero yo no lo creo.

—¿Que sea peligroso es lo que te gusta de mí? —preguntó mientras recogían los restos de la cena en una bolsa de basura.

—Sí. Además de tu fantástico cuerpo.

—Tu tampoco estas nada mal —le dijo mientras recorría su cuerpo de arriba a abajo.

—Tendré que aceptar eso como un piropo.

—Aunque te dijera más de mil piropos nunca podría expresar con palabras como me haces sentir...

—¿Cómo te hago sentir? —preguntó mientras se acercaba a él lentamente.

—Me haces sentir en paz, feliz, relajado... todo eso y más a la vez —los brazos de Jane le rodearon el cuello antes de besarle.

Cuando el beso se intensificó Jack la separó de su cuerpo intentando mantener el control. —Será mejor que nos marchemos. Tu hermana te estará esperando.

—Aguafiestas —protestó.

Darlene ya la esperaba cuando llegó al cruce del camino donde habían quedado. Su hermana tenía la cara iluminada por una nueva emoción y Jane estaba intrigada, sin percatarse que ella misma mostraba mejillas arrojadas al recordar los besos que había compartido con Jack. Ambas habían notado algo extraño en la otra, pero ninguna de las dos quiso preguntar por miedo a ser rebatidas con nuevas preguntas que quizás resultasen incómodas.

—Jane, ¿te has aburrido mientras esperabas? —le preguntó Darlene por entablar conversación.

—Acabo de llegar. Estuve viendo una película en casa de la abuela.

—Estaba preocupada por ti —confesó sintiéndose culpable por hacerla esperar.

—Has estado con un chico, ¿verdad? —le preguntó sin poder contenerse.

—Me acojo el derecho a la intimidad. No pienso decir nada más.

—¿Me lo contarás alguna vez? —le preguntó queriendo dar lastima.

—Quizás sí, pero no ahora.

—Está bien —contestó Jane con resignación sabiendo que no sacaría nada a su hermana—. Será mejor que nos apresuremos o papá y mamá sospecharán. Sabes cómo se pondría mamá si supiera que la engañamos y salimos por separado.

—Creo que nos mataría y papá la dejaría con tal de que le dejara ver el partido de los domingos —las dos echaron a andar por el camino entre carcajadas.

Era plena noche pero no tenían miedo, ya que conocían bien la zona porque se habían criado en los campos cercanos a la casa de su abuela desde que eran renacuajos. Muchos veranos los habían pasado allí bañándose en el río que había junto al establo.

Cuando Jack llegó a casa todos estaban acostados. Tras quitarse las botas para no hacer ruido caminó por el pasillo en penumbra hasta la habitación que compartía con su hermano. Se desvistió sin encender el interruptor para no despertarle ya que veía perfectamente gracias a la luz de la luna que se filtraba por la ventana y se recostó sobre la cama para recordar cada momento vivido aquella noche. No quería asumirlo, pero Jane se había metido dentro de su piel y no podía hacer otra cosa que pensar en ella. Mil veces se había dicho que aquella relación no tenía futuro y que pronto ella se cansaría de aquel capricho por él, pero cuando la tenía en sus brazos se sentía feliz como no lo había sido en toda su vida.

La voz de su hermano le sobresaltó.

—¿Por qué tienes esa cara de estúpido? —preguntó con humor.

—Duérmete Cory.

—¿Quién ha sido esta noche la afortunada?

—¿Qué más te da?

—Últimamente estas muy misterioso.

—Deja de decir tonterías. ¿Esta él en casa? —se refería al padre de ambos.

—Hoy tampoco ha venido. Mamá preguntó por él.

—¿Qué le dijiste?

—Que había estado en la tarde mientras ella dormía.

—No es la primera vez que desaparece durante días —expresó con rabia.

—Hace tres días que no aparece —apuntilló su hermano.

—Cuando se le acabe el dinero, volverá.

—Por mí se puede ir para siempre —Jack sintió la rabia en la voz de su hermano enfureciéndose aún más al ver su sufrimiento. La vida le había hecho un chico maduro demasiado pronto.

—Olvidalo y cállate. Estoy cansado.

—Jack...

—¿Qué?

—Que descanses —le deseó amablemente.

—Igualmente, enano.

Jane observaba extasiada el sugerente escaparate de la nueva tienda del pueblo. Tenía un aspecto desastrado con una mezcla de todo tipo de objetos inconexos; ropa colgada de un bonito perchero colonial, collares de colores y pendientes de plata en diferentes cajas de madera labrada, libros nuevos y antiguos. No tenía nada que ver con las aburridas tiendas de la calle mayor.

Sus ojos se quedaron prendados de una figura de cristal con forma de hada que tenía las alas abiertas llenas de purpurina, cuando una mano se posó sobre su hombro sobresaltándola. Al girarse se encontró con la sonrisa de Jack.

—Pequeña, ¿qué miras tan absorta?

—Esa figura que parece mágica.

—Siempre soñando con cuentos de hadas.

—Quizás tengas razón, pero... —las palabras murieron en sus labios cuando se percató que en el lado opuesto de la calle aparecía su padre acompañado por su hermana y Daniel que charlaban amigablemente. Su padre pasó el brazo sobre los hombros de Daniel, justo cuando Jack se giraba preguntando preocupado por su reacción. —¿Qué pasa?

Al observar la escena Jack sintió que la rabia se apoderaba de su cuerpo al no poder salir abiertamente con Jane. Hubiera deseado que los padres de ella le aceptaran tan bien como lo hacían con Daniel. Le dolía saber que eso nunca sucedería porque su padre era un borracho bueno

para nada y todo el mundo pensaba que su hijo llevaría la misma vida de miseria. ¡Pero él no era como su padre! Había sido un buen estudiante a pesar de sus altos y bajos y si hubiera tenido la oportunidad hubiera ido a la universidad como muchos chicos de su clase que tenían peores notas que él, pero sí suficiente dinero.

—Deberíamos escondernos —comentó Jane con urgencia mientras cogía su mano y le llevaba a un callejón cercano donde se ocultaron.

—¿Por qué hiciste eso?

—Para que mi padre no nos viera.

—Jane, ¿sabes una cosa? —su voz sonó dura. Jane nunca le había visto tan furioso—. Estoy cansado de esconderme de tu familia. ¿Te da vergüenza salir conmigo?

—Por favor, sabes que no es eso.

—¿Te avergüenzas de mí?

—Jack... —intentó acercársele, pero él se lo impidió.

—Es preferible que lo dejemos —dijo sin mirarla.

—No... —suplicó con lágrimas en los ojos.

—Será lo mejor para los dos. Ya puedes salir con quien quieras. Bueno, mejor dicho, con el chico que le guste a tu *mamá* —se dio la vuelta para marcharse, pero ella intentó agarrarle del brazo desesperadamente. La miró con odio mientras escupía las últimas palabras que le dirigió antes de desaparecer—. Déjame o armaré un escándalo que todo el pueblo recordará durante mucho tiempo.

Jane permaneció en el callejón con la espalda pegada a la pared de ladrillos llorando porque le amaba con todo su corazón y la había echado de su lado. Él no entendía que si su padre se enteraba de su relación haría lo que fuera para destruirlo por ser ella menor de edad. Frustrada dio una patada en el suelo. ¡No la había dejado explicarse! El odio en su mirada le había roto el corazón.

Aquella noche no pudo pegar ojo, pero lo peor fue al día siguiente, cuanto Gabrielle le conto él último cotilleo que corría por el pueblo sobre Rider. Jack pasó la noche anterior en el único Club del pueblo y se había emborrachado. Jane sintió su corazón acelerado al escuchar aquello porque sabía que Jack odiaba a la gente que se emborrachaba como su padre, se suponía que él no bebía nunca porque odiaba sus efectos y no quería ser igual que él.

—...luego se lió con Megan —exclamó su amiga con estupor—. Es una *chica fácil*. Aunque ayer tuvo suerte, nada menos que Jack Rider. Uff, ese chico está como un tren...

—Gaby, déjalo ya... —no quería escuchar más.

—Jane, pero eso no es lo peor...

—¿Peor?

—Después de dar el espectáculo con Megan se metió en una pelea y le detuvieron.

—¡Dios mío!

—Te dije que tenía un buen chisme.

Con nerviosismo cogió su bolso con intención de salir corriendo. —Tengo que irme —se disculpó escuetamente.

—¿Dónde vas? —preguntó su amiga extrañada por su comportamiento.

—Lo siento. Se me olvidó que mi abuela quería que la ayudara en casa.

—¿Ahora?

—Sí. Lo siento.

—¡Jane! Habíamos quedado para que me ayudases a hacer algo con mi pelo...

—Lo siento, Gaby. Es importante que vaya. Te juro que mañana vengo.

—Está bien.

—De verdad que lo siento.

Al salir cogió la bicicleta de Gaby, sabía que no le importaría y salió a toda velocidad dirección a la casa de su abuela. Sabía que ella era la única que podía ayudar a Jack.

Cuando llegó por el camino de tierra aún le temblaban las manos y el corazón se le salía del pecho por el esfuerzo físico realizado. Su abuela salía de la casa en aquel momento y al verla tan exaltada corrió preocupada hacia ella.

—Jane, ¿qué pasa? —preguntó conteniendo el aliento.

—Es por Jack.

—¿Jack? —preguntó Linette sin comprender.

—Jack Rider —puntualizó.

—Sé quién es. ¿Qué pasa?

—Le detuvieron anoche.

—¿Qué?

—Se emborrachó en el Club y se peleó con un hombre. Creo que está detenido en la comisaría.

—Jane, tranquilízate. Vete a casa mientras yo voy a la comisaría.

—Abuela, ¿me llamarás cuando sepas algo? —preguntó con la desesperación pintada en la cara.

—Te lo prometo, pero debes tranquilizarte —su abuela la estudió un segundo descubriendo que algo ocultaban los ojos de su nieta.

—Gracias.

—Y ahora vuelve al pueblo.

Vio marchar a la joven pedaleando antes de entrar en la casa para coger el bolso y las llaves del coche. Debía ir a la comisaría y sacar al chico del problema en el que se había metido. ¿Qué le habría pasado para comportarse así? ¿Había acabado borracho? No lo podía creer.

Rezaba porque su viejo amigo, el Sheriff Cullen, le echara una mano y que el muchacho saliera del lío en el que se había metido. Tardó más de una hora en convencerlo de retirar los cargos y soltarle bajo su responsabilidad.

Lo que más le preocupaba en aquel momento era Rose, que apenas podía levantarse de la cama por su enfermedad y más desde que ese cerdo de Lee se había largado para siempre unas semanas antes. Cuando salieron de la oficina del Sheriff arrastró al muchacho hasta el restaurante de Hunter para que comiera algo. Tenía una pinta horrible. Su rostro estaba hecho un cuadro con el ojo morado y algunos arañazos. Cuando la camarera desapareció tras tomarles nota fue cuando la anciana se enfrentó a él sin tapujos.

—Muchacho, ¿se puede saber que tienes en la cabeza?

—No —contestó hermético.

—¿No? Te acabo de salvar el culo hace menos de media hora. He conseguido que Cullen no te abra un historial delictivo...

—Se lo agradezco, pero no me gusta que se meta en mi vida...

—¿Estabas borracho? Aún no me lo puedo creer.

—Fue un error —intentó defenderse—. Estaba enfurecido y no sabía lo que hacía.

—Solo dime porqué lo hiciste.

—Lo siento, señora, pero es un asunto personal.

—¿Una chica?

—Sí —confesó finalmente.

—Muchacho, ahora tienes cosas más importantes de las que preocuparte —le recriminó.

—Lo sé —le respondió arrepentido.

—Pues piensa en ello.

—Lo haré.

—Ahora me tengo que ir y espero que no te metas en más líos. Si tu madre se entera de lo que pasó ayer lo pasaría mal y yo te mataría con mis propias manos.

—Lo siento.

—Eso espero muchacho. Ahora tengo que llamar a mi nieta o me matará.

—¿Su nieta? —preguntó incrédulo.

—Jane me avisó de que estabas en la comisaría y estaba muy nerviosa —no apartó la mirada de su rostro intentando descubrir lo que ocultaba, pero él no dejó translucir nada.

—Dele las gracias de mi parte.

—Lo haré. Parece que tienes mucha confianza con mi nieta.

—Hemos hablado un par de veces, pero nada más.

—Aún no comprendo como ella se enteró de lo sucedido.

—Ya sabe usted que para muchas personas no tengo buena reputación. Cuando hay cualquier tipo de chismorreó sobre mí, corre como la pólvora.

—¿Quién es esa chica que te descontroló? —insistió de nuevo Linette vislumbrando la verdad.

—Megan Dover.

—Tienes muy mal ojo para las mujeres. Te aconsejo que cambies de ahora en adelante.

—Por supuesto.

—Me marcho ya, me has hecho perder mucho tiempo.

—Gracias por todo.

—Vete a casa de una vez.

Cuando el teléfono sonó y escuchó la voz de su abuela, Jane soltó el aliento que había contenido durante todo el día tras saber que él había salido del lío en el que se había metido. Más tranquila y tumbada sobre la cama tuvo tiempo de pensar en todo lo sucedido en las últimas horas. Ahora fue la rabia la que invadió su cuerpo al saber que Jack la noche anterior había estado con otra chica y nada menos que con Megan Dover. Le odiaba por cambiarla tan fácilmente por aquella chica. Ahora había quedado perfectamente claro que podían salir con otras personas.

Jack salió de la habitación con lágrimas en los ojos que no pudo contener. Tras la marcha de su progenitor, su madre había perdido las ganas de luchar sumiéndose en una depresión. El médico en su última visita no le había dado demasiadas esperanzas respecto a su enfermedad y menos con la dejadez de la paciente. Su hermano Cole también estaba sufriendo con la situación y Jack solo podía sentirse desbordado y acorralado a partes iguales.

Decaído se sentó en el raído sillón de cuadros del salón mientras le daba vueltas a lo que iba a hacer cuando su madre faltase y se quedaran solos. Todos sus pensamientos le llevaban irremediablemente a pensar en Jane, lo único bonito que había tenido en su vida en los últimos tiempos. Quizás por ese dolor y preocupación que le consumía se había comportado así con ella y ahora se arrepentía de lo sucedido. La amaba demasiado y no lo podía negar, él nunca hubiera querido estar enamorado como un tonto, pero la verdad era que lo estaba y nunca le había dicho que la quería.

El día que discutieron la había forzado demasiado al pedirle que se enfrentara a su familia para estar con él. No era un estúpido y sabía que nunca la dejarían salir con él porque era un don nadie. Quizás debía plantearse hacer algo con su vida aparte de chapuzas por un poco de dinero.

Estaba seguro de que si fuera alguien con un futuro prometedor la familia no podría oponerse a su relación. Suspiró frustrado. Todo aquello eran tonterías. ¿Por qué soñaba con imposibles? Lo mejor era que se fijara en otra chica a la que no importase que trabajara eventualmente para sacar unos dólares.

Jane estaba nerviosa porque faltaba menos de una semana para que se celebrara, como cada año desde la fundación del pueblo, el final del verano. Pensaba ilusamente que si todo se arreglaba con Jack podrían ir juntos al baile. Aquel año el ayuntamiento decidió que la temática de la fiesta fueran los disfraces, creando con ello un gran revuelo entre los ciudadanos. Tenía que encontrar una pareja con la que asistir porque sabía que Jack iría con Megan. Cuando se lo contó Tory a modo de cotilleo sintió la ira crecer en su interior y con más ahínco buscó con quién ir. Al salir de clase de algebra se encontró con Izan Connor. Le había pedido un par de veces ir al cine, pero ella siempre le había rechazado porque estaba locamente enamorada de Jack. Cuando le escuchó hablar a su lado se sobresaltó.

—Jane.

—¿Qué...? —balbuceó.

—¿Por qué me miras así? —preguntó curioso al notar sus ojos clavados en él poco antes.

—Estaba pensando en el baile de disfraces. Es una lástima que no pueda asistir.

—¿Por qué no vas?

—No tengo pareja —contestó lisonjera.

—No me lo creo. En este pueblo todos deben de estar ciegos, menos mal que yo no, ¿quieres ir conmigo?

—Seguramente ya tengas pareja...

—Aún no había decidido a quién invitar —a Jane no le gustó su comentario porque le pareció prepotente por su parte, pero necesitaba ir a ese baile—. Pero si quieres ir conmigo...

—Tengo un disfraz demasiado bonito para no ponérmelo.

—Entonces ya tienes pareja. Esta tarde ponen una película de acción, podríamos ir al cine.

—Estaría bien —mintió, odiaba las películas de acción. Pero solo de pensar en poner celoso a Jack consintió en ir a ver una película tediosa.

—¿Te recojo a las siete?

—Perfecto.

—Entonces nos vemos esta tarde —dijo guiñándole un ojo antes de reunirse con sus amigos que ahora bromeaban con él. El rumor de que salían juntos se propagaría con rapidez.

Caminaba de vuelta a casa cuando vio a su hermano a lo lejos, hablaba con la dueña de la nueva tienda de la calle mayor y parecía que se conocían, cosa que le extrañó. La joven tenía una larga melena rubia que brillaba con el sol de la tarde y parecía menuda en comparación con su hermano, que era más grande que su padre. Ellos no se percataron de su presencia, a pesar de los pocos transeúntes que rondaban la calle, y seguían con lo que parecía una discusión. En un momento dado su hermano cogió a la joven por la cintura para instarla a entrar por la puerta del comercio. Jane consumida por la curiosidad se acercó hasta el escaparate para encontrarse con una escena que no esperaba, vislumbró como se besaban apasionadamente y poco después la chica le daba un empujón en el pecho antes de darle una bofetada a su hermano que salió por la puerta como alma que llevaba el diablo. Ni si quiera se percató de la presencia de Jane en la acera, cosa que ella agradeció. Sin pensarlo demasiado entró en la tienda desierta. La chica parecía descolocada, pero la sonrió al verla entrar intentando aparentar normalidad.

—Buenos días, ¿qué deseas? —le preguntó la joven.

—Quería un vestido para la fiesta de disfraces.

—Sería mejor que fueras a...

—Quiero algo especial. Que nadie tenga nada parecido...

—No estoy segura...

—Todo lo que tienes en el escaparate parece mágico. Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Tiene que ser algo barato, no tengo mucho dinero... ¿Tienes algo así? —preguntó algo avergonzada. No sabía por qué había entrado allí o por qué le había dicho lo del vestido con su bajo presupuesto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con una gran sonrisa tierna.

—Jane.

—Yo, Stella. ¿Ese vestido es para alguien en concreto?

—Sí. Quiero que se arrepienta de no ir conmigo al baile —expresó ofuscada.

—Sé lo que quieres. Que él piense “esa chica es Jane y yo soy un idiota”.

—Eso sería maravilloso —sus ojos brillaban con malicia.

—Está bien —observó críticamente el aspecto de Jane, su falda vaquera por debajo de la rodilla y la camisa de media manga blanca—. ¿Eres clásica vistiendo?

—Más bien la clásica es mi hermana que es de quien heredo ropa elegida “con buen gusto” por mi madre.

Ante su comentario no pudo evitar reír con humor. —Entiendo. No puede ser arriesgado...

—Sí puede ser arriesgado —afirmó con malicia—. Quiero estar imponente cueste lo que cueste. Aunque sea a expensas de un castigo de semanas.

—Entonces... —dijo mientras rebuscaba entre las perchas que había a su espalda hasta encontrar lo que estaba buscando—, éste es ideal.

Salió del probador en busca de un espejo y cuando se observó pensó que aquella chica reflejada no era ella. Aquel vestido mostraba a una Jane diferente. El cuerpo del vestido se ajustaba como un guante a sus formas y las mangas transparentes cubrían sus brazos hasta las muñecas donde terminaban en unos bordados de diminutas piedras que brillaban como diamantes. Al llegar a sus caderas el vestido formaba un vuelo de gasas que llegaba hasta el suelo y el escote terminaba en forma de uve sobre su pecho. Le encantaba el color blanco del tejido que resaltaba sobre su piel. El disfraz lo completaba unas bellas alas de color plata.

—¿Qué te parece?

—Precioso, espectacular... ¿carísimo?

—Quizás sea algo caro, pero puedo alquilártelo si me lo cuidas.

—Vale una fortuna —dijo tras mirar la etiqueta.

—Sí, pero me has caído bien. Te pondrás estas sandalias —dijo entregándole una caja roja—, y esta flor para el pelo.

—No debería aceptarlo; estoy abusando de ti.

—No es gratuito —dijo con una sonrisa enigmática—. Quiero algo a cambio.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Quiero información de la familia de Derek Montgomery.

—Eso es pan comido —contestó sonriente.

—¿Por qué?

—Derek es mi hermano.

—¡Vaya! —dijo sorprendida y un tanto avergonzada—. Sí que es una coincidencia, me gustaría...

—Que fuera discreta. No hay problema.

—Creo que tú y yo nos llevaremos bien.

—Eso espero.

—No quiero que Derek se entere de esto.

—Entendido. Sobre el precio del alquiler...

—Te lo prestaré sin coste alguno.

—Creo que me vas a caer bien...

—Stella —dijo tendiendo su mano en señal de saludo.

Cuando llegó a casa cargada con una bolsa azul que envolvía el preciado vestido se encontró con que Tory la había llamado por teléfono más de quince veces, estaba extasiada ante la idea de que su amiga fuera a salir con uno de los chicos más guapos y sexys del instituto. Jane no se

encontraba tan emocionada como ella, si salía con Izan era para que Jack se enterara, aunque ahora no estaba tan segura de haber hecho lo correcto porque temía que él se enfadase irremediabilmente.

Izan llegó puntual a su cita y resultó ser bastante simpático cuando no estaba rodeado de sus amigos. La película no estuvo mal e incluso se divirtió con su compañía, pero lo malo llegó cuando salieron de la sala y se encontró que en la acera de enfrente estaba aparcada la camioneta de Jack. Él estaba apoyado en la parte trasera de la furgoneta mirándola con ojos de incredulidad y rabia mal contenida.

Las dos semanas siguientes se convirtieron en una guerra velada entre ambos. Se encontraban en todas partes con sus respectivas parejas. En una ocasión Izan la besó y abrazó estrechamente y Jack hizo lo propio con Megan con tanta pasión que en el restaurante algunos jóvenes silbaron.

Para Jack era un verdadero infierno ver como Jane salía con aquel idiota de Izan, porque sabía que solo lo hacía para fastidiarle, pero aun así tenía que contener las ganas de romperle la cara a aquel guaperas de medio pelo. Al parecer, a la madre de Jane no le importaba que saliera con Izan porque era un buen partido... maldito fuera todo el pueblo por juzgar a las personas por lo que tenían y no por lo que eran.

Tras dejar en casa a Megan llegó al piso exhausto y sin ganas de nada. Allí encontró a Cole estudiando en la cocina con la mesa repleta de papeles. Cuando le vio entrar levantó la vista de sus apuntes.

—Llegas tarde, mamá estuvo preguntando por ti —le espetó preocupado.

—Estaba con Megan.

—¿Por qué sales con esa chica?

—Es guapa —le respondió.

—Sí, es muy guapa, pero no tiene nada en la cabeza.

—Esta buena y con eso me basta.

—Yo pensaba que cuando sales con alguien tiene que haber algo más aparte de lo exterior. No me engañas hermanito, creo que lo que pasa es que estás intentando darle celos a alguien.

—Es mentira —negó enfurecido porque su hermano le conociera tan bien.

—Te puedes mentir a ti mismo pero no a mí.

—Eres demasiado listo para tu bien.

—¿Quién es?

—No te lo voy a decir.

—¿Es feísima? —preguntó con humor.

—A su familia no le haría ninguna gracia que saliera conmigo.

—Entiendo a qué te refieres —afirmó con pesar—, pero tú la quieres.

—Cole... eso no es suficiente.

—Creo que estas equivocado.

Jane estaba dando los últimos retoques a su peinado cuando la puerta se abrió precipitadamente. Miró asustada hacía allí pensando que era su madre y que la bronca que le iba a echar iba a ser gorda, pero quien entraba era Darlene que la observó entre admirada y alarmada de su belleza, parecía un hada de los bosques.

—¡Jane! —exclamó agitada mientras cerraba la puerta a su espalda—. ¿De dónde has sacado

ese disfraz?

—Me lo ha prestado una amiga.

—¿No te parece demasiado... sexy?

—¿Estoy fea?

—No es eso y lo sabes. Como te vea mamá no te deja salir de casa...

—No, porque tú me vas a dejar tu abrigo largo.

—Se enterará de todas formas.

—Se me hace tarde —dijo ignorando las palabras de su hermana mientras se ponía el abrigo que le tendía—. ¿Nos vamos?

—Tú sabrás lo que haces —cedió finalmente Darlene preocupada por ella.

Izan llegó puntual a la cita disfrazado de un elegante Lord del siglo XVIII. Cuando llegaron al recinto y se quitó el abrigo su acompañante se quedó con la boca abierta al ver su nueva apariencia tan diferente a la habitual. Todas sus compañeras de clase la miraban con envidia mal disimulada, incluso la reina de belleza del instituto. A pesar de la atención que había logrado, Jane solo podía otear a su alrededor en busca de Jack, cosa que iba a ser difícil estando todos disfrazados. Al poco tiempo estaba desilusionada por no encontrarle. Solo se había vestido así para él, Izan era divertido y encantador, pero no era Jack.

Estaba tomando un refresco tras dejar a Izan bailando con Tory, cuando alguien se le acercó disfrazado del Zorro y le tendió la mano que ella cogió hipnotizada por esos ojos grises que tan bien conocía siguiéndole hasta el exterior a un lugar apartado.

—Creí que habías venido con Megan —afirmó todavía enfadada.

—Y tú con el duque de Windsor —le contestó con el mismo tono.

—Muy gracioso —dijo alejándose unos pasos de él, su cercanía le afectaba—. Me dijiste que podíamos salir con quien quisiéramos y tú no tardaste ni veinticuatro horas en hacerlo.

—Tu tampoco tardaste mucho en empezar a salir con Izan.

—Tú dijiste que éramos libres... —dijo dándose la vuelta para enfrentarle.

—Estás preciosa. Pareces un hada de los bosques...

—Jack —pronunció su nombre apartándose, pero él no se lo permitió cogiendo su cintura—.

No vengas ahora con palabras zalameras.

—Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Tenía que darte las gracias.

—¿Qué? —ahora le miraba sin comprender.

—Por avisar a tu abuela para que me sacara del lío en el que me metí.

—No fue nada. Ahora suéltame, tengo que volver con mi pareja...

—Al diablo con tu duque. Tiene demasiadas chicas a su alrededor y no te echará de menos.

—He venido con él —intentó zafarse de su agarre, pero él no se lo permitió.

—Me importa una mierda...

—No hables así.

—Princesa, se me acabó la paciencia.

—Me tiene sin cuidado que tu paciencia se acabe —por fin logró liberarse de su agarre y alejarse de nuevo de él. Decidió seguir fingiendo que estaba enfadada, pero en el fondo le encantaba que él sintiera celos de Izan, al parecer su plan había logrado llamar su atención.

—Estás demasiado sexy —le dijo a su espalda—. ¿Te has propuesto volver loco a medio pueblo? Cuando tú madre se entere te matará.

—Merece la pena el castigo que me imponga mi madre porque he conseguido lo que me proponía.

—¿Y qué era?

—Llamar tu atención —le enfrentó. No tenía más ganas de juegos.

—¿Era eso lo que pretendías?

—Sí.

—¿Y qué más pretendías?

—Que un desconocido enmascarado —dijo quitándole el pañuelo negro—, me secuestrase en un baile.

—Cariño, has logrado tu objetivo.

—¿Cariño? ¿Ya no estás enfadado conmigo?

—No lo sé —dudó un momento—, pero estas dos semanas han sido un infierno verte con Izan. Los celos me consumen.

—¿Tú celoso?

—¡Sí! Maldita sea y ahora bésame —le exigió.

—Es lo que más me apetece. —Ella comenzó aquel beso, pero él lo convirtió en algo explosivo.

—Jane —dijo con voz consumida por la pasión—. Vámonos de aquí.

—¿A dónde?

—Me da igual. Solo quiero estar a solas contigo.

—Podemos ir a la vieja cabaña abandonada del lago —propuso ella.

—¿Quieres ir?

—Contigo al fin de mundo.

—¿Y tu pareja? —preguntó con humor.

—Solo quería ponerte celoso como hiciste tú conmigo. Megan es la chica más guapa de la zona...

—No te llega ni a la suela de los zapatos. ¿Nos vamos?

—Por supuesto —dijo tomando su mano.

La vieja cabaña estaba casi en ruinas y parte del tejado estaba hundido. Ya en el interior encendieron unas velas que encontraron en una caja de madera iluminando tenuemente el habitáculo. Todo estaba lleno de polvo y las ventanas rotas, pero a ellos no les importó porque solo tenían ojos el uno para el otro. Jack la cogió en sus brazos y habló con emoción al contemplarla.

—Eres el hada más bonita que he visto en mi vida. ¿Eres real?

—Solo para ti.

—Eso espero —dijo antes de besarla.

—¿De dónde has sacado ese vestido?

—De la tienda nueva de la calle mayor.

—¿Tu madre te ha dejado salir así de casa? —preguntó incrédulo.

—Ella no lo sabe —confesó.

—No tardará en saberlo.

—¿Por qué?

—Has vuelto loco a más de uno en el baile —dijo besando su cuello.

—Jack... te he necesitado tanto —confesó en el tumulto de la pasión.

—Jane —dijo él separándose de ella con la respiración entrecortada porque apenas podía hablar—. Tenemos que parar ahora mismo —no estaba seguro de poder controlarse.

—Jack, no quiero parar.

—No me digas eso porque lo haces más difícil.

—Te amo...

—Yo también mi pequeña, pero luego te arrepentirás y será demasiado tarde.

—No —dijo besando la comisura de sus labios—. Esta noche es mágica. ¿No lo ves? —dijo mientras le besaba el cuello haciéndole temblar—. Por favor.

—Jane...

—Jack. Te deseo y te aseguro que nunca antes he deseado a nadie en mi vida como a ti —el tono en el que dijo su nombre le hizo perder el poco control que tenía mientras la besaba. Con sumo cuidado le quitó las alas plateadas y poco después el vestido blanco.

—Jane, te amo más que a nada en el mundo.

—Y yo a ti...

Un sonido en el exterior los sobresaltó a ambos que ya reposaban sobre las mantas, que él solía llevar en la furgoneta, apenas cubiertos. Jack se puso alerta y salió a inspeccionar el exterior y no vio a nada. Volvió a entrar para tranquilizar a Jane.

—Tranquila mi amor, seguro que era un animal.

—¿Seguro? —preguntó asustada mientras cubría su cuerpo.

—Te lo juro.

A pocos metros unos fríos ojos azules seguían espiándolos con determinación mientras apretaba los puños hasta que quedaron blancos. En su interior sentía una ira incontrolada que amenazaba con acabar con su cordura. Ella se estaba entregando a Salvaje Jack, su amada y pura Jane, no podía soportarlo y decidió escapar de allí antes de cometer una locura. Caminó hasta llegar a su coche oculto en la maleza y se metió dentro aún en estado de shock.

Tras la pasión compartida acabaron abrazados bajo las mantas, felices. el momento mágico vivido llenó a Jack, sin embargo no podía evitar sentirse mal por haber tomado a Jane robándole su pureza, la necesitaba demasiado y eso le daba miedo. Desde que Jane estaba en su corazón no hacía más que locuras. Reticente, la separó de su cuerpo porque debían volver al baile antes de que los echaran en falta.

—¿No podemos quedarnos un poquito más? —preguntó melosa.

—Tu hermana te estará buscando.

—Me gustaría quedarme aquí contigo para siempre.

—Sabes que no puede ser. —Ya se había levantado y empezó a vestirse aún contemplando a la joven.

—Podríamos fugarnos.

—Mi amor, ves demasiadas películas.

—Te amo.

—Y yo a ti. Pero tenemos que pensar con la cabeza y no con el corazón.

—¿Por qué es tan complicado?

—Tienes que aprender que en la vida nada es fácil. Cuanto antes lo entiendas menos sufrirás.

—A tu lado nunca sufriré. —Su inocencia le enterneció. Sin contestar la ayudó a levantarse y a ponerse el vestido olvidado.

6

Derek se sintió nervioso ante la puerta del pequeño apartamento que había en la parte superior de la nueva tienda de la calle mayor. Llamó varias veces con los nudillos pero nadie respondía al otro lado, chasqueó la lengua con enfado y cuando estaba a punto de desistir, la puerta se abrió y tras ella apareció Stella que le miraba con cierta confusión. Sus ojos parecían somnolientos y aquello le enterneció. Solo había ido hasta allí porque había esperado encontrarla en el baile y estaba preocupado.

—¡Derek! —exclamó con sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo y creo que lo dejé claro el otro día. Me has despertado —replicó enfadada.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación—. Creí que irías a la fiesta.

—Eso explica esas pintas —dijo señalando su disfraz de Robín Hood—. la verdad es que estás muy mono... —comentó con humor.

—¿Estás bien o no? —preguntó de nuevo, pero está vez enfadado por su burla—. Tienes mala cara.

—Estoy perfectamente y cuando te vayas estaré mejor —contestó con rotundidad.

—Necesito saber por qué viniste a vivir a este pueblo.

—Pasa —le invitó finalmente a entrar mientras miraba a su alrededor para ver si su vecina los estaba espiando como hacía habitualmente—. Será mejor que hablemos dentro —no quería levantar más comentarios sobre su persona.

Cuando entró estudió todo lo que le rodeaba. Aquel pequeño apartamento parecía muy acogedor y lleno de vida. Stella tenía un don para que cualquier lugar pareciera un hogar, a pesar de lo destartado y viejo que estuviera. Estudió el sofá verde que había en el centro del salón repleto de cojines de colores que tanto le gustaban a ella, los recordaba dispersos en su cama la última vez que hicieron el amor y también recordaba cada objeto que adornaba las estanterías llevándole a un pasado no muy lejano.

—¿Vas a hablar de una vez? —le sobresaltó la voz de Stella a su espalda que le observaba con las manos en las caderas—. ¿O piensas pasarte toda la noche mirando la decoración?

—Lo siento —se disculpó confuso, pero enfrentándola— Quiero saber por qué has aparecido en mi pueblo natal y por qué has montado una tienda si no quieres saber nada de mí.

—Cuando estuvimos juntos jamás me hablaste de donde vivía tu familia. De haberlo sabido nunca hubiera venido aquí. Ahora es demasiado tarde, ya no me puedo ir.

—Stella —pronunció su nombre mientras se acercaba hasta ella deseando abrazarla. Se la veía tan atractiva con aquel camión corto de color negro que apenas podía pensar—. No hace falta que te vayas, quizás el destino te ha traído aquí...

—No quiero hablar más de eso. Lo único que podemos hacer es comportarnos como adultos —dijo mientras volvía a abrir la puerta para que él saliera.

—Está bien, como quieras —contestó contrariado dirigiéndose a la salida que tan gentilmente le indicaba ella—. Pero no puedo jurarte que no lo voy a intentar.

—¿Intentar qué?

—Conquistar de nuevo tu corazón.

—Eso es imposible.

—Quizás te engañes a ti misma, pero no a mí.

—Siempre has sido demasiado cabezota para mi gusto.

—Y tú siempre has sido demasiado bonita.

—Déjate de halagos...

—Ahora que estás en mi territorio no podrás escapar —amenazó cruzando el umbral.

—No estés tan seguro —afirmó con una sonrisa de suficiencia—. No creo que a tu madre le gustara que salieras con *“la chica rara que ha abierto esa tienda tan estrafalaria”*. Eso fue lo que comentó el otro día en el súper a una amiga mientras yo esperaba en la caja tras ella.

—¡Joder! —exclamó cabreado con su madre y los chismorreos—. Eso me importa una mierda.

—A mí sí me importa. Será mejor que te vayas cuanto antes.

—Stella, por favor... —le suplicó. Pero ella ya cerraba la puerta dejándole en el exterior

—déjame. —gritó hundida.

Frustrado, Derek caminó por la calle mayor pensando en lo que había pasado con Stella y devanándose los sesos dilucidando que podía hacer. ¡Maldita fuera su suerte! Había intentado olvidarla, pero sin ningún resultado y ahora que el destino le había concedido una segunda oportunidad para recuperarla no pensaba dejar que su madre lo estropeará. La calle parecía desierta, casi todo el mundo estaba en la celebración, pero una luz en la ferretería llamó su atención porque se suponía que llevaba cerrada desde hacía horas.

Animado pensó que quizás Daniel estuviera allí y se acercó pensando en contarle sus desvelos y así lograr algún consejo. Ya junto al escaparate oteó a través del cristal y se encontró con que su amigo estaba más que ocupado besando a una chica que iba disfrazada de dama del Medioevo... algo en aquella chica le resultó familiar y se llevó un sobresalto al ver su rostro: ¡se trataba de su hermana Darlene! Con rapidez se apartó para no ser visto y siguió con su camino. Al parecer Daniel también tenía sus propios secretos, pensó con humor, parecía que todo el pueblo tenía a quien amar menos él.

En el interior del local su hermana intentaba detener los avances de Daniel con poco éxito. Sabía que no podía ceder a la pasión que inundaba su cuerpo porque su madre no la había educado para ceder a los bajos instintos.

—¡Daniel para! —exclamó nerviosa mientras trataba de apartarle—. Me tengo que ir.
—Por favor, mi amor —le rogó—. Quédate un poquito más.
—Tengo que ir al baile a vigilar a Jane —le explicó.
—¿Por qué? —preguntó contrariado.
—Estoy preocupada. Si ves el disfraz que consiguió.
—No creo que sea para tanto.
—Era demasiado sexy.
—Eso suena peligroso —sonrió Dan sin poder contenerse.
—No estoy bromeando —le espetó enfadada—. Mi hermana últimamente se comporta de una forma muy extraña. Te digo que está ocultando algo y eso me preocupa.
—Cariño. No te lo tomes tan en serio. Quizás se ha enamorado de alguien del instituto. Si no recuerdo mal últimamente pasa mucho tiempo con Izan Connor.
—Conozco bien a mi hermana y sé que no estaría tan rara por salir con un chico.
—Quizás no la conoces tan bien como piensas —dijo cogiendo de nuevo su cintura.
—Puede ser que el chico más guapo de la comarca me tiene tan absorbida que apenas me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor.
—Esa es una teoría muy buena, señorita Montgomery —dijo con humor mientras besaba su nariz—. Ahora si no le importa me gustaría besarla por última vez...
—Dan...
—Solo un beso más para poder soñar toda la noche contigo. —le suplicó con la mirada.
—Está bien. —cedió sin poderlo remediar.

Poco después llegaron al baile y decidieron entrar por separado. Darlene buscó entre la gente a su hermana y finalmente la localizó en una de las puertas por la que entraba seguida de alguien disfrazado de el Zorro.

Pensó que quizás su hermana había salido a tomar el fresco sin querer darle la mayor importancia. Cuando se reunieron junto a la mesa de los refrescos, notó sus mejillas sonrojadas y sus pupilas estaban tan dilatadas que casi parecían negras, aquello volvió a preocuparla.

—¿Te encuentras bien? —no pudo evitar preguntarle.
—Sí —contestó escuetamente.
—No habrás bebido, ¿verdad? —preguntó con sospecha.
—¡Darlene! Claro que no.
—Perdona. Quizás solo has cogido frío con ese vestido —dijo tocándole la frente para ver su temperatura—. ¿Quieres que volvamos a casa?
—Sí —aceptó agradecida—. Estoy algo cansada, pero antes avisaré a Izan.
—¿Qué tal ha ido la cita? —preguntó su hermana con una sonrisa pícar—. Me parece que muchas chicas te tienen algo de envidia.
—Ha ido muy bien —contestó sin demasiada alegría.
—Jane, no te comprendo. Parece que estas algo rarita últimamente. Hace apenas unos meses si Izan te hubiera invitado, aunque solo fuera a un café, estarías dando saltos de alegría.
—Déjalo de una vez, por favor —le rogó deseando que dejara el tema.
—Por esta vez te libras —advirtió—, pero me tienes que contar lo que te pasa, siempre nos lo hemos contado todo.
—¿Tú me lo cuentas todo? —le preguntó con enojo. Darlene la miró con incredulidad aún sabiendo que tenía razón en lo que decía. No le había contado su mayor secreto.

—Está bien. No más interrogatorios —fue su escueta respuesta.

La madre de Jack se había apagado poco a poco, como una vela, agarrando las manos de sus hijos. Ambos agradecían que al menos no sufriera dolores gracias a la morfina que le había administrado el doctor una hora antes, cuando le había hecho su última visita de la noche. Cuando le dijo a Jack que tenían que hablar en privado algo se aceleró en su corazón, porque sabía que no serían buenas noticias.

Con pesar, el hombre le informó que faltaba poco tiempo, quizás solo horas para que Rose se fuera con el señor. A pesar de ello, nunca estuvo preparado para aquel final. Se sentía solo mientras todo se derrumbaba a su alrededor. Sin su madre, que había sido siempre su guía y apoyo, no tenía más familiares vivos aparte de su hermano. Nunca olvidaría la noche más larga de su vida.

A la mañana siguiente y a pesar de que pensaba que la gente del pueblo no les tenía demasiado aprecio, hubo muchas personas que fueron a darle el último adiós a su madre con verdadero pesar. Linette se había encargado de todo lo relacionado con el sepelio, cosa que Jack agradeció porque él nunca hubiera sido capaz de hacerse cargo de aquello en el estado en el que se encontraba. En el cementerio mientras echaban tierra al féretro no pudo evitar echar de menos a alguien. Jane no había aparecido en toda la mañana a pesar de que la necesitaba a su lado como el respirar. La maldijo cien veces por no estar con él mientras aguantaba las lágrimas en la garganta para no llorar.

Mucha gente fue al apartamento a dar el pésame y a llevar algo de comida como era costumbre. Linette también se hizo cargo, él no sabía tratar con las personas. Cole por su parte decidió pasar la noche en casa de su amigo para descansar, agobiado con tanta gente. Eran las diez de la noche cuando por fin el piso quedó vacío. Linette también parecía cansada tras dos días difíciles, se había comportado en todo momento como un familiar y nunca lo olvidaría. Aquella mujer había querido a su madre como a una hija. A su pesar había aprendido a querer a Linette como a una abuela protectora siempre presente en su vida. La mujer se levantó de la silla de la cocina, cansada, tras tomar un último café con la intención de volver a casa para descansar.

—Linette, gra...

—No es nada muchacho, yo... —balbuceó con lágrimas en los ojos—. Adoraba a tu madre desde que era una niña. Solo tuvo mala suerte al enamorarse. Al menos tuvo algo bueno en su vida.

—¿Qué?

—A sus maravillosos hijos.

—No diga eso...

—Recuerda que pasaba muchas horas hablando conmigo. Ahora acuéstate y descansa. Mañana quiero hablar con vosotros. Vuestra madre me ha dejado una carta con instrucciones pero será mejor leerla mañana. Descansa muchacho. —la mujer ya estaba en el umbral de la puerta cuando él la retuvo con su voz.

—Linette. Gracias por estar siempre. —ella se giró y le sonrió con afecto y con un gesto de mano se despidió.

No tenía sueño, le era imposible dormir por lo que decidió tomar un nuevo café cuando unos

golpes en la puerta le sobresaltaron. Pensó que podía ser Linette de nuevo, quizás se había dejado algo y volvía a por ello, pero cuando abrió la puerta se encontró con unos ojos azules que conocía demasiado bien.

—Jack, lo siento —sé disculpó con lágrimas en los ojos—. Quería darte el pésame en el entierro, pero no pude.

—Ni lo intentaste —dijo a punto de cerrarle la puerta, pero ella no se lo permitió empujando para entrar mientras él la miraba enfurecido.

—Por si no te has dado cuenta, no quiero hablar contigo.

—Me enfrenté a mi madre para ir al entierro. —intentó explicarle—. Le dije que tenía que acompañarte, pero ella se enfureció, me abofeteó y me prohibió salir de casa. Jack, te lo juro.

—¿Y cómo es que estas aquí ahora? —preguntó aún con voz fría.

—Me escapé por la ventana cuando todos estaban acostados. Lo siento, mi amor. —Jack quería creer lo que ella decía porque necesitaba llorar sobre su hombro. Se había escapado para verle, arriesgando demasiado.

—¡Jane! —dijo su nombre en un susurro antes de abrazarla desesperadamente—. Ha sufrido tanto —el dolor se transmitía en su voz—. Murió cogiéndonos la mano a Cole y a mí. Se nos fue...

—Sé que para ella vosotros erais lo más importante —intentó consolarle con sus palabras.

—Mi amor. Gracias por venir. —Ella acariciaba su cabeza, que se cobijaba sobre su hombro mientras él lloraba.

Estuvieron así hasta que Jack se recompuso lo suficiente y la separó de su cuerpo con desgana.

—Soy un mal anfitrión. Por favor, siéntate y toma una infusión.

—No te preocupes...

—Te ofrezco también una porción de tarta de chocolate de tu abuela. —Una sonrisa tenue surgió de sus labios.

—Sabes que a eso no puedo decirte que no, pero prefiero un café.

—Lo sé, pequeña golosa.

Se sentaron uno a cada lado de la mesa de formica de la pequeña cocina y él cortó dos trozos de la jugosa tarta que colocó sobre dos platos de postre dispares y sirvió dos tazas de café humeante.

Al terminar Jack detectó una mancha de chocolate en el labio de Jane y sonrió. Con un dedo levanto su barbilla y se acercó a unos milímetros de su rostro.

—¿Sabes lo preciosa que eres?

—¡Jack! —exclamó poniéndose colorada—. Sabes que me da vergüenza que me digas esas cosas.

—Es la pura verdad —sentenció mientras se acerba un poco más y le lamía la mancha de chocolate—. Sabes a gloria. Bésame, *dulce Jane*, y me olvidaré de este horrible día.

—Jack... —Sentía que sus huesos se derretían dentro de su piel y su sangre le quemaba en las venas—. No deberíamos... —negó balbuceante.

—Te amo, te necesito... —suplicó.

—Yo también te amo.

—No podría vivir sin ti. Te has metido en mi piel y no puedo olvidarte.

Jane sabía muy bien lo que le pedía, pero tenía miedo y él lo notó.

—Ya no te haré daño, mi amor, esta vez no.

—Lo sé. —Jack la cogió de la mano y la llevó a su habitación, por el pasillo en tinieblas.

—Te amo, Jane, más de lo que nunca pensé poder amar a nadie.

—Y yo a ti.

Le besó con toda la pasión del amor que sentía por él y Jack no pudo controlar los latidos de su corazón cuando comenzó a desabrochar su camisa. Sin palabras llegaron hasta la habitación y cuando la vio completamente desnuda sobre la pequeña cama se quedó sin respiración. Su piel era blanca y suave como el satén y sus ojos estaban oscuros por la pasión cuando se unió a ella.

Jane se levantó de la estrecha cama nerviosa al ver la hora en su reloj de pulsera. ¡Era la una de la madrugada! se había quedado dormida tras hacer el amor con Jack. Miró sobre su hombro desnudo para encontrarlo profundamente dormido y admiró su bello rostro y su respiración acompasada. A pesar de la penumbra pudo notar las ojeras bajo sus ojos grises. Debió ser un día muy largo para él y le hubiera gustado despertarle y decirle que le amaba, pero debía irse porque ya se había arriesgado demasiado.

Cuando entró por la ventana de su habitación la luz se encendió de pronto sorprendiéndola, allí estaban sus padres esperando sentados sobre la cama con cara de decepción mientras ella entraba como si fuera un ladrón. Su madre se levantó como un resorte y se acercó hasta ella con ira.

—¿Lo ves? —dijo mirando a su padre—. Te dije que Jane estaba muy rara últimamente. Esta mañana se puso muy terca con ir al cementerio y ahora resulta que se escapa por la ventana y llega de madrugada...

—Mery, cállate —dijo su padre con una voz que nunca le había escuchado—. ¿Dónde has estado?

—Por ahí... —balbuceó sin saber que decir.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Su padre se acercó hasta ella iracundo. —Mira, niña —dijo cogiéndola del brazo—, no me tomes por tonto. Dime dónde y con quien has estado.

—Seguro que con esa chusma de Jack Rider —comentó su madre con odio en la voz.

—¿Es eso cierto? —preguntó su padre.

—No... —intentó pensar a toda velocidad una excusa plausible. Sabía que si su padre se enteraba de toda la verdad denunciaría a Jack y le destrozaría la vida—. Estuve con Izan —mintió finalmente.

—¿El hijo del de la inmobiliaria?

—Sí. Me invitó a ir al observatorio para ver una constelación. La media noche es la mejor hora y como mamá está enfadada pensé que no me dejaría ir.

—Está mintiendo —gritó su madre.

—¡Papa! Digo la verdad —intentó defenderse.

—No la escuches Jacob. Primero fue a esa fiesta con ese horroroso vestido que sabe Dios de donde lo sacó y ahora esto. Mañana mismo te vas a Dallas. Puedes realizar allí los estudios de administración, en casa de la tía Celia...

—Pero...

—Tienes razón Mery —Sentenció su padre—. Estará mejor con tu hermana.

—Papá... —intentó suplicar.

—No pierdas tu tiempo y haz las maletas.

—Pero...

—No discutas.

Jane sabía que no tenía nada que hacer al respecto y lo peor era que no podría explicárselo a Jack y él la odiaría. Tampoco podía decirle a nadie que se lo explicara porque nadie conocía su relación. Ella no quería irse en aquel momento porque él la necesitaba más que nunca ahora que su madre había muerto. Llorando y con hipos logró hacer la maleta antes de acostarse para no dormir nada.

Jack despertó y palpó la cama para descubrir que estaba solo. Tocó con nostalgia la silueta que ella había dejado en el colchón y no pudo evitar olisquear la almohada que aún tenía su perfume, un olor tan dulce como la miel. Tras sonreír tontamente se dio la vuelta para encontrarse de frente con el reloj de la mesilla y al ver las manillas se levantó de un salto, eran las diez menos cuarto y habían quedado con Linette a las diez.

Se vistió con unos tejanos y una camiseta gris para ir a por Cole. Juntos fueron a la pequeña casa de madera donde vivía la anciana y llamaron a la puerta, pero nadie contestó. Estaban a punto de irse cuando el sonido del viejo coche de Linette anunció su llegada. La mujer salió con cara abatida del coche y Jack supo que algo no andaba bien. Solo esperaba que no le hubiera pasado nada malo a Jane.

—Lo siento chicos —se disculpó—. He llegado tarde porque tuve que despedirme de mi nieta Jane —se fijó en la mirada fiera que le dedicó Jack al oír el nombre.

—¿Jane se ha ido? —preguntó Jack con voz extraña sin poder contenerse.

—Sí. Al parecer anoche se escapó de casa y su madre la descubrió.

—¿Y qué dijo ella? —preguntó blanco como la cera.

—Al parecer anoche estuvo con un tal Izan, viendo no se qué estrellas. Eso dijo ella, pero no lo sé —dijo mirándole a los ojos leyendo dentro de su alma, o así le pareció a Jack—. Mi hijo se encolerizó y la ha mandado a Dallas a estudiar a casa de una tía. Gracias a que era el hijo del de la inmobiliaria porque si hubiera sido otro le hubiera denunciado por abusar de una menor o algo peor.

—¿Estaba bien cuando la vio? —necesitaba saber de ella.

—Tenía los ojos hinchados como dos pelotas de tenis y parecía muy triste.

—Bien —contestó tenso—. Si quiere nos ponemos con lo de la carta —quería acabar con aquello e ir a cualquier sitio para desahogar su rabia, deseaba romper algo para aplacar el dolor que sentía.

—Está bien —concedió la mujer.

En la carta Rose explicaba que tenía un seguro de vida que había contratado años antes y lo había hecho a espaldas de su marido para que no pudiera cobrar en el caso de que algo le pasara. Había designado como beneficiarios a sus hijos para que pudieran tener un futuro mejor cuando supo de su enfermedad.

Indicaba, además, que le gustaría que Cole estudiara la carrera de abogacía que tanto le gustaba, desde que era pequeño veía las series televisivas de Justicia. Sobre Jack pensaba que podía montar un negocio porque sabía que lo de estudiar no le seducía demasiado.

Deseaba que tuvieran un nuevo futuro que nunca habían podido ni soñar, pero que ella quería que logaran. Tras leer la carta la primera en hablar fue Linette.

—Chicos, creo que vuestra madre tiene razón. Debéis empezar una nueva vida.

—Lo haremos —sentenció Jack con decisión. Era la última voluntad de su madre.
—Tengo otra noticia.
—¿Cuál? —preguntó Cole sorprendido.
—Esta mañana antes de volver me encontré con el Sheriff Cullen —la gravedad de su voz los sobresaltó—. Me contó que había recibido noticias de vuestro padre.
—No nos interesa —Jack no quería saber de él.
—Lo sé, pero creo que deberíais saberlo...
—Está bien —contestó con desgana—. Suéltalo.
—Fue detenido hace un par de días por intento de asesinato.
—¿Qué? —preguntaron ambos al unísono.
—Tuvo una pelea en un bar con un tipo y pasará un tiempo en la cárcel. Siempre pensé que Lee acabaría mal.
—¡Que se pudra allí!
—Lo mismo digo —apuntilló Cory con rabia.
—No es bueno vivir con odio —presagió la mujer con sabiduría.
—Es más fácil decirlo que hacerlo... —contestó Jack.
—Pero se puede —finalizó ella.

El genio de Derek estaba a punto de explotar cuando aparcó su coche al lado de la tienda de Stella, que estaba en su interior atendiendo a una mujer que dudaba entre unos pendientes de perla o de fantasía. Entró furioso, cerrando la puerta con estruendo y asustando a la buena mujer. Derek fue capaz de controlarse hasta que la señora pagó y salió por la puerta con prisas.

—¿Se puede saber qué haces? —gritó Stella furiosa por la forma en la que había espantado a la mujer. Si él no hubiera entrado le hubiera vendido los dos pares—. ¿Quién te crees que eres?

—Stella, no estoy de humor —dijo mientras ponía el cartel de cerrado en la puerta—. Tenemos que hablar.

—¿Cómo te atreves...?

—Me atrevo —dijo acercándose a ella con paso lento y cara de furia—, porque me acabo de enterar en la oficina de correos, que estás embarazada.

—¿Qué...? —balbuceó.

—Se lo estaba contando Linda Logan a una amiga por teléfono.

Ella se quedó blanca antes sus palabras. Tras unos minutos finalmente consiguió responder:

—Aunque esté embarazada no es asunto tuyo.

—Lo es —dijo cogiéndola del brazo—, si ese hijo es mío.

—¿Qué te hace suponer que lo es? —intentó ganar tiempo para pensar que hacer.

—Vamos, Stella, se contar dos y dos.

—Podría ser de otro...

—Deja ya de jugar conmigo. ¿Por eso me dejaste? ¿Te entró miedo? —ahora la tenía acorralada contra el mostrador sin escapatoria.

—¿Tan transparente soy? —preguntó rindiéndose.

—Por el amor de Dios. ¿Cuántas veces tengo que decirte que te amo?

—Te creo, pero —dijo mirándolo a los ojos—, tengo miedo... —confesó.

—Es muy simple. ¿Me amas? —notaba su corazón acelerado mientras esperaba su respuesta.

—Yo también te amo. —Derek se quedó sin palabras ante su confesión. Solo fue capaz de cogerla en sus brazos y besarla.

—¡Vamos a ser padres! —exclamó emocionado con la noticia, abrazándola y elevándola en el aire—. Ahora tendremos que casarnos, mi amor.

—Solo hay un problema —dijo ella con contrariedad.

—¿Cuál? —preguntó él sin comprender.

—Conociendo a tu madre, como ya la conozco, armará un buen escándalo.

—Al diablo con mi madre. Tu eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. ¿Me aceptas?

—¡Sí! —exclamó saltando a sus brazos con emoción—. Te he extrañado tanto...

—Eso te pasa porque no me escuchas cuando te hablo. Hace tiempo que te dije que te amo, porque te amo. No vuelvas a huir.

—Nunca más me separaré de ti.

—Nunca te lo volveré a permitir.

—Te juro que ahora seré yo la que no te deje escapar.

—Stella, mi corazón te perteneció desde el primer momento.

—He sido una estúpida.

—Quizás los dos lo fuimos.

Cómo presagió Stella, su madre no se tomó demasiado bien el saber que su hijo estaba enamorado de la chica de la tienda rara y que para colmo estaba embarazada. Hubo muchos gritos en la casa aquel día cuando fueron a darle la noticia y Stella acabó llorando, pero él no permitió que su madre humillara a la mujer que amaba. Tras la discusión recogió sus cosas y se fue a vivir con Stella. A su madre casi le cuesta una apoplejía, pero finalmente cedió con tal de no dar un escándalo. Una semana después estaban frente al pastor dándose el sí quiero.

Cole estaba solo en su habitación porque aquella tarde de domingo su hermano desapareció. Desde la muerte de su madre estaba muy raro y de eso hacía más de tres meses. La última semana había sido aun más duro si cabía porque el Sheriff Cullen les había entregado el informe de su padre y una bolsa con sus cosas tras su muerte. Eso no había afectado demasiado a los hermanos Rider que, tal cual recibieron los efectos personales, los tiraron a la basura.

A Cole le afectó leer el informe que hablaba de las circunstancias de su muerte ya que al parecer había estado enredado con una mujer separada que tenía una hija. Decía que su padre, borracho como era usual en él, le propinó una paliza a la mujer e intentó abusar de la hija. La madre encolerizada le había golpeado con un bate de beisbol que había pertenecido a su ex marido y le había matado.

Solo podía pensar en aquella pobre mujer que había sido maltratada por su padre, como antes había hecho con su madre mil veces, y en la pobre chica que había acaparado la mirada lasciva de aquel monstruo.

Cada día estaba más convencido de querer estudiar abogacía, porque quería ayudar a las víctimas que sufrían, como su madre o aquella pobre mujer. Recordó entonces la conversación con su hermano sobre el tema cuando leyeron juntos el informe. Los dos parecían tener dos puntos de vista muy diferentes sobre el asunto.

—... Jack ¿Cómo puedes decir eso?

—Es lo que pienso. Me alegro de que esa mujer le quitara del medio.

—Pero él ya estaba fuera de nuestras vidas y esa pobre mujer lo está pagando.

—Comprendo que esa mujer lo matara. Era un monstruo.

—¿Y qué habrá sido de ella?

—¿De quién?

—De su hija...

—Lo siento por esa niña, pero nosotros no podemos hacer nada.

—Lo sé —se dio por vencido finalmente—, pero algún día yo haré algo por mujeres como ella o como mamá.

—Cole, no lo dudo, pero no quisiera que te obsesionaras con esa mujer y su hija. Eres demasiado joven, tienes muchos sueños que cumplir y eso no te ayudaría.

—No me comprendes —exclamó frustrado.

—Quizás tengas razón —esperaba que algún día Cole entendiera que no podía salvar al mundo.

Volvió a sus libros intentando concentrarse en el último examen que tenía, luego iría a la universidad gracias al dinero del seguro y a una beca que había logrado con mucho esfuerzo. La casa estaba un poco revuelta porque ya estaban preparando las cajas para dejar el piso en el que habían vivido toda su vida y empezar de nuevo.

Al día siguiente Jack embalaba los pocos enseres que le quedaban por recoger. Estaba guardando la destartalada vajilla que su madre guardaba de su abuela cuando sonó el timbre de la puerta y al abrir se encontró a Linette.

—Pasé —le indicó con una sonrisa en los labios—. Estaba envolviendo algunas cosas...

—Lo sé. Venía a ayudar.

—Linette, no se preocupe, ya ha hecho demasiado por nosotros.

—No digas tonterías muchacho.

—Pero...

—Los hombres no saben hacer mudanzas —sentenció mientras cogía un periódico viejo para proteger una taza.

—Yo creo que me estaba apañando —comentó él con humor.

Una hora después Linette decidió seguir con el salón y pensó con tristeza que no había demasiado que mereciera la pena guardar. Al abrir el último cajón del mueble de la televisión encontró un paquete de cartas atadas con un lazo azul, pero cuando las iba a meter en la caja

reconoció la letra de su nieta y el corazón le dio un vuelco en el pecho mientras las apretaba en su mano. Siempre había sospechado algo parecido entre Jack y ella. Todos los sobres en color crema estaban sin abrir, al parecer él no había leído ni una sola de ellas. Con el taco en la mano se acercó hasta la cocina donde Jack cerraba la última caja con cinta marrón. Cuando la vio entrar con el fajo en su mano se quedó helado mirándola a los ojos.

—Linette... —fue lo único que salió de sus labios.

—Muchacho, no me digas nada. Hace tiempo que sospechaba que mi nieta estaba enamorada de ti.

—No hay nada entre nosotros... —intentó quitarle importancia al asunto sin demasiado éxito.

—Pero lo hubo.

—Sí —confesó finalmente al ver que no tenía otra salida.

—Te voy a pedir algo —le dijo con pena en sus ojos.

—Dispare —contestó resuelto.

—Veo que no has abierto ninguna.

—Es mejor así —dijo dándole la espalda para dejar la caja junto al resto de las que estaban apiladas en la pared.

—Jane aún es joven y, aunque te ame, no se puede enfrentar a mi nuera.

—No gaste saliva —le indicó volviendo a mirar sus ojos sabios—. Sé que sus padres nunca verían bien que su preciosa hijita saliera con una escoria como yo.

—No seas tonto muchacho. Sé que tú eres un hombre bueno, pero ella aún es muy joven.

Le hubiera gustado negar sus palabras pero sabía que tenía razón. —¿Qué quería pedirme?

—Que escribas una carta a mi nieta diciéndole que siga adelante con su vida —vio el dolor en sus ojos grises pero estaba segura que era lo mejor para ambos—. Estos meses que lleva fuera ha estado pasándolo mal. No come ni duerme lo suficiente, sus notas han bajado...

—¿Está enferma? —preguntó con preocupación.

—Ha perdido mucho peso y me tiene muy preocupada.

Jack sintió que su estómago se contraía por el miedo. No había querido abrir sus cartas porque sabía que si las leía no podría evitar salir corriendo en su busca. Lo mejor era que Jane le olvidase para siempre. Deseaba que ella cumpliera sus sueños, sueños donde él no tenía cabida. —Lo entiendo. Escribiré esa carta, pero a cambio quiero algo.

—Dime.

—Quiero que me informe de cómo está ella.

—Amas a Jane de verdad... —exclamó la mujer con pena.

—No la puedo mentir. Su dulzura se me metió en la piel.

—Mi pequeña es muy especial.

—Para mí lo es todo. —le confesó.

—Está bien. Te mantendré informado.

—Bien —no podía soportar la mirada triste de Jack y decidió cambiar de conversación—. ¿Cuándo va Cory a la universidad?

—La semana que viene.

—¿Y tú que vas a hacer? ¿Qué tienes pensado?

—He hablado con el Sheriff Cullen. Me gustaría prepararme para las pruebas del cuerpo, me dijo que tiene un amigo en otro estado y que si las apruebo me puede dar una oportunidad.

—¿Salvaje Jack policía? —preguntó Linette con humor.

—No se ría señora —exclamó furibundo.

—Lo siento —se disculpó—. Solo estaba pensando en lo que dirá la gente cuando te vean con el uniforme del cuerpo.

—Me lo puedo imaginar —a él también le hizo gracia la imagen que se presentaba ante sus ojos.

Linette volvió a mirarle con intensidad antes de hablar, ya sin resto de humor: —Sé que tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—Si al menos ella lo pudiera ver... —comentó.

—Lo verá donde quiera que esté. Puedes estar seguro.

Jane andaba como alma en pena desde su llegada a Dallas. Cuando se marchó de Ford Creek estuvo deprimida durante semanas y apenas tuvo apetito. Su tía intentó consolarla y animarla, pero sin demasiado éxito. Cada semana le mandaba una carta a Jack pero él nunca respondía, hundiéndola más en su pena.

Una tarde de noviembre, llegó del instituto y abrió el buzón en busca de la ansiada carta. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con aquel abultado sobre blanco con la firme letra de Jack en el remitente. Sintió que el corazón se le quería salir del pecho por la emoción y tras guardarla en su cartera entró en la casa para saludar a su tía, que estaba en el salón viendo una de sus series favoritas de televisión, y subió las escaleras atropelladamente hasta llegar a su habitación. Ya en el interior de su cuarto se tumbó sobre la cama y rompió el sobre con nerviosismo para sacar todas las cartas que ella le había mandado, aquello hizo que su corazón se encogiera ya que estaban todas cerradas. Rebuscó entre ellas hasta que encontró una escueta cuartilla que leyó ávidamente.

Jane;

Te escribo estas líneas solo para pedirte que dejes de mandarme cartas. Cuando te fuiste de aquí dejaste muy claro que no había nada entre nosotros. Soy un hombre y no puedo esperarte más. ¿Tan ilusa eres, dulce Jane?...

Al final el lobo se comió a caperucita como te dije que pasaría.

Lo nuestro nunca tuvo futuro y tú lo sabes. Nunca te prometí nada.

He vuelto a salir con Megan, al fin y al cabo ella está aquí y tu no.

Por favor, no me molestes más.

Jack

Cuando terminó de leer las últimas líneas las lágrimas ya rodaban por su rostro y su mano dejó caer la hoja de papel. Su corazón parecía haberse detenido y enfriado en cuestión de minutos. No podía creer lo que decía el hombre al que había entregado su corazón. Aquella noche no quiso cenar y por la noche lloró acurrucada en su cama.

Tras un mes terrible decidió que no podía seguir muriendo en vida por alguien que nunca la había amado. Poco a poco fue reconstruyendo su maltrecha vida e hizo amigas en la escuela. En una de sus salidas con la pandilla se encontró en una cafetería con Izan que también estaba estudiando en Dallas y quedaron en varias ocasiones. No parecía guardarle ningún rencor por haber desaparecido aquella noche del baile.

Durante esas salidas Jane prefirió darle esquinazo en lo referente a salir como pareja. Izan nunca le haría sentir como lo hacía Jack. Un día intentó besarla y no le quedó más remedio que confesarle que lo único que podrían llegar a ser era buenos amigos. Izan al principio se lo tomó mal, pero finalmente pareció darse cuenta de que tenía poco que hacer y decidió dejar de insistir porque prefería tenerla como amiga a perderla para siempre por intentar ser algo más.

Jane volvió a Ford Creek para la boda de Darlene y Daniel. No le apetecía demasiado volver a casa pero sabía que su hermana se disgustaría mucho si no iba. Cuando la vio vestida de blanco no pudo evitar sentir envidia porque había conseguido lo que ella siempre había soñado: tener al hombre al que amaba, casarse y en el futuro tener hijos. Estaba convencida de que ella nunca conseguiría eso, porque su corazón siempre pertenecería a Jack. Llevaba dos días en casa y había escuchado a su madre chismorrear por teléfono sobre la familia Rider, al parecer se habían dispersado y no quedaba ninguno ya en el pueblo. Enfadada consigo misma se negó a pensar más en él en un día tan especial.

Darlene era la novia más bonita que había visto nunca. Su vestido de raso blanco realzaba su figura y el gran velo de encaje cubría su rostro mientras caminaba hacia el altar. Oteó el banco que ocupaba su hermano Derek junto a Stella, su mujer, que vestía un precioso vestido preamá de color rosa y sonrió al ver la felicidad de ambos. No había asistido a su boda alegando que tenía un examen importante cuando la verdad era que no había tenido fuerzas para ello.

Jane no pudo contener las lágrimas al escuchar los votos tan amorosos que se dedicaron y se sorprendió cuando una suave mano atrapó la suya. Era su amiga Kelly que la miraba preocupada ante la cara de tristeza de su amiga.

—No estés triste. Algún día le olvidarás.

—¿De qué hablas? —preguntó sin comprender sus palabras.

—Todas sabíamos que estabas enamorada de alguien, pero no sabíamos de quién, hasta que un día te vi con él en el bosque. —Jane abrió los ojos desmesuradamente—. Tranquila nunca le dije nada a las chicas.

—Kelly, eso ya no importa porque nunca me quiso.

—Al día siguiente de irte se volvió a pelear en el Club y tu abuela tuvo que ir a buscarlo —le susurró al oído—. Le echó una buena bronca en plena plaza del pueblo.

—Ella siempre se ha preocupado por él. Pero él ya es agua pasada. Esta es la boda de mi hermana.

—Te echo tanto de menos —dijo Kelly emocionada.

—Y yo a ti amiga —dijo abrazándola.

—La vida es muy larga amiga, todo pasará.

—Espero que tengas razón, pero creo que nunca le olvidaré.

Entrar en la academia de policía al principio fue difícil porque tras años sin estudiar había perdido la costumbre, pero luchó por su sueño como un náufrago en medio del mar. Fueron meses

difíciles y finalmente aprobó todos los exámenes con excelentes notas para poco después ser destinado en la comisaria del amigo del Sheriff Cullen. Vivía en un pequeño apartamento que compartía con un compañero de trabajo y todo parecía estar saliendo como había previsto. Estaba cenando una sopa de sobre en la pequeña cocina del apartamento cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —preguntó contrariado al ver enfriar su cena.

—Muchacho —dijo Linette desde el otro lado de la línea. Le llamaba todas las semanas para saber cómo le iba—. ¿Has atrapado a muchos malos esta semana? —preguntó con humor.

—Alguno que otro, tengo que mantenerme en forma —una sonrisa se dibujó en sus labios al escuchar su voz.

—Te llamaba para comentarte que Jane está más animada y han mejorado sus estudios.

—Me alegro mucho Linette —su voz parecía lineal cuando le hablaba de ella—. Se lo merece.

—¿Aún la amas? —no pudo contener aquella pregunta que desde hacía tiempo pugnaba por salir de sus labios.

—¿Y tú como andas? —le preguntó cambiando de tema sin vacilar.

—Estos viejos huesos míos ya no son como antes —contestó comprendiendo que aún le dolía y no quería hablar del asunto.

—Linette, no digas tonterías, estas hecha una jovencita.

—No mientas muchacho, que aún no soy una vieja chocha.

—Perdona.

—Bueno, te dejo, que empieza mi serie favorita.

—Supongo que es una de esas policiales.

—Pues te equivocas, es una de amores imposibles.

—Entonces no te entretengo más.

—Cúdate, muchacho.

Seis años después.

Volver a casa después de seis años la ponía nerviosa y entristecía a partes iguales, porque tras la muerte de su abuela, una de las personas más importantes de su vida, se sentía más sola que nunca y estaba segura de que Ford Creek no sería lo mismo.

Después de acabar sus estudios en Dallas le habían ofrecido un fantástico puesto de trabajo como secretaria ejecutiva en una multinacional y tres años más tarde, la mala fortuna quiso que se quedara sin empleo por un recorte de personal que acabó con sus proyectos. Tras semanas entregando currículums, una llamada de su hermana la sacó de su tristeza y, con su persistencia, consiguió convencerla de volver a casa porque estaba embarazada de gemelos y deseaba que estuviera cerca. Jane intentó rechazar la idea alegando que tenía que encontrar un trabajo, pero Darlene, que siempre tenía respuesta para todo, le informó que en la comisaría necesitaban una secretaria y, aunque no era un cargo tan importante como el que tenía anteriormente, al menos estaría cerca de su familia. Jane finalmente cedió al chantaje emocional de Darlene y decidió volver a casa.

Will, su novio, no estuvo de acuerdo cuando se lo contó. Se enfureció porque no hubiera hablado con él antes de tomar una decisión tan importante como aquella. Tras días de disputas finalmente aceptó, a pesar de la distancia que les separaría. Llegaron al acuerdo de verse cada quince días como solución temporal. Cuando se despidieron él prometió que conseguiría alguna solución para estar más tiempo los dos juntos, tenía pensado pedir un traslado a una empresa que estaba más cerca de Ford Creek.

Jane llegó el viernes por la noche a la puerta de su nueva casa, la que había heredado de su querida abuela. Al lunes siguiente tenía la entrevista con el Sheriff Abbott y quería estar relajada.

Estar de nuevo en aquella casa despertó recuerdos que creía ya olvidados, sobre todo de su abuela, a la que necesitaba tanto en aquellos momentos. Tras meter sus pertenencias en el interior de la casa estaba tan cansada que decidió dejar todo para el día siguiente y se acostó sobre la antigua cama de hierro forjado quedándose dormida al instante. A la mañana siguiente y tras tomar un vaso de leche con unas galletas crujientes decidió colocar sus libros en una vieja estantería de roble cuando sonó el timbre. Contrariada chascó la lengua y se dirigió hasta la puerta.

No se molestó en adecentarse, vestía unos pantalones cortos color rosa claro y una camiseta de tirantes blanca. Cuando abrió la puerta su sonrisa radiante se quedó congelada al ver quién estaba apoyado en un poste del porche. Parecía un espejismo que venía del pasado para atormentarla.

Jack la miró extasiado cuando se presentó ante él tras la puerta. Desde las uñas de sus pequeños pies descalzos pintadas de rosa, siguiendo por sus largas piernas apenas cubiertas por aquellos short y su largo pelo suelto a su espalda. Seguía siendo tan fresca y dulce como la recordaba a los diecisiete años pero era más exuberante que antes. Incluso podía percibir su dulce

olor, que ahora era más intenso, a pesar de la distancia que les separaba. Aún no podía comprender por qué demonios había ido hasta allí.

Quizás solo quería ver si era como la recordaba o solo la había idealizado con los años, pero no era así, era incluso mejor que en sus fantasías más inconfesables.

El primero en hablar con voz rasgada fue él:

—Hola, *dulce Jane*.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el corazón acelerado al encontrarse frente a él.

—Vivo en este pueblo —contestó llanamente.

—Creí que te habías marchado hace años.

—Sí. Pero, como ves, volví.

—Jack —hasta decir su nombre le costó— ¿A qué has venido?

—Solo quería corroborar que habías vuelto.

—Como ves, es verdad —contestó con mayor soltura, recuperada ya del susto—. Ahora si no te importa, estoy ocupada.

—Jane, tranquila —dijo mientras daba un paso para acercarse más a ella—, no pretendo que pierdas tu valioso tiempo, pero aun así... ¿No me vas a invitar a tomar un café? ¿En la ciudad has olvidado la hospitalidad típica de Ford Creek?

—Lo siento, no tengo café —dijo contrariada mientras intentaba cerrar la puerta.

Jack se lo impidió colocando su gran mano sobre la puerta. —Si no tienes café —dijo a diez centímetros de su rostro—, me conformaré con un dulce... —intentó besarla, como ella había temido, pero consiguió apartarle y le dio una sonora bofetada.

Jack se tocó la mejilla afectada.

—Parece que ya no eres la *dulce Jane* —se apartó sin dejar de sonreír—. Será mejor que me vaya, pero volveremos a vernos.

—No creo que lo vean tus ojos, *Salvaje Jack* —comentó furiosa.

—Jane, ahora solo soy un dulce gatito —dijo antes de darse la vuelta en dirección a una bonita camioneta nueva de color cereza que estaba aparcada junto a su coche.

—Sería estúpida si te creyera —se dijo a sí misma mientras él ya arrancaba el motor.

Cuando cerró la puerta y se apoyó en ella aún notaba sus pulsaciones aceleradas y los oídos le zumbaban. Sentía que había estado frente a un fantasma de su pasado que volvía para apabullarla. Jack parecía más atractivo que antes, con esa aura oscura que le rodeaba ya desde que era un joven indómito, y aquello la asustó. Solo había variado en él una cosa, parecía más tranquilo que seis años antes e incluso le había sonreído como pocas veces le había visto hacer en el pasado que ambos tenían en común. Muchas veces había pensado que podía llegar el día en que tendría que enfrentarse a él, pero no que sería tan pronto. Nadie le había dicho que Jack estaba en Ford Creek y tampoco ella había preguntado y se sintió débil tras su cercanía porque aún no estaba preparada para enfrentarle.

Como una autómatas caminó hacia el sillón verde de su abuela y se sentó pesadamente. Todos los recuerdos sobre Jack asomaron a su cabeza volviéndola loca. Tras unos momentos de silencio se levantó resuelta a dar un paseo por el bosque con la intención de desterrarle. Sus pasos la llevaron por el sendero que conducía al viejo establo, pero no encontró el edificio que esperaba ya que en su lugar había un muro de piedra de medio metro de altura que ahora dividía la propiedad de su abuela.

Al otro lado se erigía una casa de dos plantas de piedra con un bonito tejado de teja roja y rodeada por un bello jardín. Se sintió confusa porque nadie le había dicho que su abuela hubiera vendido parte de la propiedad. ¿Quién viviría allí? ¿Cuándo se había fabricado esa casa? ¿Quiénes serían sus vecinos? Demasiadas preguntas sin respuestas que ella estaba decidida a conocer. Al menos le consoló saber que si tenía algún problema tendría a quien acudir. Siguió por la vereda para dar un largo paseo que logró relajarla y cuando volvió a casa decidió llamar a su hermana para saber quién era su nuevo vecino que le parecía tan misterioso a su pesar.

Tras varios tonos Darlene cogió el teléfono y contestó con voz cantarina: —¡Jane! Esperaba tu llamada desde ayer —le espetó.

—Lo siento, Darlene, cuando llegué estaba tan cansada que se me olvidó. Solo te llamaba para ver cómo estás.

—Un poco dolorida. Tus sobrinos ya pesan demasiado aquí dentro. ¿Qué has hecho esta mañana? —preguntó curiosa.

—Estuve paseando por el bosque y me encontré con un muro. ¿Esas tierras no eran de la abuela?

—Le vendió el terreno hace tres años al Sheriff Abott. Mamá se enfureció con ella, pero ya sabes que a la abuela no la dominaba nadie.

—¿El Sheriff? —preguntó extrañada.

—Sí, se me olvidó comentártelo —se excusó.

—Bueno —contestó con humor—, será más seguro vivir al lado del Sheriff que además es mi futuro jefe.

—Es un buen hombre.

—Eso espero.

—¿Vas a venir a ver a tu gorda hermana? —le preguntó Darlene con esperanzas.

—Mañana, cuando salga del trabajo.

—Está bien —concedió algo desilusionada—. Mañana es tu primer día, espero que empieces con buen pie. Será como cuando ibas al colegio y subías de grado, ¿verdad?

—Espero que ser la secretaria del Sheriff no sea trabajo de alto riesgo.

—Te aseguro que esto no es Dallas, el último suceso grave que ocurrió aquí fue hace dos meses cuando la señora Moon excedió al límite de velocidad en la calle mayor.

—Que aburrido. Me esperaba otra cosa.

—Puedes tramitar muchas multas...

—Claro, de señoras de ochenta años que exceden el límite de velocidad.

—Jane, ¿vienes a cenar a casa? —insistió—. No me digas que no, tengo muchas ganas de verte.

La ilusión en la voz de su hermana la desarmó y decidió aceptar. —Está bien, tengo la nevera un poco vacía.

—Eres un desastre, si mamá te viera...

—Gracias a Dios, no está —soltó un sonoro suspiro—. Me alegro de que papá y mamá decidieran irse de vacaciones a cientos de kilómetros y pasen una larga temporada allí...

—No te hagas ilusiones que pronto volverán para el nacimiento de sus nietos.

—¿Será pronto para pedir vacaciones en el trabajo?

La risa de Darlene sonó al otro lado de la línea antes de contestar:

—Eres incorregible.

—Lo sé.

—Te quiero mucho, Jane, y te he echado de menos todo este tiempo.

—Y yo a ti hermanita. En una hora estoy en tu casa.

—Te espero con ansias.

Aquella mañana se puso su mejor traje pantalón negro con una camisa blanca y completó el conjunto con unos altos tacones. Incluso se había esmerado más de lo habitual en el maquillaje. Quería dar buena impresión en su primer día de trabajo. Tras aparcar su coche en el parking de la comisaría caminó con paso lento hasta el edificio porque le temblaban las piernas por los nervios. Abrió la puerta tras soltar el aire que contenía en los pulmones y entró.

Llegaba cinco minutos antes de la hora porque le gustaba ser puntual y, al llegar al mostrador y no encontrar a nadie, decidió ir directamente a la puerta donde se leía en letra cursiva: *Sheriff Abbott*, y llamó con los nudillos. Al otro lado de la puerta una voz profunda le indicó que entrara y así lo hizo. Al cruzar el umbral no vio a nadie, solo una alta silla que tapaba a su ocupante que le daba la espalda y que parecía estar mirando por el amplio ventanal.

—Buenos días, señor Abott. Soy Jane Montgomery. Vengo por la entrevista de secretaria.

—Lo sé —aquella voz le resultó extrañamente conocida y sus peores temores se confirmaron cuando la silla se giró y ante ella apareció Jack—. El puesto ya es tuyo, tienes el mejor de todos los currículums que he recibido.

—¡Dios mío! —exclamó sentándose en una silla cercana porque las piernas le temblaban—. Jack... ¿Jack Abott?

—Sí. Al poco de morir mi madre decidí cambiar mi apellido.

—¡Me has engañado! —gritó furiosa.

—No lo hice, necesitaba una secretaria y tu currículum llegó a mi mesa. Eso es todo. ¿No quieres el empleo? Dímelo, porque si no, tendré que buscar otra candidata.

—No será necesario. Lo necesito. —Ahora que se había mudado y su piso de Dallas estaba de nuevo alquilado no podía volver.

—Supongo que podremos comportarnos como adultos.

—Por supuesto —contestó rotunda.

—En tu mesa está el listado de tareas cotidianas. Mi anterior secretaria se fue sin avisar, de un día para otro.

—Bien —dijo Jane levantándose de la silla—. Cuanto antes empiece mejor.

—Si viene alguien di que estoy ocupado a no ser que sea algo urgente.

—Como guste, señor Abott.

—¡Por Dios, Jane! Llámame Jack, nos conocemos hace mucho tiempo.

Jane agradeció el trabajo atrasado porque su primer día en la oficina del Sheriff pasó volando y estando tan ocupada que no tuvo tiempo de pensar en la locura que estaba cometiendo al trabajar para Jack. Solo de pensar que tenía que verle todos los días se sintió como la adolescente que una

vez fue. En todos los años transcurridos desde su separación nunca se había accedido salir con ningún hombre, hasta que conoció a Will y se permitió intentar amar a otro hombre de nuevo. Era tranquilo, serio y taciturno pero para Jane era perfecto porque se encargaba siempre de todo. Desgraciadamente al ver a Jack se había percatado de que su corazón seguía perteneciendo en parte a aquel hombre. Sus esfuerzos no habían servido para nada en todos esos años.

Tras una semana de trabajo estaba tensa como la cuerda de una guitarra por la cercanía de Jack, que ahora era su jefe. Tampoco ayudó demasiado que su hermana le comentara que en menos de dos semanas sus padres volverían a casa. Aún sentía resentimiento contra ellos por destruir su amor con Jack. Aquella mañana de sábado no hizo el esfuerzo de levantarse nada más abrir los ojos porque no tenía que trabajar.

Tenía muchas cosas por hacer en casa, las cajas aún se apilaban en el salón de una forma caótica. Decidió empezar a organizar la cocina, cosa que casi la volvió loca. ¿Cómo podía acumular tantos trastos que ni tan siquiera sabía para que servían? En la tarde acabó cansada y hambrienta, lo que la llevó a escribir la lista de la compra que no podía esperar por más tiempo tras comer por quinta vez una lata de judías verdes en conserva. Sin demasiadas ganas se vistió con un chándal de color gris y se calzó unas deportivas antes de coger las llaves del coche para llegar al supermercado. Estaba deseosa de ver algún alimento que no fuera de color verde.

El supermercado no era muy grande pero lo suficiente para encontrar todos los productos que necesitaba su triste alacena. Recorrió el último pasillo comprobando la lista para cerciorarse que no se olvidaba nada y, cuando estuvo segura, se dirigió a la única caja que se encontraba operativa.

Estaba colocando los productos en la cinta de la caja cuando las puertas automáticas se abrieron para dar paso a un hombre grande que ocultaba su rostro bajo un pasamontañas negro. El establecimiento estaba casi vacío a esa hora de la tarde, parecía que conocía el mejor momento para atracar la caja. Tras otear a su alrededor sacó una pistola de la cinturilla de su pantalón y apuntó a la joven cajera.

—¡Todos al suelo! —gritó con voz profunda.

Jane observó a la joven que parecía atemorizada por el arma que la apuntaba y más cuando volvió a gritar junto a su oído.

—Coge unas bolsas y vacía la caja. ¡Rápido!

—Sí... sí, señor —titubeó siguiendo sus órdenes con manos temblorosas. En un momento dado se le cayó una de las que ya estaban llenas causando un gran estruendo con las monedas. Sin poder controlarse empezó a llorar y el atracador empezó a ponerse nervioso.

—¡Zorra! —la insultó antes de propinarle una fuerte bofetada con la mano libre. Volvía a levantar la mano cuando Jane se dirigió a él con valentía.

—Yo lo haré —se ofreció levantándose del suelo—. Deje a la chica, por favor, está asustada. El atracador la miró detenidamente y con destellos de lascivia que se reflejó en sus ojos.

—Está bien, ven aquí —cuando llegó a su altura la cogió del brazo y empujó a la dependienta contra el suelo—. Empieza. No tengo toda la tarde.

Siguió sus órdenes sin demora y, cuando estaba a punto de terminar con la última caja, la puerta trasera se abrió dando paso a Jack con su reglamentaria apuntando a la cabeza del atracador sin vacilar. Este también fue rápido en sus movimientos, cogiendo a Jane por el cuello y apuntando a su sien con el arma.

Jack reconoció al instante el rostro tenso de ella que le miraba atemorizada. Su corazón palpitaba aceleradamente por el miedo, pero sabía que lo único que podía hacer era mantener la calma o ella podría salir herida.

—Sheriff, es rápido, pero voy a salir de aquí con esta zorra y usted no me lo va a impedir. ¡Tire el arma! —gritó con nerviosismo.

—Tranquilo —dijo levantando las manos por encima de su cabeza.

—Déjela en el suelo y dele una patada.

—Lo que tú digas, amigo —dejó el arma en el suelo y le dio una patada acercándola al ladrón.

—Buen chico —exclamó mientras caminaba de espaldas en dirección a las puertas delanteras—. Ahora nos vamos y espero que no nos sigan.

—Deja a la mujer —dijo con desesperación—. No tiene nada que ver con todo esto. Puedes coger el dinero e irte.

—Lo siento pero no puede ser, amigo —acarició el rostro de Jane con la punta del arma—. Me gusta, es muy guapa.

Jack tensó la mandíbula, estaba jodido y tenía poco tiempo para actuar. Tenía que entretenerle de cualquier modo para ganar algo de tiempo a sus hombres. —Esa tía no es para tanto. La conozco bien y te decepcionaría.

—¿Tanto la conoces? —preguntó sin comprender su comentario.

El atracador se distrajo unos segundos que fueron los que necesitó Jack para lanzar el cuchillo, que siempre llevaba en el cinturón a su espalda, y darle en la mano donde tenía el arma que cayó al suelo. Jane también fue rápida y se tiró al suelo lejos de él. En ese momento entraron los hombres del Sheriff que inmovilizaron al hombre.

Jack no podía pensar en nada más que en ella, se agachó y la ayudó a levantarse. Estaba temblorosa como una hoja a pesar de haber sido tan valiente minutos antes.

—¿Estás bien? —la miraba con preocupación reflejada en sus ojos grises.

—Solo quiero irme a casa —dijo en un susurro.

—Cielo, ahora te llevo —dijo cogiendo su cintura para salir del establecimiento. Ya en el exterior se dirigió a uno de sus hombres—. Ted, toma declaración a todo el mundo y acordona la zona. En menos de una hora estoy aquí.

—Sin problema.

Jane temblaba porque se había levantado aire frío y el susto aún crepitaba en su interior. Él no pudo evitar abrazarla contra su cuerpo para que no lo tuviera y cuando llegó al coche abrió la puerta del acompañante para que ella entrara. Cuando llegaron a su casa, Jane aún seguía como en otro mundo y no protestó cuando Jack la ayudó a bajar y la acompañó hasta la puerta.

—Jane, ¿dónde tienes las llaves? —preguntó buscando en su bolso sin éxito.

—Donde las dejaba mi abuela —contestó en voz baja.

Jack buscó en la maceta verde que había en el porche donde había plantados unos grandes geranios. —No deberías dejar las llaves de tu casa tan a la vista —comentó ofuscado mientras abría y encendía la luz al entrar junto a ella—. Es peligroso.

—¿Tan peligroso como ir a la compra en este pueblo?

—Normalmente no suelen pasar estas cosas...

—Solo abuelas multadas por exceso de velocidad, ¿verdad?

—Veo que ya te has recuperado —comentó con humor mientras entraba en la cocina y preparaba el café como si estuviera en su casa, sabía dónde estaba todo—. Eso me deja más tranquilo.

—Bienvenido —la ironía se translucía en su voz—. Como si estuvieras en tu casa.

—Lo siento —se disculpó acercándose a ella—. Es la costumbre. Cuando venía a ver a tu abuela solía hacer yo el café.

—No lo sabía —confesó.

—Bueno, ahora cuéntame todo lo que ha pasado, tengo un informe que redactar.

Ella le contó paso por paso todo lo sucedido con bastante precisión y detalles. Él escuchaba y cada vez sentía más ganas de estrangularla.

—¿Cómo se te ocurrió cambiarte por la cajera? —preguntó con enfado.

—La chica estaba muerta de miedo, se le cayó la bolsa y ese tío estaba muy nervioso...

—Que sea la última vez que pones tu vida en peligro —dijo tajante. Sus ojos grises desprendían chispas—. ¿Me has oído?

—Perfectamente, pero que sea la última vez que me hablas así —le desafió con la mirada mientras le daba un leve empujón para separarse un poco de él. Sentía su cuerpo demasiado cerca y su propio cuerpo estaba reaccionando como no debía—. No olvides que estás en mi casa.

—Y tú no olvides que soy tu jefe —dijo alejándose de ella para servir dos tazas que dejó encima de la mesa.

—Sheriff, ¿alguna pregunta más?

—No. Ahora tómate el café y así entrarás en calor —dijo antes de dar un trago al propio.

—Cuando termines espero que te largues.

—Veo que ya no eres dulce, Jane.

—Ni tu tampoco eres salvaje, Jack. Eres agente de la ley.

—No te equivoques —dijo tomando su cintura y pegándola a su cuerpo. Jane no recordaba que fuera tan musculoso cuando... se abrazaban seis años antes—. Sigo siendo tan salvaje como lo era entonces.

—¡Suéltame! —exclamó nerviosa por su cercanía.

—No, porque primero voy a besarte.

Y así lo hizo. Jane sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies mientras que Jack absorbió el olor de su piel, la suavidad de sus labios... la había recordado cada día que había pasado desde la última vez, seis años antes, pero ahora era peor porque la deseaba más que nunca. Deseaba seguir besándola y llevarla a la primera cama que encontrara, pero era el Sheriff de Ford Creek y tenía obligaciones que cumplir. La separó de su cuerpo con esfuerzo antes de hablar.

—Debo irme.

—¡No vuelvas a besarme! —gritó cuando se recuperó de la hecatombe.

—No veo que te hayas resistido demasiado.

—Eres un cerdo...

—Hacía años que no me llamaban así —dijo con humor.

—Claro, desde que te has hecho tan respetable...

—¿Te gustaba más cuando era el chico malo?

—No sé por qué pierdo el tiempo contigo. Vete.

—Acabaremos esta discusión otro día, te lo aseguro.

—No lo verán tus ojos.

—No te creas tan valiente —dijo rozando su mejilla con un dedo antes de salir.

Jane tenía ganas de gritar, pero sabía que no podía dejar que él la sacara de sus casillas de esa forma, tenía que apartarle de su mente. —Ni tu tan odioso —refunfuño para sí misma.

Apenas pudo dormir y a la mañana siguiente el teléfono amenazaba con volverla loca, no había parado de sonar en una hora y ya cansada, decidió desconectarlo. Se le había olvidado lo rápido que corrían las noticias en el pueblo. Solo daba gracias al cielo porque sus padres no estuvieran allí.

Tras levantarse, más cansada de lo que estaba cuando se acostó, se dio una ducha de agua caliente para relajarse, se vistió con un sencillo vestido de color rojo y sandalias blancas y fue a ver a su hermana porque debía estar muy preocupada, a esas alturas ya habría llegado a sus oídos lo sucedido. Comió con su hermana y su cuñado comentando lo sucedido y, era ya por la tarde, cuando decidió tomarse un respiro y un café antes de volver a casa.

9

Jack caminaba por la calle principal con paso ligero cavilando sobre Jane. Estaba preocupado por ella y más después de llamar cien veces al móvil, atendido por el desquiciante contestador automático. También probó con el fijo, pero tampoco hubo contestación. Se dirigía a su coche con la intención de acercarse a su casa cuando la vio a través del cristal de la cafetería de Nelly con aquel vestido rojo que le hizo hervir la sangre e hizo que su cuerpo protestara. Cuando era una adolescente solía vestir recatadamente, pero ahora parecía que había perdido esa costumbre. Iba a volver loco al sector masculino. Con furia entró para sentarse en la mesa que Jane estaba ocupando y ella levantó la vista del café con cara de pocos amigos.

—Por si no te has dado cuenta, no tengo ganas de hablar contigo —contestó furibunda al percatarse de que los miraban.

—Estaba muy preocupado —se excusó bajando ligeramente el tono de su voz.

—Sheriff, hoy es mi día libre y no tengo que darte explicaciones sobre lo que hago.

—Jane...

—Si no te importa —dijo mientras se levantaba de la mesa y dejaba un billete—. Tengo cosas que hacer.

—No tan deprisa —la atajó mientras se levantaba a su vez y la cogía del brazo para salir al exterior.

Jane chasqueó la lengua iracunda porque estaba segura de que los rumores de su discusión llegarían antes de la noche a todas partes. Consiguió que soltara su brazo cuando se encontraban frente a la tienda de Stella.

—No vuelvas a tratarme así nunca más —siseo.

—No te enfades, solo quería darte las compras que hiciste ayer en el supermercado. Supuse que te harían falta.

—¡Las compras! —explotó—. ¿Para eso me montas un espectáculo en el restaurante y delante de medio pueblo?

—Me importa una mierda lo que piense el pueblo entero. ¿Las quieres o no?

—¿Dónde están?

—En mi coche —dijo señalando el todoterreno.

—Pues vamos —caminaron a paso ligero hasta el coche. Jane notaba varios pares de ojos

pegados a su espalda mientras caminaba junto él, que llevaba su uniforme. Cuando abrió el maletero cogió todas las bolsas sin dejar una sola en el interior con gesto impaciente.

—¿Cómo has traído la compra si no la llegué a pagar?

—No hace falta...

—Recuerdo bien que no llegué a la caja para pagar.

—Las pagué yo. ¿Qué más da?

—A mí no me da lo mismo. Dime cuánto es —dejó con trabajo las bolsas en el suelo y sacó el monedero del bolso.

—Te lo descontaré del sueldo. ¿De acuerdo? —parecía furioso.

—No quiero discutir contigo ni un minuto más. Estoy cansada y quiero irme a casa.

—No te molesto más.

—Nos veremos mañana. Gracias por todo.

—¿Por el beso también? —preguntó con humor.

—Eres un cerdo —si hubiera tenido las manos libres estaba segura de que le hubiera golpeado con gusto.

—No recordaba que tuvieras tan mal genio, *dulce Jane* —dijo en voz alta sin darse cuenta.

—No me llames así.

—Antes te gustaba que te llamara así.

—Pues olvídalo. Nunca va a volver a pasar nada entre nosotros.

—No te creo.

—¡Vete al cuerno! —gritó exasperada.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí.

—No tendrás que repetirlo.

—Gracias a Dios.

—Hasta mañana, señorita Montgomery. Nos veremos en la oficina.

—Hasta mañana, Sheriff.

—No se retrase.

El lunes siguiente respiró tranquila cuando Jack apenas le prestó atención, porque parecía muy ocupado con una pila de papeles que ocupaban su escritorio. Era ya jueves y agradeció que se acabara aquella larga semana. El reloj que se situaba sobre la puerta de salida marcó las seis y Jane se levantó resuelta. Su mesa ya estaba recogida y solo tuvo que coger su bolso antes de salir. Ya en el exterior cerró los ojos y respiró aire puro fuera de aquel edificio. Estaba a punto de cruzar la calle cuando un hombre se le quedó mirando con intensidad y cuando estuvo a su altura le habló con una voz que a Jane le pareció familiar.

—¡Jane! Me habían dicho que habías vuelto, pero no lo creía.

—¿Perdón...? —no le recordaba.

—Asistimos juntos a clase de álgebra y una vez fuimos a un baile juntos. En Dallas salimos unas cuantas veces. Izan Connor —se presentó sonriendo.

—¡Izan! Qué alegría verte. Perdóname por no reconocerte.

—Me has roto el corazón —dijo de forma teatral. Era un hombre muy sexy, con sus ojos azules y su pelo castaño.

—Lo siento —se disculpó confusa.

—Solo te perdonaré si aceptas que te invite a tomar algo.

—Se me ha hecho tarde...

—Podemos dejarlo para el viernes por la noche —él vio la duda en sus ojos—. No me digas que no —le rogó.

—Lo pensaré —contestó escuetamente.

—Vendrás —sentenció tajante—. Quedamos en el Richmond el viernes a las ocho y no hay más que hablar. Solo serán unas cervezas.

—No te prometo nada.

—Si no puedes venir al final, solo tienes que llamar a la oficina de tu hermano. Trabajo para él.

—¿Desde cuándo? —preguntó con cierta curiosidad.

—Desde que acabé la carrera. Soy pasante.

—¿No trabajas con tu padre? —se dio cuenta tarde de lo indiscreto que había sido su comentario—. Perdóname.

—No te preocupes. Mi padre sigue con el negocio inmobiliario, pero es un mundo que a mí no me gusta demasiado —miró su reloj de diseño y volvió a sonreírla—. Lo siento, pero tengo prisa. Recuerda que el viernes eres mi chica.

—Nos vemos —se despidió escuetamente Jane observando su espalda ancha mientras se dirigía a un coche gris deportivo. Se quedó allí parada hasta que una voz a su espalda, muy cerca de su oído, la hizo dar un salto por el susto.

—¿Ahora eres *su* chica? —aquella voz profunda era la de Jack.

—¿Me estabas espiando?

—Tengo cosas mejores que hacer —contestó iracundo.

—Resulta que yo también. Hasta mañana, Jefe.

—Espera —dijo cogiendo su muñeca—. ¿Vas a salir con Izan Connor?

—Aun no lo he decidido. Y si salimos solo será como amigos porque tengo un novio en Dallas que seguramente venga a verme este fin de semana —consiguió liberar la muñeca de su agarre—. Además, tampoco creo que sea asunto tuyo.

—Quizás sí lo sea.

—Dejó de serlo hace mucho tiempo —comentó dolida a su pesar.

—Me da igual lo que creas...

—¿Qué tal está Megan? —preguntó con intención.

—Ni lo sé ni me importa.

—Creí que aun salíais. Me lo dijiste en tu carta —se mordió la lengua después de nombrar aquella dolorosa nota.

—Te mentí —confesó escuetamente.

Eso hizo que Jane sintiera como se desplomaba el muro que había creado para proteger su corazón el día que la recibió.

—¿Por qué me mentiste? —preguntó dolida.

—Me lo pidió tu abuela —ella le miró incrédula ante las palabras que habían salido de sus

labios—. Me pidió que escribiera esa maldita carta. Me contó que estabas muy mal, yo no podía ir a por ti porque no era nadie en aquel momento y me sentía perdido...

—Por favor, Jack —le rogó—. No digas nada más. Ya no importa.

—Pero...

—Mañana nos vemos en el trabajo.

—¡Maldita sea, Jane! —dijo cogiendo de nuevo su brazo a pesar de que algunos transeúntes se quedaron mirándolos—. No quiero hablar de trabajo ni del tiempo. Estoy intentando contarte por qué te alejé de mí.

—¿Estás sordo? —gritó—. Te he dicho que no quiero saber nada más y que sea la última vez que me tratas así.

Jack la vio alejarse dirección al coche con paso lento. Parecía impresionada por lo que le había confesado. Y pensó que quizás aún no era demasiado tarde, quizás ella aún sintiera algo por él... Pero la noticia de que tenía un novio en Dallas le había dejado noqueado.

Había sido un ingenuo desde el momento que había visto su currículum encima de su mesa pensando que ella había vuelto por él. Pero no podía estar tan equivocado porque cuando la había besado ella había disfrutado tanto como él aunque quisiera negarlo. La furia había recorrido su cuerpo cuando la vio tonteando con el rompecorazones de Izan Connor y estaba empezando a cansarse de jugar al ratón y al gato.

Jane por su parte estaba furiosa por lo sucedido minutos antes. Tendría que hablar seriamente con él sobre su comportamiento o tendría que dejar de trabajar como su secretaria. Bajo ningún concepto podía permitir que se diera cuenta de lo que aun sentía por él y mucho menos de que su cuerpo le deseaba. Si lo descubría estaría perdida, podría hacer con ella todo lo que quisiera y después le volvería a romper el corazón.

También estaba Will, del que parecía haberse olvidado desde que había vuelto a casa, se sentía miserable cuando hablaban por teléfono cada noche y más cuando le decía que la echaba de menos y que pensaba en ella todo el día.

Tras aparcar el coche frente a la puerta fue hacia el buzón para encontrar folletos publicitarios y una carta de una amiga. Entró en la casa y dejó los folletos sobre la mesa para poder abrir el sobre. Estaba abstraída leyendo cuando escuchó en el exterior un coche derrapar. Al mirar a través del visillo sus ojos se abrieron desmesuradamente. Jack salía del todoterreno bruscamente y caminaba a grandes zancadas en dirección a la puerta que se abrió con estruendo.

Jane retrocedió asustada hasta toparse con la mesa que estaba a su espalda, dejando caer la carta de sus manos. —¿Qué... qué haces aquí?

—Lo que debí hacer el primer día que llegaste al pueblo —dijo acorralándola contra la mesa, con sus ojos oscuros sobre ella y mirada lobuna. Estaban a escasos centímetros, cuerpo a cuerpo—. Voy a hacerte el amor.

—Estas de broma, ¿verdad? —preguntó con nerviosismo.

—No —negó tajante y desabotonando la camisa azul del uniforme.

—Tendrás que obligarme —sentenció contrariada.

—Tengo unas esposas —dijo con humor negro—. Pero creo que no va hacer falta.

—Deja de desnudarte y vete de mi casa ahora mismo —gritó exaltada a modo de defensa—. Hace un momento te he dicho que estoy con otro hombre.

—Jane, tus ojos azules son ahora casi grises y te conozco demasiado bien. Sé que aún me deseas como hace seis años...

—Te repito. ¡Tengo novio!
—Ese tipo de Dallas te importa una mierda.
—Eso es mentira —su voz le sonó estridente—. No te deseo.
—Eres tú la que mientes. Solo tengo que besarte.

—No lo hagas —le rogó.

—Lo voy a hacer porque es lo que más me apetece.

—Pero a mí no... —silenció sus palabras con un beso posesivo.

Cuando Jack reconoció su sabor dulce la besó más desesperadamente porque había pensado en ella durante seis largos años, amándola como antes a pesar del tiempo.

Se sintió en aquel momento como la primera vez que probó sus labios en el bosque que había en la parte trasera de esa misma casa. Ella, al principio, lo rechazó con fiereza, pero poco a poco cedió a su propio deseo, luchando con su propia camisa para poder sentir sus grandes manos directamente en la piel. Él no perdió el tiempo y la ayudó en la tarea de quitarse todas las prendas que cubrían su cuerpo para poco después quitarse las que cubría aun el suyo. Sin ceremonias la cogió por la cintura para ponerla sobre la mesa y dejó de besarla unos segundos, observando sus ojos antes de hablar.

—Aún me deseas. Yo no lo niego porque no puedo mentirme a mí mismo.
—¿Por qué me haces esto? —preguntó dolida y perdida en el deseo que embargaba su cuerpo.
—Jane —su voz estaba rasgada—, estoy a punto de explotar y te necesito. Decídetes.
—Hazme sentir, Salvaje Jack —las palabras salieron de sus labios sin apenas percatarse.
—Solo tenías que pedirlo, he nacido para eso.

No hubo más palabras entre ambos y se entregaron a una frenética pasión que acabó con ambos en el suelo, desnudos y sudorosos. Cuando ambos culminaron en un orgasmo conjunto que los dejó sin aliento, Jane sintió que antes nunca había sido así. Hacer el amor con Jack había sido siempre mágico, pero en aquella ocasión había sido como si su piel y su alma se hubieran fundido con él.

Minutos después, cuando su corazón había recuperado los latidos normales fue cuando pensó en lo sucedido. ¿Qué demonios había hecho? ¿Por qué había permitido aquello? Se separó de él con esfuerzo y se levantó en busca de su camisa para cubrirse.

—Esto no debió pasar —él se levantó y se acercó desnudo como estaba hasta ella.
—No te engañes. Ha sido como hace años, pero más fuerte y mejor de lo que recordaba.
—¡Me siento como una mujer horrible! —dijo con voz histérica—. He traicionado a Will...
—No lo eres... —el sonido de su móvil sonó insistentemente interrumpiendo sus palabras.
Contrariado cogió los pantalones del suelo, lo sacó y maldijo en alto después de colgar.
—Es de la comisaria... me tengo que ir.
—Será lo mejor. Esto no volverá a pasar...
—Han encontrado a una mujer muerta en el embarcadero del río.
—¿Qué? ¿Quién es? —sus palabras le hicieron olvidar como se sentía tras lo sucedido.
—Aún no sé nada de lo sucedido —dijo cogiéndola en sus brazos de nuevo—. Debo irme.

Pero tenemos que hablar con calma de todo esto. Quizás teníamos que haber hablado antes de...

—Deberías vestirme de una vez —dijo fríamente apartándose de él—. Tus hombres te están esperando.

—Que sepas que no te vas a librar de mí tan fácilmente —ya se ponía los pantalones con prisas y cogía la camisa y el cinturón con su arma y esposas.

—¡Vete de una maldita vez! —gritó furiosa. Respiró cuando escuchó cerrar la puerta a sus espaldas.

Tras darse una ducha preparó una infusión, intentando relajarse, cuando sonó el teléfono. Descolgó temiendo que fuera él, pero al ver el identificador de llamadas sintió un nerviosismo como cuando era una adolescente. Era el número de teléfono de la casa de sus padres. Se había olvidado por completo de que llegaban ese día. Aquella llamada le llevó a recordar la discusión con Jack frente a la comisaría que, a esas alturas, ya habría llegado a oídos de su madre. Finalmente dio al botón verde y esperó que fuera su padre el que contestara, pero no tuvo suerte porque la que saludó fue su madre. No la dejó ni abrir la boca.

—¿Te has olvidado de que llegábamos hoy?

—No...

—Pues no sé qué haces que no estás aquí. Tenemos que hablar —conocía bien ese tono.

—¿Sobre qué?

—¿Qué haces trabajando en la comisaría? —le recriminó.

—Es un trabajo y gano un sueldo.

—No sé por qué demonios tu abuela tuvo que dejarte esa casa para que volvieras y para colmo ese trabajo.

—¿Qué tiene de malo mi trabajo? —preguntó empezando a cansarse de sus reproches.

—Lo malo es que trabajas con Jack.

—Mamá, eso pasó hace mucho tiempo.

—No me gusta cuando la gente cuchichea de ese maldito Rider y tú. No sabes lo mal que me lo haces pasar...

—Ya no se apellida así y ya no es el chico malo del pueblo.

—Me da igual que sea el Sheriff. No me gusta que esté cerca de ti. Su padre era escoria.

—Mamá, no quiero discutir.

—Ya hablaremos de eso en la cena. Te espero dentro de media hora. No te retrases.

—Ahora mismo... —estaba hablando sola porque su madre ya había colgado, lo que significaba que tenía que ir a la dichosa cena.

No tuvo otra opción que asistir a la cena familiar o su madre iría a buscarla y la llevaría de las orejas si era necesario. Como suponía, fue un tormento, su progenitora estuvo a punto de provocarle un ataque de nervios con sus comentarios inoportunos. En aquella casa siempre se sentía como una niña pequeña, pero ya no lo era. Ahora era una mujer y tenía que demostrárselo a su madre, dejarle claro que ya no podía manejar su vida. Lo peor era ver como su padre se comportaba como un corderito y no era capaz de decirle nunca que no, aquella actitud le daba más alas a su mujer.

Mientras degustaban el postre le dio las gracias mentalmente a su abuela por dejarle una vivienda donde podía ser independiente. Salió gustosa de la casa de su infancia y cuando llegó a su hogar, apoyó la cabeza en la almohada y tardó una eternidad en dormirse recordando lo sucedido en el suelo de la cocina con Jack. Le maldijo mil veces.

El horrible sonido del despertador la hizo levantarse a rastras e ir a trabajar. Al llegar se encontró con que el Sheriff la estaba esperando con cara de pocos amigos.

—Llegas tarde —le espetó bajando del escritorio donde estaba encaramado mientras cruzada los brazos sobre su pecho.

—No dormí bien anoche... —intentó excusarse.

—Yo no dormí nada —comentó ofuscado—. Necesito que mandes unos correos electrónicos a la central con los datos del cadáver que encontramos ayer. Debemos identificarlo.

—Se me había olvidado. Lo siento, Jack...

—Esto es serio. Aquí somos jefe y empleada...

—Y fuera del trabajo no somos nada, Sheriff Abott.

—Te dejé el informe sobre la mesa —dijo con voz dura mientras se dirigía a su despacho—. Transcribe sus datos físicos, biológicos y la autopsia antes de mandarlo. ¿Podrá hacerlo en menos de una hora, señorita Montgomery?

—Sí, señor Abott —su voz era fría en aquel momento.

—Dese prisa, es urgente.

—Sé hacer mi trabajo —siseo.

—Demuéstrelo —dijo cerrando ya la puerta de su despacho.

Encendió el ordenador de su mesa furibunda, la había tratado como a una estúpida y aquello no la gustaba. Para colmo había insinuado que ella esperaba algún tipo de favoritismo por lo que había pasado el día anterior. Estaba arrepentida de aquella debilidad y ni siquiera sabía porque su cuerpo traicionero había cedido a la pasión. Ahora Jack sabía que lo deseaba y eso podía ser muy peligroso para su pobre corazón.

A media mañana recibió la contestación a su correo. La central había cruzado la información de mujeres desaparecidas en la zona en las últimas veinticuatro horas y una coincidía con los rasgos de la joven que descansaba en el depósito de cadáveres. Se trataba de una mujer que había desaparecido la noche anterior en una localidad cercana. No había vuelto a casa y sus compañeras de piso estaban muy preocupadas y habían denunciado su desaparición. Trabajaba en el hospital

del condado, en urgencias, y nunca desaparecía durante una noche completa a no ser que tuviera guardia.

Cuando sus ojos se posaron sobre el nombre resaltado en negrita su corazón se detuvo. Gabrielle McPherson era una de sus mejores amigas en el instituto y ahora estaba muerta. Hacía seis años que habían perdido el contacto y ahora había sido asesinada brutalmente. Se recostó en su silla y cerró los ojos intentando tranquilizarse, pero lo que había transcrito del informe del forense volvió a su cabeza creando imágenes en su mente que le revolvieran el estómago. Era horroroso lo que le había pasado a su querida Gabrielle. Fue violada, golpeada brutalmente y finalmente asesinada por asfixia y todo aquello había pasado en el pueblo.

Sin poder contenerse volvió a abrir los ojos y buscó entre las carpetas que tenía sobre la mesa para dar con la que buscaba, la del forense. Cuando había pasado el informe no había abierto el sobre con las fotos, pero ahora necesitaba comprobar que en verdad se trataba de su amiga. Absorbió cada imagen en su memoria: la ropa desgarrada que debía llevar puesta cuando la encontraron, el frondoso bosque donde había aparecido y por último las fotos de su cadáver. Se puso blanca como la cera, impresionada por el rostro desfigurado de su amiga y salió corriendo directa al lavabo para vomitar. En su camino se chocó con Jack que entraba en aquel momento desde la calle y la observó como si estuviera loca, hasta que vio el color verdoso de su piel.

A pesar de no haber desayunado aquella mañana su estómago vació todo lo que había en su interior. Con trabajo se sentó en el suelo y apoyó su espalda contra la pared de azulejos fríos intentando recuperar el aliento. Minutos después se levantó trabajosamente y refrescó su rostro con agua fría. Cuando salió por la puerta se encontró con Jack, mirándola con cara de preocupación.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —afirmó sin demasiado convencimiento.

—Tienes mala cara. ¿Qué pasó? —su cuerpo estaba tenso. Estaba resuelto a saber la verdad. Jane conocía demasiado bien esa mirada y finalmente se rindió: —Vi las fotos de Gabrielle...

—¿Por qué demonios hiciste eso? —preguntó enfadado.

—Tenía curiosidad —mintió.

—Tu trabajo no es curiosear.

—Estaba pasando los datos al informe...

—Para eso no hacía falta abrir el sobre de las fotos.

—Perdón —se disculpó. No quería discutir.

—Espero que no se vuelva a repetir, señorita Montgomery —su voz era dura.

—No, señor Abott.

—Si ha terminado, pásame el informe.

—Por supuesto.

—Espero que sepa ser discreta o el pueblo acabaría en una gran histeria colectiva.

—No se preocupe.

—Eso espero.

Cuando Jack desapareció por la puerta de su despacho, Jane se dirigió hasta su silla. Recordó con nostalgia los momentos vividos con Gabrielle, siempre había sido una chica alegre y muy bondadosa. Cuando era pequeña siempre andaba recogiendo animales abandonados y curándolos. En el instituto era una chica a la que todo el mundo quería. Sus bonitos ojos azules y su largo pelo rubio... una lagrima solitaria rodó por su mejilla. Para no pensar más en el asunto decidió ponerse a trabajar y mantener la mente ocupada, tenía que entregar el informe completo al Sheriff Abott.

Cuando salió por la puerta de la comisaria respiró con alivio, no sabía que fuera posible tener un jefe más recto e insoportable. Estaba segura de que pretendía volverla loca.

Decidió ir a visitar a su hermana aquella tarde que ya había salido de cuentas y según su cuñado, los últimos días había estado insoportable y lo único que hacía que se le endulzara el carácter eran sus visitas. Entró por la puerta que estaba abierta y fue directa al salón donde encontró a Darlene tumbada cómodamente en el sofá grande con cara de aburrimiento. Cuando ésta la vio una sonrisa iluminó su cara.

—Ya era hora de que vinieras a visitarme —le reprochó.

—Estos días estuve muy liada —se excusó—. Ayer cené en casa de papá y mamá.

—Con la cara que pones debió ser horrible —dijo indicando con la mano que se sentara a su lado.

—Sí —afirmó acomodándose a su lado—. Aún tengo la voz de mamá metida en la cabeza.

—Es por Jack, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó a su vez sorprendida.

—Vino a verme esta mañana. No le gusta que trabajes para él. Dice que no quiere más habladorías sobre vosotros. Lo odia desde hace años, piensa que tuvisteis algo. Le dije que eran imaginaciones tuyas...

—Es cierto —confesó sorprendiendo a su hermana que la miraba incrédula—. Nunca te lo conté, pero Jack y yo estuvimos saliendo.

—¡Vaya! —exclamó con humor—. Que calladito te lo tenías.

—Si mamá se hubiera enterado...

—Supongo que de algo se enteró —recapituló Darlene—, y por eso te fuiste a vivir con la tía.

—Sí.

—¿Es verdad que es tan salvaje como decían? —preguntó su hermana con cara de pícaro.

—Eres demasiado morbosa —contestó frunciendo el ceño.

—Entiéndeme —dijo poniendo morritos—, estoy aburrida todo el día metida en casa...

—No te lo voy a contar —se negó.

—Quizás se lo pregunte a él...

—¡Ni se te ocurra! —exclamó avergonzada.

—Pues cuéntamelo tú.

—Eso es agua pasada...

—Si fuera agua pasada, no te pondrías tan nerviosa —su hermana la conocía demasiado bien.

—Está bien —concedió finalmente—, pero lo malo no es lo que pasó en el pasado. El problema es el presente, me acosté con Jack ayer.

—¿Qué?! —preguntó con ojos desorbitados.

—Fue un error —se excusó nerviosa—. No significó nada.

Su hermana se tomó unos minutos para pensar antes de hablar, mirando sus ojos en busca de la verdad que escondían. — Ahora me vas decir que te vas acostando con un tío cada noche. Por no hablar de que llevas saliendo con Will un par de años y es un buen hombre —dijo su hermana con reproche—. Si no sintieras algo por el Sheriff nunca lo habrías hecho.

—No negaré que una vez estuve locamente enamorada de Jack, pero eso fue hace mucho tiempo. Me rompió el corazón. Lo de ayer solo fue un error, me dejé llevar por la pasión...

—Creo que para Jack eres algo más que un rollo de una noche.

—No lo creo —dijo levantándose del sillón para recoger las revistas dispersas sobre la mesa baja frente a ellas, no quería que su hermana estudiara su rostro.

—Conozco a Jack —sus manos dejaron de organizar las revistas, aquella afirmación la había sorprendido—. Desde que volvió no ha salido con nadie.

—No me importa...

En aquel momento Darlene contuvo la respiración sonoramente.

—Jane...

Pronunció su nombre de una forma que la hizo volverse asustada: —¿Qué pasa?

—Creo que me estoy poniendo de parto.

—¡No fastidies! —dijo asustada.

—Llama a emergencias... Uff, Uff, Uff

—¿Estás bien?

—¡Estaré mejor cuando me deshinche de una vez! —gritó.

—¿Dónde tienes el teléfono?

—Uff, Uff, Uff... En la cocina.

—Ahora vuelvo.

—No tardes o tendré a mis hijos en el suelo.

—Tranquilízate, por favor.

—Si te doliera a ti no dirías eso...

Jane paseaba de un lado al otro de la sala de espera con nerviosismo, su cuñado estaba dentro acompañando a Darlene y ella se encontraba sola. Poco después llamó a sus padres que aparecieron inmediatamente. Su madre se puso a rezar sentada en una silla, desquiciando sus nervios con el soniquete constante de sus susurros. Agradeció la llegada de su hermano cuando se puso a hablar con su madre. Según escuchó, Stella se había quedado con los niños e intentaría ir más tarde.

Miraba por la ventana con la intención de distraerse y cuando se giró se quedó clavada en el suelo al ver entrar a Jack en la sala. Se sorprendió al ver que se dirigía directamente a su hermano y observó cómo su madre le miraba con odio. Él no sé acercó a ella para nada, como si quisiera obviar su presencia para que la mujer no tuviera nada que decirle.

—¿Cómo se encuentra Darlene? Me acabo de enterar —preguntó preocupado.

—Bien. Aunque lleva muchas horas de parto y está agotada —contestó Derek preocupado.

—¿Cómo está Dan?

—Muy nervioso. Le han tenido que dar un tranquilizante, pero no quiere salir de la sala de partos.

—Tan cabezón como siempre —comentó con una sonrisa en los labios. Se ponía tan atractivo cuando sonreía... ¿Pero en que estaba pensando? Se regañó a sí misma.

—Eso parece. Por experiencia te diré que esto solo pasa con el primero.

—Bueno, pues si no te importa me quedaré para ver si todo sale bien... —en ese momento su madre, que había estado escuchando todo, se levantó de su silla y se dirigió hacia ellos furibunda.

—¿Por qué demonios no te largas? Esto es algo familiar... —Jane se sobresaltó al escuchar que hablaba de aquella forma.

—Mamá, por favor. No seas mal educada —le recriminó Derek intentando dominar la situación—. Sabes muy bien que es amigo de Daniel.

—Me importa un rábano que sea amigo o no de Daniel. Quiero que se largue de aquí...

—Señora, no se sulfure —dijo Jack quitándole importancia a sus dañinas palabras—. Esperaré fuera si eso la hace más feliz.

—Sería más feliz si desaparecieras de este pueblo —contestó su madre sin contenerse.

—En eso no puedo ayudarla. Si me disculpan —no dijo nada más, simplemente salió por la misma puerta por la que había entrado.

Jane le observó desde la ventana, se había sentado en un banco que había en los jardines del hospital para esperar pacientemente. Sintió ira contra su madre por su forma de tratarle, pero sabía que si le recriminaba su acción sería contraproducente.

Su corazón latió acelerado cuando Dan salió de la sala de partos con cara de alegría. Tras escuchar la buena noticia de que todo había salido bien, Jane y su madre desaparecieron por el pasillo donde se encontraban los bebés para conocer a los nuevos miembros de la familia. Ese fue el momento que aprovechó Jack para entrar de nuevo y hablar con su amigo. No quería más enfrentamientos con esa mujer que parecía tenerle un odio irracional.

—¿Cómo fue todo? —preguntó con emoción.

Dan estrechó su mano con afecto:

—Bien. Han sido una niña y un niño....

—Me alegro amigo. Darlene y tú os lo merecéis.

—Gracias —agradeció Dan con emoción—. Siento lo de mi suegra, me lo ha contado Derek.

—Ya sabes que esa mujer me odia...

—Nunca me has contado por qué, aunque sé que tiene que ver con mi cuñada.

—Algún día te lo contaré, ahora no es el momento.

Aquella noche Jane llegó a su casa agotada, tras dejar a sus padres en la propia y después de salir del hospital de madrugada.

Abrió la puerta con la llave que tenía en la maceta y fue hasta la cocina con la luz apagada, se orientaba bien a oscuras en aquella casa que conocía desde que tenía uso de razón. Cuando accionó el interruptor de la cocina, en la noche se escuchó un grito de terror que provenía de su boca.

En la mesa había un conejo blanco degollado y un hilo de sangre goteaba sobre el suelo de color marrón. Se acercó intentando contener una arcada y vio un sobre que había al lado, cuando lo abrió sintió que su corazón se detenía, era una foto del instituto donde estaban todas; Gabrielle, Tory, Noelle, Kelly y ella, estaban frente a la puerta del instituto. El rostro de Gabrielle aparecía rascado y no sé distinguía apenas, pero ella conocía bien esa foto. A un lado había una nota en la que se podía leer “es la primera de la lista”. Salió corriendo de la casa y no paró hasta llegar a la de Jack llamando a la puerta con los puños e histérica. A los pocos minutos un Jack adormilado, con solo la parte baja del pijama puesta, la miraba sin comprender que hacía allí.

—¿Qué quieres a estas horas? —preguntó, tenía mal despertar—. ¿Qué pasa?

—Tienes que venir a mi casa, ahora —dijo temblando.

—Si quieres hacer el amor no hace falta ir a tu casa, mi cama es muy grande... —dijo mirándola seductoramente.

—No estoy para bromas —dijo a punto de llorar—, tienes que venir.

Fue cuando Jack se dio cuenta de que algo pasaba. Vio su cara blanca y el sudor que perlaba su labio superior y se despertó de golpe del sueño. —Me visto en un minuto, espera dentro, te vas a helar.

—No...

—No seas tonta, pasa.

—Está bien —no quería discutir con él.

—No tardaré —le aseguró.

La dejó en un salón amplio con techo de madera y desapareció por una escalera que daba al piso superior. En un rincón había una chimenea de piedra, que en aquel momento estaba apagada, y en la repisa vio unos marcos con fotos. Sin poder contenerse se acercó hasta allí y pudo verlos más de cerca. Uno era el retrato de su madre de joven, en blanco y negro, con una dulce sonrisa en los labios. En la siguiente estaba Jack con su hermano apoyado el uno en el otro y la tercera la dejó con la boca abierta... en ella aparecían ambos y los recuerdos fluyeron en su cabeza. Era de una vez que fueron al bosque, Jack había llevado una vieja cámara y habían estado haciéndose fotos. Le sorprendió que él mostrara aquella foto en el salón de su casa junto a sus seres queridos.

Unos pasos a su espalda la sobresaltaron, era él.

—Ya estoy listo. ¿Has venido en coche?

—No, vine corriendo.

—Vamos —a cada momento se ponía más nervioso con su extraña actitud.

—Tengo miedo —confesó temblorosa.

—Yo estaré contigo —dijo para infundirle ánimos.

Cuando llegaron a la casa encontraron la puerta abierta y las luces encendidas. Jack se puso en guardia y la hizo quedarse fuera mientras revisaba si había alguien dentro. Tras revisar la parte superior y el salón, se encaminó a la cocina, vio lo que había en la mesa y pensó en lo que significaba esa foto con un rostro borrado. Jane estaba en peligro, su corazón se aceleró ante aquella certeza, seguramente había un psicópata suelto que por alguna razón había dejado aquello en su casa a modo de advertencia. Se recompuso como pudo y salió al exterior donde ella le esperaba, simplemente la abrazó contra su pecho. Lo necesitaba, al igual que ella.

—Tengo que avisar a mis hombres para que vengán a recoger pruebas. ¿Te ha llegado alguna nota o algo antes de esto? —preguntó antes de sacar una pequeña libreta de su bolsillo para apuntar.

—No... ¡Por el amor de dios, Jack! Llevo menos de dos semanas aquí.

—No soy estúpido —contestó contrariado—, pero tengo que investigar. Hay una mujer muerta que era amiga tuya y ese asesino ha dejado una advertencia en tu casa.

—¿Crees que vendrá a por mí? —preguntó asustada.

—No lo sé —confesó sincero—, pero será mejor que subas y cojas lo que necesites.

—¿Para qué?

—Vas a venir a mi casa.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó indignada—. Por nada del mundo iré a tu casa.

—Es por tu seguridad... —intentó hacerla razonar.

—¿Te imaginas como se pondrá mi madre?

—Me importa una mierda como se ponga tu madre —dijo perdiendo la paciencia.

—No pienso ir —se negó cruzando los brazos, ceñuda.

—Entonces me quedaré yo aquí.

—Pero...

—Si quieres seguir discutiendo no hay problema —sacaba ya el móvil de su pantalón—, pero antes debo llamar a mis hombres.

—No voy a ir y lo sabes...

Una hora después se encontraba metida en el coche de Jack camino de su casa. Había llegado un momento en el que había dejado de discutir con él porque era demasiado cabezón y se sentía muy cansada. Estaba segura de que su madre la iba a matar antes de desheredarla y repudiarla... ¿Por qué había hecho caso a Jack? Se respondió a sí misma; tenía miedo de ese loco que había dejado eso en su cocina y solo se sentía a salvo con él.

Jack tenía cara de cansado cuando se despidió de ella frente a la habitación que le había asignado, para hacer unas cuantas llamadas. Jane intentó dormir en aquella cama extraña, pero no podía dejar de pensar en sus amigas.

Tory se había casado tres años antes con Jerry, el hijo del alcalde. No podía entender como su amiga podía estar casada con ese hombre tan engreído, prepotente y odioso. Solo la había visto una vez desde su llegada y ya no parecía la misma chica alegre de siempre. Los primeros años habían mantenido el contacto, pero cuando Tory empezó a salir con Jerry lo perdieron, seguramente gracias a él que la odiaba por lo de aquella noche del baile. Kelly había seguido con el negocio de piensos que habían llevado sus padres años antes, seguía siendo la de siempre, tan divertida y bromista. La había ido a visitar días antes y parecía una mujer feliz. Se rumoreaba que estaba liada con un ganadero de la zona conocido por su mal carácter. A la gente de aquel pueblo le encantaba cotillear. Noelle era dueña del restaurante que había al lado de la comisaría y era conocida por hacer las mejores hamburguesas de la zona. Había intentado ir a comer un par de veces allí, pero siempre estaba abarrotado, tenía que ir a verla pronto y más después de lo sucedido.

Cansada de darle vueltas a la cabeza se levantó resuelta y bajo las escaleras camino a la cocina para beber un vaso de agua. De camino vio una luz encendida y entró en la habitación que resultó ser el despacho donde Jack trabajaba en el ordenador. No esperaba que todavía estuviera despierto. Cuando entró y él se percató de su presencia, le indicó con un gesto que se sentara en el sillón que había frente a él.

—¿No puedes dormir? —le preguntó él, observando su perfil.

—No. Pensaba en esa foto y lo que significa.

—No sabemos aún lo que significa, tenemos que investigar —mintió.

—Está claro que ese loco quiere que sepamos que va a por todas mis amigas.

—¿Cuándo os hicisteis esa foto? —le preguntó mientras apoyaba los codos en la mesa para mirarla más de cerca.

—No lo recuerdo. Creo que fue en la entrada del instituto un verano.

—¿Erais un grupo habitual de amigas?
—Sí. Nos conocemos desde pequeñas.
—¿Tuvisteis algún problema con alguien?
—No... —dijo conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir—. No entiendo nada de lo que está pasando.
—Tranquila, Jane. Acuéstate, estas agotada.
—¿Y tú? —preguntó preocupada.
—Tengo que hacer unas llamadas.
—¿Cuándo podré volver a casa?
—Te puedes quedar aquí el tiempo que haga falta.
—Quiero volver a mi casa.
—Dadas las circunstancias, voy a intentar daros protección a todas...
—Gracias.
—Ahora vete e intenta descansar, mañana tienes que trabajar.
—Si llego tarde mi jefe me cortará el cuello —comentó con cierto humor.
—No creo que sea tan malo —replicó él viendo cómo se levantaba.
—Es peor —dijo con una leve sonrisa en los labios antes de salir del despacho dejando solo a Jack con sus pensamientos.

11

Cole decidió pasar las vacaciones en casa de su hermano mayor en el lugar donde creció. Hacía años que Jack había decidido volver a Ford Creek, pero él no había querido regresar porque tenía que los malos recuerdos afloraran, recuerdos de una infancia dolorosa. Pero aquella vez tenía un buen motivo para hacer el esfuerzo, quería presentarle a su hermano a la mujer a la que amaba y no sabía si Jack lo aceptaría de buen grado. El camino de su hermano y el suyo se había separado cuando fue a la universidad y tras acabar el último curso se había licenciado con honores. Poco después había entrado a trabajar en un notable bufete donde le daban casos importantes y ganaba un buen sueldo anual. Tenía alquilado un ático en una buena zona en Dallas y la vida le sonreía.

Sentado en la cómoda silla de su despacho recordó con una sonrisa el día que se dio cuenta de que estaba enamorado de Emma; era una mujer pequeña, de cabello castaño y bonitos ojos marrones. Cuando la conoció trabajaba en un popular restaurante como camarera. Aquel día Cole tenía una reunión importante con un cliente y habían quedado a comer en el local.

Estaban revisando los términos del contrato cuando se escuchó un estruendo de platos rotos en el suelo y levantó la mirada de los papeles para ver de dónde había surgido el mismo. Observó a la joven montada en cólera mientras chillaba al comensal, que había tenido la suerte de que nada le cayera encima.

—¡Cerdo! Nadie me toca el culo. ¿Quién se ha creído?

—Vamos, preciosa, tampoco es para tanto —parecía un rancho importante.

—Qué poca educación... —comentó enojada.

En ese momento se acercaba el gerente con cara de pocos amigos. —Disculpe, señor Roswell. Le invita la casa, perdone por las molestias. —se giró y cogió a la pobre chica por el brazo apartándose a un lado.

Aun así Cole pudo escuchar lo que ambos hablaban.

—Estas despedida. Esto es el colmo, no sé ni porque hice caso a Lory y te contraté.

—No ha sido culpa mía...

—Me tiene sin cuidado de quién ha sido culpa. Te tenías que haber callado —ella miró a su jefe con rabia.

—Y una mierda, metete el empleo...

—Ni una palabra más —le indicó con su mano.

Cole se levantó, tras disculparse con su cliente, y se acercó a la pareja. El gerente lo miró con curiosidad. Él, a su vez, miraba con frialdad al hombre, pero solo se dirigió a la chica cuando habló. Ella abrió sus ojos desmesuradamente al notar que se dirigía a su persona.

—Tome —dijo sacando de su cartera una tarjeta—, soy abogado y si necesita ayuda, llámeme. Lo he presenciado todo —mintió.

—No se preocupe señor —dijo el gerente con cara de circunstancia—. Todo esto ha sido un mal entendido. No está despedida. Solo ha sido un momento de ofuscación.

—Me alegro —dijo sonriendo con comprensión antes de mirar de nuevo a la bella joven—. De todas formas, guarde usted mi tarjeta.

Un mes después de aquel suceso estaba solo en el bufete y había decidido investigar el asesinato de su padre. Era algo que llevaba años atormentándole y quería saber algo más sobre la mujer que lo había matado. Deseaba conocer qué había sido de ella en la cárcel tras ser condenada. Ahora podía acceder a esos datos como no pudo hacer antes.

Encontró cosas muy interesantes en la base de datos de casos archivados y a través de varios correos electrónicos, intercambiados con algún amigo del cuerpo de policía, había descubierto su nombre. Miranda Newton; nacida en Dallas, huérfana y casada siendo menor de edad con Stefan Miller, dio a luz a una niña a la que llamaron Emma Miller. Había varias denuncias que le había puesto Miranda a su marido por malos tratos y tráfico de drogas que fue lo que le llevo a la cárcel. Finalmente hubo una separación traumática que le costó superar a la pobre mujer que además tenía una niña pequeña a su cargo. Trabajó en todo lo que pudo para sacar adelante a la pequeña y parecía que la vida se le iba recomponiendo poco a poco.

Años después su camino se cruzó con el de su padre. Cuando empezó a salir con él todo fue muy bien al principio, pero meses después todo eso cambió porque aquel hombre también la maltrataba... Cuando mató a su padre Miranda fue juzgada y recluida en una cárcel estatal. Su hija fue llevada por los servicios sociales a un orfanato, en aquel entonces Emma tenía dieciséis años. Tras lo que había descubierto decidió dejar de investigar. Ya sabía que había pasado en aquel entonces y con eso le bastaba para cerrar aquel capítulo incompleto de su vida.

Cole tenía una buena vida, como tanto había deseado su madre en el pasado, y por ello ejercía como abogado de oficio dos veces por semana para quien no podía pagarse un abogado. Ese trabajo le reconfortaba, a pesar de que sus colegas no lo entendían porque pensaban que era perder el tiempo.

Aquel viernes por la tarde estaba tirado en el sofá viendo un documental de la televisión cuando le sonó el móvil, la llamada era de la oficina para avisarle de un caso urgente. Cuando llegó su secretaria le condujo a la sala de juntas donde se encontró de frente con aquella camarera del restaurante de hacía unas semanas atrás. Ella le miraba con desconfianza, a pesar de haberle llamado ella. Abrió el expediente que había sobre la mesa y se quedó congelado al reconocer el nombre: Emma Miller.

—Es usted abogado, ¿verdad? —le preguntó sacándole de su estado de estupefacción.

—Sí —contestó finalmente—. Cole Abott.

—Lo sé, lo pone en su tarjeta —dijo extendiendo su mano para estrechar la suya—. Emma Miller.

—Señorita Miller, cuénteme por qué me ha llamado.

—El gerente del restaurante me ha despedido.

—Me dijo que no lo haría.

—Lo dijo para quitárselo de encima.

—Me lo imagino.

Una hora después Cole ya tenía todos los datos para denunciar al restaurante por despido improcedente, era un caso claro y sabía que no habría problemas en ganarlo. Ella se levantó de la silla dispuesta a despedirse, pero Cole no pudo resistirse a la tentación de hacerle la pregunta que llevaba más de una hora quemándole la lengua.

—Su madre, ¿cómo se llamaba?

—No creo que eso sea de su incumbencia —contestó recelosa.

—Por favor, señorita Miller.

—Está bien —asumió finalmente, sin entender qué importancia podía tener ese dato para el caso—. Mi madre se llamaba Miranda Miller.

—¿Ha dicho “se llamaba”?

—Sí —afirmó con tristeza—. Murió hace unos años. Yo crecí en casas de acogida.

—Lo siento.

—¿Por qué debería sentirlo? No me conoce de nada.

—Tiene razón, lo siento —se volvió a disculpar—. No se preocupe por su caso, ganaremos el litigio al restaurante.

—Eso espero, porque estoy sin blanca.

—No tendrá ningún problema. Soy un buen abogado —contestó con humor tras su comentario sincero.

Dos semanas después salían del juzgado habiendo ganado el pleito. Emma estaba emocionada y le había invitado a comer en un modesto restaurante en la misma zona. Durante esas semanas Cole había conocido a Emma en profundidad y no podía negar que le encantaba. Era una mujer excitante, simpática, tierna... y se estaba enamorando de ella. Aquello le asustaba porque había algo que se interponía entre ellos: la verdad sobre sus padres. Tras mucho pensar sobre el asunto asumió que solo le quedaba una salida; decirle la verdad.

Dos meses después aún no se lo había confesado y eso que su relación se había intensificado. Era una tarde de domingo y habían decidido pasarla en el pequeño apartamento de ella viendo una película de DVD acurrucados en el sofá. Cole estaba nervioso, tenía que decírselo de una vez o explotaría, pero tenía miedo de que ella no lo entendiera y le odiara. Sin embargo, no podía seguir engañándola.

—Emma —la llamó.

—Dime —dijo somnolienta mirándole con una sonrisa en el rostro.

—Tengo algo que decirte, pero antes quiero que sepas que te quiero.

—¡Cole! Yo también te quiero.

—Lo que voy a contarte quizás te aleje de mí.

—No creo que nada pueda conseguir algo así —afirmó confiada.

—Escúchame antes y luego decides.

—Me estas poniendo nerviosa... —expresó acomodándose en el asiento.

—¿Recuerdas que cuando nos conocimos te pregunté sobre el nombre de tu madre?

—Sí.

—Mi verdadero apellido es Rider, el de mi padre. Me lo cambié cuando mi madre murió.
—Rider... —pronunció con entendimiento en la mirada.
—Sí.
—¡Dios mío! —exclamó apartándose de él—. Me odiarás porque mi madre mató a tu padre.
—¡Nunca! —exclamó sincero.
—Pero...
—Es una historia larga, que te contaré con tiempo. Siempre odié a mi padre —confesó con rabia—, destruyó la vida de mi madre y la tuya.
—Mi amor... —le besó tiernamente—. Los dos fuimos víctimas del mismo hombre.
—Creí que te enfadarías por saber que yo sabía todo esto y no te lo había dicho.
—Te amo y nada podría cambiarlo.

Will llamó a Jane para informarle de que llegaría al día siguiente a última hora de la tarde a Ford Creek. Tenía una semana de vacaciones y había decidido ir a verla. Cuando colgó el teléfono se sintió aliviada de haber vuelto a casa tras estar en la de Jack tres días.

Su madre se había enterado de su estancia en la cabaña del Sheriff y se había puesto furiosa. Fue la primera discusión descomunal que mantuvieron, en toda su vida nunca se había enfrentado tan abiertamente a ella y hacía días que no se hablaban.

Aquella mañana la había llamado al trabajo por primera vez desde la discusión y había vuelto a poner el grito en el cielo al enterarse de que Will iba a estar viviendo en su casa los días que estuviera en el pueblo. Jane intentó explicarle, sin mucho éxito, que en el siglo en el que vivían esas cosas no estaban mal vistas pero ella no pareció entenderlo y tuvieron otra discusión.

Cuando vio a Will plantado frente a su puerta con una gran sonrisa en los labios se sintió culpable por lo que había pasado con Jack días antes. Se había prometido a sí misma que aquello no volvería a suceder nunca más porque había sido un error, solo había sido... ¿Pasión? ¿Locura? Gracias a Dios los días que había pasado en su casa apenas se habían visto porque Jack había estado muy ocupado con el tema del asesinato. Se abrazó a Will como a un ancla en aquel momento buscando su abrigo. Tenía toda una semana para confesarle lo sucedido, no se merecía aquella traición ni la mentira. Esperaba que la perdonase. Tenía claro que quería estar con Will y no con Jack, que tanto daño le había hecho en el pasado.

Cuando llegó a la oficina comenzó a trabajar con ganas, pero poco después entró Jack con cara de pocos amigos y la miró furibundo. El día anterior habían tenido una discusión sobre la llegada de Will y Jack le había exigido que dejara a su novio después de lo sucedido entre ellos. Ella se negó y todo acabó con insultos mutuos y gritos. Su corazón se aceleró al ver que la miraba con frialdad, parecía que había decidido tratarla como a una empleada a la que tuviera manía.

—Señorita Montgomery, en cinco minutos la quiero en mi despacho —observó a sus hombres que estaban en sus escritorios esperando la respuesta.

—Ahora mismo —contestó colocando los documentos que descansaban sobre su mesa.

—La espero, no se retrase —minutos después entró en el despacho donde Jack revisaba unos datos en la pantalla del ordenador, cuando la vio entrar le indicó con un gesto que se sentara.

—Sheriff, usted dirá.

—Jane —la tuteó esta vez—, de lo que tenemos que hablar no tiene nada que ver con el trabajo.

—No creo que tú y yo tengamos nada de qué hablar que no sea de trabajo —respondió furibunda.

—Cállate y escucha —contestó casi gritando—. Solo quería decirte que tienes razón, entre tú y yo solo hubo sexo. Tú tienes pareja y quieres seguir con esa relación. No te molestaré más —ella lo miraba estupefacta. No podía creer que aquellas palabras salieran de su boca—. Ahora que todo está aclarado no hablaremos más del tema. Cuando salgas cierra la puerta por favor.

—Si —dijo levantándose de la silla y caminando hacia la salida, confusa.

Aquella noche cenaron en casa para celebrar su reencuentro. Will le contó chismes de toda la oficina y Jane sintió nostalgia de su antigua vida. También le comentó que había cenado alguna vez con Sally, su mejor amiga y compañera de piso en Dallas, al parecer había roto con su novio y había estado muy afectada durante un tiempo.

Habían acabado viendo una nostálgica película en la televisión, acurrucados en el sillón. Jane aún no había encontrado el valor para confesarle a Will su infidelidad y aquello la atormentaba. Lo peor llegó cuando se acabó la película y fueron a dormir, no se imaginaba volviendo a hacer el amor con él... y dio gracias al cielo porque él tampoco parecía tener esas intenciones, nada más meterse en la cama se dio la vuelta para dormir, alegando que estaba cansado tras haber dedicado parte del día a arreglar el jardín descuidado de su abuela.

Al día siguiente su hermana Darlene los invitó a cenar en su casa y Jane no pudo negarse porque adoraba a sus nuevos sobrinos. A Will le pareció bien, siempre y cuando no fuera su madre, ya que no la toleraba demasiado. Lo que Jane no esperaba era encontrar a Jack en casa de su hermana, con su sobrina Linette cogida en brazos dándole el biberón mientras su cuñado se lo daba al pequeño Daniel. Dejó a los hombres solos tras los saludos y fue a ayudar a su hermana a la cocina.

—¿Por qué has invitado a Jack? —preguntó a su hermana enojada.

—Es amigo de Daniel y viene a menudo. ¿Te molesta? —preguntó a su vez mientras sacaba la bandeja del horno.

—Sabes que sí —contestó cruzando los brazos sobre su pecho.

—Creí que no querías tener nada con él.

—Y no quiero y menos verle con mi novio en casa de mi hermana.

—Lo siento por ti —se lamentó—, pero aprecio mucho a Jack.

—¿A pesar de lo que piense mamá?

—Mamá no siempre tiene la razón. Ya somos adultos para hacer lo que ella quiere. ¿No crees?

—Tienes razón en ese punto, pero...

—Tienes aquí a tu novio después de casi dos meses. Deja ya de protestar.

—Lo sé, pero...

—¿Está ya la cena? —preguntó su cuñado desde el umbral de la puerta—. Estamos hambrientos ahí fuera.

—Cariño, ya casi está. ¿Y los niños?

—Los acabamos de acostar. Jack adora a Linette, se ha dormido enseguida en sus brazos. Parece mentira, con lo que nos cuesta a nosotros.

—Tiene mano con los niños —comentó su hermana con ternura.

—Quién lo diría de *Jack Salvaje* —comentó su cuñado con humor—. Bueno, voy a ver cómo están nuestros invitados.

—Darlene, ¿desde cuándo son tan amigos Dan y Jack? —preguntó Jane cuando estuvieron solas.

—Desde que volvió al pueblo y empezó a construir la casa. Iba mucho a la ferretería y muchos domingos celebraban una partida de cartas. Derek poco después se apuntó junto con el peluquero y el médico. Mamá al principio se puso insoportable, pero no puede hacer nada. Creo que a papá le gustaría unirse al grupo, pero ella nunca le dejaría.

—Estupendo —dijo Jane furibunda. Parecía que no iba a dejar de ver a ese hombre nunca.

La cena transcurrió mejor de lo que esperaba Jane. El pollo que había preparado su hermana estaba delicioso y todos conversaron amigablemente hasta la sobremesa, que fue cuando su hermana y su cuñado se dedicaron a contarle a Will anécdotas de cuando Jane era pequeña, lo que hizo que se pusiera de un humor de perros. Lo peor fue cuando Darlene contó lo de la famosa fiesta de disfraces y su vestido de hada, en aquel momento los ojos de Jack se posaron en ella de una forma que hizo que se sonrojara y una corriente eléctrica traspasara su cuerpo.

—...era un disfraz demasiado sexy, y cuando se lo contaron a mamá casi le da un infarto.

—Mi amor, daría lo que fuera por haberte visto —dijo Will besando dulcemente su sien mientras la abrazaba—. ¿Dónde está ese disfraz?

—Si aún existe, lo tendrá mi cuñada Stella —contestó Jane escuetamente.

—Hablaré con ella —prometió—. Gracias por esta maravillosa velada, chicos. Pero si no os importa, me gustaría irme a casa con mi encantadora “hada de los bosques” —expresó poniéndose en pie a la vez que el resto. Will le tendió la mano a Jack con rostro sonriente.

—Ha sido un placer conocer al Sheriff que, además es el jefe de mi chica. Es buena empleada ¿verdad? —comentó orgulloso.

—La mejor que he tenido —aseveró sin apartar la mirada de ella.

—Jane es muy especial.

—Lo sé.

12

Faltaban menos de dos días para que Will regresara a Dallas y aún no había conseguido reunir el valor suficiente para contarle lo sucedido. Tras darle vueltas al asunto decidió que lo mejor era no decirle quien era el tercer implicado en aquel asunto, porque temía su reacción frente a Jack.

Aquella noche habían decidido ir a cenar fuera de casa y Jane pensó que esa era el mejor momento para contarle la verdad. Will parecía contento y hablaba sin parar hasta que ella no pudo soportar más la presión.

—Will —le cortó a media frase—. Tengo algo que contarte.

—Parece serio —dijo con cara de preocupación.

—Es algo que nunca debió ocurrir... —las palabras se trabaron en su garganta. Pero debía ser valiente.

—Jane, me estas poniendo nervioso.

—Está bien —asintió cogiendo valor—. En el tiempo que llevo viviendo aquí ha sucedido algo.

—Dilo —dijo Will casi gritando, los demás comensales del local levantaron la cabeza. Parecía nervioso como nunca le había visto.

—Por favor, no grites —le rogó.

—Gritaré si quiero —su cara parecía una máscara desfigurada, mientras bebía su copa de vino de un trago.

—Mejor hablamos en casa...

—No. Ahora.

—Me he reencontrado con alguien del pasado y... te he sido infiel.

—¿Qué? —articuló con voz incrédula.

—Lo siento tanto —las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

—Vamos fuera.

Will se levantó de la mesa enajenado, sacó su cartera dejando unos billetes en la mesa y la cogió del brazo con rudeza para sacarla al exterior del local. Había muchos ojos puestos en ellos mientras salían, ya que el tono de voz de Will se había escuchado en todo el local. Jane sintió el dolor por sus dedos clavados en su piel, estaba segura de que iba a salir un moratón. Ya fuera la llevó a un callejón cercano sin soltarla y mirándola furioso.

—¿Has dicho que me has sido infiel?

—Will, no significó nada, solo fue un error...

—¿Cómo pudiste? —preguntó dolido.

—Yo quiero estar contigo...

—Maldigo el día que te conocí.

—Perdóname, por favor —le rogó.

—Eres una puta —bramó con el cuerpo tenso.

Jane no supo qué la dejó más estupefacta, si el insulto o los golpes que empezó a recibir de su parte. Una primera bofetada le partió el labio haciéndole sangrar.

No supo cómo reaccionar en un principio, simplemente se mantuvo quieta en el sitio mientras se palpaba la zona herida. Fue cuando recibió un puñetazo en el estómago que la dobló en dos mientras Will seguía insultándola y haciéndole reproches.

—No vales nada. Pero tranquila, que ya me cobré por adelantado lo que me has hecho. Todo este tiempo me he estado tirando a Sally y es mejor que tú en la cama... —le propinó un empujón que hizo que cayera, con tan mala suerte que se dio un golpe en la cabeza con la acera, perdiendo instantáneamente el conocimiento.

Cuando sus ojos se abrieron con esfuerzo por el dolor, se encontró con Ted, su compañero de la comisaría que vestía de calle en aquel momento, y la sostenía en sus brazos. Su rostro mostraba la preocupación. Al verlo Ted respiró tranquilo tras unos minutos de angustia. Ella parecía confusa sobre lo que había sucedido. No podía creer que Will se hubiera comportado de esa forma tan fiera, creía que él la amaba y que la perdonaría. Por el contrario se había mostrado frente a ella de una forma que demostraba que siempre la había estado engañando.

—¿Jane? —la llamó Ted.

—Sí... —contestó con esfuerzo.

—¿Te encuentras bien?

—Will... —buscó con sus ojos alrededor.

—Está en mi coche, esposado.

—¿Qué va a pasarle? —preguntó preocupada.

—Acabo de llamar al Sheriff para que venga a recogerlo...

—Jack lo matará... —dijo intentando incorporarse.

—Tranquilízate —intentó calmarla—. El jefe sabe hacer su trabajo.

—No lo entiendes...

—Debes tranquilizarte, por favor —le rogó antes de levantar la vista hacia un vehículo que se acercaba a toda velocidad—. Ya ha llegado —dijo indicando el coche.

—Dile que estoy bien, que no le haga nada.

—El Jefe nunca pierde los papeles —aseguró mientras la dejaba sentada en la cera para acercarse al coche patrulla en el que llegaba el Sheriff.

Jack salió del vehículo con el corazón acelerado y amenazando con explotar su pecho. Cuando había recibido la llamada de su hombre estaba en la comisaría revisando el caso del crimen. Ted solo le había dicho que Jane había sido agredida en la calle y poco más. Según iba aproximándose vio a Jane sentada en la acera con ojos asustados. En su labio tenía restos de sangre seca y un ojo morado que amenazaba con ponerse verde con el tiempo. Estaba a punto de acercarse a ella cuando vio a Ted.

—¿Qué ha pasado?

—Hoy vine a cenar con mi novia...

Le cortó con un gesto de mano:

—Al grano Ted...

—Estaba sentado a pocas mesas de la de Jane, que estaba con ese novio suyo de Dallas, cuando de pronto ese tipo se puso a chillar y sus movimientos eran agresivos. La cogió del brazo y la sacó casi a rastras del restaurante. Me preocupé y decidí seguirle a cierta distancia y cuando llegué ese cerdo la estaba dando una paliza. Le inmovilicé y luego le llamé a usted.

—¿Dónde está él? —preguntó con voz apagada por la furia. Quería romperle la cara a ese cerdo por haber maltratado a la mujer que amaba, pero la mirada de miedo que le dedicó su hombre le hizo reaccionar a tiempo y respiró varias veces para controlarse— Llévalo a la comisaría y mételo en el calabozo. Yo llevaré a Jane al hospital.

—De acuerdo, Jefe. Pero ella no quiere ir.

—Irá.

—Es una mujer muy cabezona.

—Yo la convenceré.

—Eso espero.

Caminó lentamente hasta ella con miedo. Observó su cara magullada reviviendo todas las palizas que su padre le había propinado a su madre durante años y no pudo evitar cerrar los dedos en un puño, deseando volverse al coche donde estaba aquel cerdo. Finalmente, llegó hasta ella y se agachó a su lado para quedar a su altura antes de hablar con voz ronca.

Lo único que deseaba saber era si estaba bien y poder abrazarla, pero no lo hizo. Jane le había rechazado muchas veces en los últimos días y no se sentía con fuerzas para uno nuevo.

—Jane, ¿cómo te encuentras?

—Solo me duele algo una costilla y el ojo, pero estoy bien.

—¿Por qué te hizo esto? —le preguntó con voz estrangulada.

—Jack, no quiero hablar de eso —le contestó apartando la mirada.

Vio la resolución en su mirada y no quiso insistir, ya habría tiempo para eso.

—Vamos —dijo ayudándola a levantarse—, te llevaré al hospital.

—¡No! Estoy bien, te lo juro.

—Me da igual que me lo jures mil veces. Tienen que hacerte un reconocimiento.

—Pero...

—No voy a discutir contigo sobre esto.

—No puedes obligarme.

—No seas cabezota. Por una vez hazme caso, por favor —le rogó.

—Está bien —cedió finalmente cansada—. Iré. Pero te aseguro que estoy bien.

—Eso lo tendrá que decir el médico.

—Como quieras.

En el Hospital tuvo que rellenar los papeles de ingreso en el mostrador, consiguiendo que su poca paciencia se agotase. A Jane ya le hacían pruebas y desinfectaban sus heridas. Rezaba porque aquel tipo no hubiera roto ni un solo hueso de su cuerpo, si no tendría que matarlo.

Mientras esperaba al médico para hablar con él decidió llamar a Dan para informarle de lo

sucedido. Su amigo no salía de su asombro cuando le relató lo sucedido. Un cuarto de hora después llegó a la sala de esperas junto a una llorosa Darlene.

—No puedo creer que esto esté pasando — los ojos de Darlene volvieron a estar anegados en lágrimas.

Jack simplemente pudo abrazarla, con la garganta atenazada antes de hablar: —No te preocupes, estoy seguro de que está bien. Solo son unos rasguños —eso esperaba.

—Aún no puedo creer que Will le diera una paliza a mi hermana. ¿Por qué?

La apartó para poder ver su rostro: —Darlene, no lo sé. Aún no pude hablar con ella sobre eso. La están haciendo pruebas.

—¡Mi pobre Jane! —se lamentó su hermana.

—Debes tranquilizarte. Así no puedes ayudarla.

—Cuando le ponga la mano encima a ese tipo lo voy a matar —intervino Dan con ira.

—Ponte a la cola, amigo —le contestó el otro con el mismo gesto en su rostro.

Poco después llegó el médico que se hacía cargo del caso de Jane. En una mano llevaba una carpeta azul con el logo del hospital. Al ver los tres pares de ojos fijos en él supo que se trataba de los familiares de la joven. No pudo evitar mirar ceñudo a Jack cuando se acercó, poco antes le había gritado y comportado con muy malos modos porque no le había dado ninguna información. El Sheriff parecía tener muy mal carácter, aunque en otras ocasiones en las que habían hablado nunca se había comportado así.

—Ya tengo el informe sobre Jane Montgomery.

—Hable, por Dios —le espetó Jack sin poder contenerse.

—Ya hemos realizado todas las pruebas. Presenta traumatismos en brazos, rostro y tórax. Tiene una costilla astillada y una ligera conmoción.

El llanto de Darlene volvió con más virulencia mientras su marido la abrazaba intentando consolarla: —Mi vida, debes calmarte.

El doctor se volvió hacia Jack y habló más bajo para que solo él pudiera escucharle: —Sheriff, aquí tiene el informe para la denuncia.

—Gracias, Lowell. Disculpe lo de antes. Es alguien muy cercano —intentó justificarse.

—Tranquilo joven —contestó—. Lo comprendo. Haga bien su trabajo y que ese tipo pague por lo que hizo. No soporto a los hombres que pegan a las mujeres.

—Yo tampoco. —afirmó con voz acerada.

—¿Podemos verla? —pregunto Darlene más recuperada.

—Sí. La tendré ingresada esta noche en observación. Está en la habitación 201.

Tras despistar a una de las enfermeras, seguros de que no les dejarían entrar a la vez, ingresaron. Ninguno quería esperar para verla. Darlene se quedó parada en medio de la habitación observando su labio roto y su ojo morado y se abalanzó sobre ella para abrazarla y volver a llorar. Jane trataba de consolar a su hermana dándole palmadas en la espalda pensando que estaba demasiado sensible desde el parto. Jack por fin pudo reunir el valor suficiente para hablar. Tenía la garganta cerrada por la emoción. Él también deseaba estrecharla entre sus brazos. De nuevo la idea de romperle la crisma a Will cobró fuerza en su mente. Se acercó hasta la cama y tomó su mano con delicadeza.

Pronunció su nombre con emoción y ella lo notó:

—Jane, sé que no es un buen momento, nunca lo es en estos casos, pero debemos hablar de la

denuncia. Tengo a Will en el calabozo.

—No voy a denunciarle —pronunció tajante.

—Escúchame...

Su voz quedó silenciada con la llegada de los padres de ella. Su madre la miró y por primera vez en su vida se quedó sin habla.

Jack ignoró su presencia y siguió en su empeño: —Tienes que hacerlo, es un mal tratador — insistió furioso, recordando a su madre cuando se negaba a denunciar—. No puedes dejar que él se salga con la suya.

—Sheriff —le interrumpió la voz odiosa de la madre. En aquel momento la miró más furibundo que nunca, ni si quiera le había preguntado a Jane como se encontraba—, Mi hija le acaba de decir que no va a denunciar a nadie.

—¡Cállese! —gritó exaltado. Era la primera vez que se enfrentaba a aquella mujer—. Ese hombre ha pegado una paliza a su hija. ¿No la ve? Debe denunciarle para que no vuelva a maltratar a otra.

—Sheriff, creo que ha perdido la educación —le espetó para concluir entre dientes—. Si es que alguna vez la tuvo.

—Señora...

Con un gesto de mano ésta le cortó: —Mi hija tiene derecho a no denunciar a su novio. Estoy segura de que solo ha sido un mal entendido entre ellos. Will es un buen muchacho...

—¡Mamá! Será mejor que no sigas por ahí —exclamó la voz indignada de Darlene, que se plantó entre ella y Jack—. Dejemos al Sheriff hacer su trabajo y salgamos.

—¡Darlene! Nunca me has hablado de esa forma...

—Pues acostúmbrate —dijo arrastrando a su madre cogida del brazo, Dan las seguía de cerca y su padre hacía lo propio, aún atónito ante lo que acaba de presenciar. Era la primera vez que alguien le cerraba la boca a su mujer y lo disfrutó internamente.

Cuando la puerta se cerró y se quedaron solos, Jane no quería mirarle, atenta a sus manos que reposaban sobre la inmaculada sábana. Jack se sentó en la silla junto a la cama y tomó una de ellas deseando besarla con amor, pero supo que no era conveniente en aquel momento. No quería ponerla más nerviosa de lo que estaba.

Como ella no pensaba hablar, comenzó él:

—Jane, cuéntame que pasó.

—No —intentó liberar su mano, pero él no se lo permitió.

—No olvides que soy el Sheriff. Tengo testigos y hablé con Ted, que tuvo que reducirle. Y tengo el informe médico con el parte de lesiones. Solo quiero que me lo cuentes tú, por favor.

—Está bien —se dio por vencida—. Salimos a cenar para despedirnos y yo decidí ser sincera. Le confesé que le había sido infiel —gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas—. Se volvió loco y me sacó a rastras del restaurante y luego... ya tienes ese informe, ¿no? —concluyó clavando sus ojos azules en él.

No pudo aguantar esa mirada de infinita tristeza y sacó la libreta y el bolígrafo que guardaba en la camisa de su uniforme donde solía anotar los testimonios:

—¿Antes de hoy había sido violento? ¿Te pegaba a menudo?

—Ha sido la primera vez. Siempre ha tenido mal carácter, pero nunca pensé que... —se le

quebró la voz antes de seguir hablando—. Cuando le dije que iba a vivir aquí se encolerizó mucho y discutimos, pero días después hablamos y lo aceptó. Supongo que pensó que cambiaría de opinión y vendería la casa de la abuela Linette para volver a Dallas. Will no es mal hombre —concluyó con voz frágil.

—Tienes que denunciarle, por favor —le pidió con ojos vidriosos—. Por mucho que le ames —dolía pronunciar aquellas palabras.

—Jack, no pienso hacerlo —sentenció tajante.

—Si Linette levantara la cabeza, la decepcionarías —le indicó hiriente intentando que reaccionara.

—Eso es juego sucio —le recriminó.

—¿Tanto le quieres? —el dolor de sus ojos la impactó. Supo en aquel preciso instante que nunca había amado a Will porque solo había amado a un solo hombre en toda su vida y estaba frente a ella.

Aun así mintió, asustada por lo que sentía y temiendo sufrir de nuevo: —Quiero a Will.

—Hazlo por lo que alguna vez tuvimos —le rogó desesperado.

—No...

De nuevo tomó su mano a pesar de su resistencia: —Jane, mi madre nunca denunció a mi padre cuando le pegaba palizas. Nunca conseguí que lo hiciera y eso aún me atormenta —le confesó.

Jane sintió que su corazón se detenía. Todo lo sucedido había despertado un antiguo dolor en Jack:

—Lo haré, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó esperanzado.

—No quiero que le hagas daño...

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque te conozco —contestó apretando ahora ella su mano.

—Trasladaré el caso a Dallas. Pero de momento habrá una orden de alejamiento.

—¿De momento? —preguntó sin comprender.

—Habrá un juicio...

—Un juicio arruinaría su carrera. Tengo miedo —confesó.

—Jane, no estás sola. Me tienes a mí.

—Jack... —casi cerró los ojos tras decir su nombre.

—Descansa Jane, yo me ocuparé de todo. Siempre estaré contigo —esperó a que se durmiera y antes de salir besó con dulzura su frente.

Los agentes que trasladarían al acusado a Dallas llegaron a primera hora de la mañana. Jack bajó hasta la celda donde se encontraba Will para firmar los papeles y porque deseaba verle por última vez. Cuando uno de sus hombres abrió la puerta y este salió esposado sus ojos se encontraron. Aquel cerdo maltratador le miró con rencor pintado en los ojos antes de dirigirse a él.

—Fuiste tú, ¿verdad? —le gritó furioso mientras le sujetaban.

Jack no pudo evitar disfrutar al ver la rabia que se reflejaba en su rostro. Incluso sonrió antes de contestarle: —Will, veo que eres muy perspicaz.

—Lo tenía que haber supuesto —dijo rechinando los dientes—. Es una maldita puta que se acuesta con su jefe...

Jack deseaba romperle la cara por lo que decía y por lo que había hecho: —Eres un cabrón... —dijo intentando pegarle, pero sus hombres se lo impidieron.

Cuando se serenó lo suficiente se deshizo del agarre de los agentes, alisando sus ropas antes de hablar:

—Lleváoslo cuanto antes —y se giró en dirección a las escaleras.

Ya en su despacho se sentó frente a su escritorio dando un puñetazo en el mismo con frustración. Notaba aun la tensión en su cuerpo. Solo podía pensar en lo que aquel cerdo le había hecho a Jane la noche anterior, renovando sus ganas de matarle.

Para colmo se sentía culpable por haber discutido con ella sobre aquel asunto, induciéndola a confesar a su novio lo sucedido entre ellos. Intentó convencerse de que solo se debía a los recuerdos que lo sucedido había despertado en él, no porque aún la amara. Solo la deseaba, era simplemente sexo y pasión, ya no había amor entre ellos.

Escondido en un callejón frente la comisaría observó cómo trasladaban a ese tipo en un coche policial. Mark, el dueño de la farmacia, le había comentado que el Sheriff Abott había transferido el caso a Dallas. Jack era un maldito cobarde. Si él hubiera estado en su lugar le habría matado antes de que ese cerdo le pusiera una sola mano encima a su Jane.

Llevaba años esperando el regreso de la mujer que amaba. Desde que Jane había vuelto se sentía rejuvenecer solo con verla furtivamente, escondido en alguna esquina fuera de su vista. Pero antes de conseguir lo que llevaba una vida ansiando tenía que resolver algunos problemas. Debía seguir el plan que llevaba años obsesionándole.

Mataría a cada una de sus amigas por reírse de él años atrás, “la venganza es un plato que se debe servir frío” le había dicho mil veces su abuelo. Ellas no se habían percatado de su presencia aquella tarde, cuando habían estado hablando de él y se habían reído a su costa. Pero antes debía encargarse de ese cerdo que había herido a *su mujer*.

El Sheriff era otro asunto, no tenía muy claro que hacer con él. No le gustaba que pasara tanto tiempo con Jane, pero era bien conocido por todos que desde la aparición de ésta en el pueblo no hacían otra cosa más que discutir. Se llevaban a matar.

La mañana que le dieron el alta a Jane, en el hospital apareció su hermana a recogerla. Insistió infatigablemente para que se quedara unos días en su casa, hasta que se recuperase. Finalmente, a pesar de ser reacia, aceptó. Darlene le indicó, a modo de amenaza, que si insistía en quedarse sola en su casa su madre iría a pasar una larga temporada con ella para cuidarla. Eso fue lo que la convenció.

Ya en el coche y sintiendo el cuerpo dolorido volvió a protestar:

—No sé por qué te hago caso. Igualmente mamá irá a tu casa y tendré que aguantar sus reproches...

Su hermana cortó sus protestas:

—Jane, estos días no aparecerá. Ayer discutimos y se fue muy enfadada.

—Me has engañado —la recriminó.

—Para ya con tu mal humor.

—¿Por qué discutiste con ella? —preguntó girándose levemente para estudiar el rostro de Darlene.

—Cada día aguanto menos su forma de pensar. Es lamentable que se negara a que denunciaras a Will solo por lo que diría la gente.

—Ya sabes cómo es... —contestó con una leve sonrisa.

—No es excusa —la rabia de su hermana la sorprendió—. Como tu madre, tendría que pensar en ti, no en lo que diga la gente. Por cierto, me llamó Derek ayer. Está de viaje en Dallas, está muy preocupado por lo sucedido.

—Sois unos exagerados, como el Sheriff...

—Nunca había visto a Jack comportarse así. Daba miedo.

—Es el Sheriff. Es su trabajo atemorizar —intentó quitarle importancia.

—Sabes que no es por eso. Aún te ama.

—No digas tonterías.

—No lo son. Lo vi la otra noche en su mirada, mientras esperaba que saliera el médico para decirle como estabas. Estaba muy preocupado. Mi amiga Tracy es la enfermera de guardia y me han contado que tuvo unas palabras con el médico.

—Darlene —apartó la mirada en dirección a la ventanilla del vehículo—, hace poco hablamos y me dijo que lo que había pasado aquel día solo había sido sexo.

—Te mintió.

—Por Dios. No insistas...

—Jane, es normal que te mintiera. Estaba celoso por la llegada de Will. Creo que lleva mucho tiempo esperándote...

—Eres una ingenua —se burló—. Ves demasiada comedia romántica.

—Si quieres mentirme a ti misma, no hay problema —concluyó mientras aparcaba frente a la casa. La niñera que se había hecho cargo de los pequeños salió a su encuentro con la intención de ayudar.

No volvieron a sacar el tema mientras tomaban un café en el salón ni mientras veían la televisión. Ambas estaban silenciosas y recelosas la una con la otra. Jane pensó que era la primera vez que discutían desde que eran unas adolescentes. En ese momento el timbre de la puerta sonó.

Darlene se levantó con premura, por miedo a que el sonido despertara a los pequeños que dormían en el piso superior:

—¿Quién será a estas horas?

—No lo sé, pero no me apetece ver a nadie.

—Lo siento —se disculpó mientras salía de la sala.

Al abrir la puerta Darlene se encontró frente a Izan Connor que llevaba un enorme ramo de rosas rojas en sus brazos. Cuando la saludó le miró admirada por lo atractivo que era. Divertida, pensó en los hombres que rondaban últimamente a su hermana pequeña.

—Connor, que sorpresa. Pasa, por favor —dijo dándole paso libre al interior.

—Gracias.

—Es increíble lo rápido que corren las noticias en este pueblo.

—Me lo contó Stella —justificó algo avergonzado—. ¿Cómo está?

—Bien, dentro de lo que cabe. Está en el salón —dijo indicando el camino.

—Gracias de nuevo —le agradeció entrando tras ella. Su mirada se volvió acero al ver las marcas en el rostro de Jane que delataban la violencia con que la había tratado Will.

—Izan... —exclamó Jane con asombro al verle allí.

—Hola, preciosa —la saludó mientras se acercaba al sillón que ella ocupaba—. Te traje unas rosas que rivalizan con tu belleza.

—Son preciosas —dijo cogiendo las flores y deleitándose con su hermosura—, pero no tenías que haberte molestado.

—No es molestia. Estaba deseando verte y saber que estabas bien —con temor se sentó a su lado y tomó su mano.

—Izan. Estoy bien, de verdad.

—¿Seguro? —preguntó desconfiado.

—Tanto es así que mañana voy a ir a trabajar...

—Señorita Montgomery, ni se le ocurra aparecer mañana en la comisaría —la voz grave de Jack sobresaltó a todos los presentes, interrumpiendo sus palabras. Se encontraba en el umbral de entrada al salón observando cómo Izan tomaba la mano de Jane.

Darlene le miraba con la mano en el pecho aún.

—Jack, vaya susto nos has dado.

—Deberías dejar la puerta bien cerrada —le aconsejó.

—Tienes razón... —contestó algo avergonzada. Un llanto de bebé se escuchó en la parte superior—. Voy a ver cómo están los niños —se excusó con todos camino de la escalera.

Los tres se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que Jack lo rompió acercándose a ellos: —Solo vine a comprobar que estabas bien. No quiero interrumpir —se disculpó mirando a Izan.

—Sheriff, no hay problema —le contestó amigablemente.

—Jane, también traigo unos papeles para que los firmes.

—Mañana los firmaré en la oficina —contestó sin mirarle.

—No quiero verte en la oficina en un par de días ¿Entendido? —le dijo con frialdad.

—Está bien —concedió finalmente dándose por vencida y firmando los papeles.

—Jane —dijo Jack recogiendo los papeles de sus manos—. Nos vemos en dos días —se despidió escuetamente desapareciendo por la puerta por donde había aparecido poco antes.

Jack subió a su coche dando un portazo frustrado. No le había gustado encontrarse con Izan y su ramo de rosas para Jane, pero él no tenía ningún derecho sobre aquella mujer, se repitió. Ella se lo había dejado muy claro desde el principio. La maldijo porque aún la amaba, por mucho que lo quisiera negar. Pero ella ya no le quería. Lo único que había entre ellos era una tortuosa pasión

que los devoraba. Debía mantenerse alejado de ella por el bien de su propio corazón.

Izan se quedó una hora más en la casa, intentando seducirla como era su costumbre. Jane por su parte no hacía más que pensar en la frialdad de la visita de Jack. ¿Pero qué esperaba? Él nunca la había amado como ella le amaba a él. Su hermana era una ilusa y no se enteraba de nada. La visita solo duró diez minutos más. Izan era consciente de que Jane estaba cansada y no quería molestarla más de lo necesario.

Su hermana cerró la puerta tras su marcha, como le había aconsejado Jack, y volvió al salón donde vio el ramo de preciosas rosas olvidado sobre una mesa. Lo cogió en sus manos y las olió extasiada por su aroma:

—¿No vas a ponerlas en agua?

Jane salió de sus pensamientos y la miró:

—Sí, se me había olvidado.

—Parece que tienes demasiados admiradores en este pueblo —comentó con humor.

—Jack no parecía un admirador.

—Quizás se ha puesto celoso.

—No empieces de nuevo —la espetó mientras tomaba el ramo de sus manos en dirección a la cocina.

—Pero... —la siguió por el pasillo.

Jane ignoró a su hermana mientras colocaba la flores en un jarrón: —¿Cómo están esos dos angelitos?

La ceja de su hermana se elevó mientras preguntaba:

—¿Cambiando de tema?

—Es evidente —contestó cerrando el grifo.

—Te dejo tranquila... de momento.

—Empiezas a parecerme a mamá.

—¡Jane! Te estás pasando.

—Era solo una broma.

—Con mamá no se bromea. Y mucho menos si encuentras parecidos entre nosotras más allá de lo físico —ambas se miraron antes de reír a carcajadas.

Jack colgó el teléfono frustrado. Había pasado un mes desde la muerte de Gabrielle y tras la llamada recibida, desde el despacho de los jefazos, debía retirar la protección al grupo de amigas de Jane. Según ellos, no merecía la pena seguir gastando dinero del contribuyente cuando no había vuelto a suceder nada y no había ninguna prueba.

Por más noches en vela que había pasado y tras revisar las pruebas mil veces no había encontrado nada. Ni una mísera huella en la foto que había aparecido en la casa de Jane.

Para colmo estaba lo sucedido con Will y la mala relación que mantenía con Jane, que estaba a punto de explotar. Necesitaba desconectar de todo y de todos y solo lo lograría con trabajo físico. Se puso unos desgastados vaqueros cortos y preparó las herramientas necesarias para cortar el césped y la maleza que asolaban la finca, ya que en las últimas semanas no se había ocupado de eso.

Estaba cortando la hiedra de la pared que separaba su propiedad de la de Jane cuando la descubrió tumbada cómodamente en una hamaca. El movimiento de las tijeras de podar se quedó

suspendido en el aire. Notó la temperatura de su cuerpo subir y no era para menos, aquella mujer tenía un cuerpo escultural que le hizo sudar como a un adolescente. Su piel bronceada estaba ligeramente dorada por la crema y el pequeño bikini rojo dejaba poco a la imaginación.

Llevaba mucho tiempo intentando sacarla de su cabeza. En el trabajo procuraba tratarla con frialdad, ignorarla, pero en aquel momento le era imposible. Su cuerpo no respondía a sus órdenes y se moría de ganas de tocarla. Todos sus pensamientos se bloquearon cuando escuchó el sonido de su móvil a través del bolsillo de su pantalón. Maldijo cien veces cuando ella se levantó de un salto del lugar que ocupaba, asustada por el sonido. Cuando buscó el lugar del que provenía el sonido le vio y se acercó hasta la pared furibunda. Jack pensaba aceleradamente que decir, ignorando el sonido delator.

—¿Qué demonios haces espiándome? —le echó en cara—. Me has dado un susto de muerte.

—No te espiaba —contestó con cara de pocos amigos—. Solo estaba cortando la hiedra de la pared.

—Como quieras —aceptó su pobre excusa—. Ahora, si no te importa, me gustaría disfrutar de mi día libre sin tener que verte. —tras soltar la última sílaba se volvió en dirección a la tumbona.

¿Quién se creía esa mujer para tratarle como a un pelele?

—No me hables así —le gritó desde el otro lado de la pared que los separaba.

Jane detuvo sus pasos y volvió junto a él más enfadada de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo: —¿Qué no te hable así? —espetó con las manos en la cintura—. ¿O si no qué? ¿Me vas a detener?

Los ojos de Jack cargados de ira, se clavaron en ella: —Te crees muy valiente, ¿verdad? —preguntó con voz acerada. Acto seguido saltó el alambrado como un gamo y se plantó frente a ella —. Veremos qué tan valiente eres en las distancias cortas.

Jane retrocedió insegura, caminando de espaldas en dirección a la hamaca:

—Sheriff, está invadiendo propiedad privada.

El avanzaba de frente hacía ella:

—Jane, sabes tan bien como yo que me estabas retando.

—Deja de decir tonterías... —se detuvo cuando notó la tumbona en sus pantorrillas, se había quedado sin escapatoria.

Jack atrapó su cintura con facilidad, notando la piel caliente por el sol en sus dedos. Olía a coco por culpa de la crema solar y eso le hizo latir el corazón a mil por hora. La sangre se agolpó en cierta parte de su anatomía. Era un estúpido al intentar negar que la deseaba.

Ella intentó apartarlo poniendo sus manos sobre su pecho, lo cual fue un error porque solo logró encender más la mecha de la pasión.

Jane balbuceó al intentar hablar:

—Jack... ¿Qué... qué pretendes? Creí que habíamos acordado no acercarnos el uno al otro.

—Jane, cállate y no lo estropees.

Le encantaba ver los ojos abiertos de Jane que mostraban la sorpresa y la anticipación. Aunque intentara negarlo, ella también le deseaba. Bajó lentamente su rostro y la besó con toda la

pasión que inundaba sus sentidos. Ella intentó resistirse, pero finalmente cedió a los instintos de su cuerpo y se apretó contra él. Sus pieles semidesnudas se rozaron con deseo mal contenido y parecían no querer separarse.

Jane se dejó llevar por la pasión que la consumía, pero cuando su teléfono empezó a sonar con insistencia pareció despertar de aquel sueño. Al principio no pensaba cogerlo, pero finalmente pensó que podía tratarse de su hermana y se preocupó. Con esfuerzo logró separarse de Jack y llegar hasta la mesa baja donde el teléfono no paraba de sonar. Jack la miraba con ira mal disimulada, intentando tapar con sus manos la parte más afectada de su anatomía.

Con manos temblorosas abrió el teléfono y contestó.

—¿Dígame?... Ted... ya se lo digo yo —su rostro estaba desencajado cuando colgó y se dirigió a él—. Era Ted, me ha pedido que te localizara, ya que somos vecinos...

Jack no deseaba hablar sobre Ted, quería continuar con el juego que habían comenzado:

—¿Qué quiere ahora?

—Es referente a Will —un nudo se le formó en la garganta antes de proseguir—. Hace una semana pagó la fianza y salió en libertad.

—¿Y? —preguntó iracundo. No era el mejor momento para recordar a aquel tipo.

—Ayer apareció muerto en el aparcamiento de su casa.

— ¡Joder! —exclamó frustrado—. Tengo que irme —dijo con nerviosismo, mientras inspeccionaba su móvil poco antes ignorado.

—No me lo puedo creer... —la voz de ella hizo que levantara su mirada. Se abrazaba el cuerpo como si tuviera frío. Jack la miró algo incómodo, pero la abrazó para consolarla.

—Jane, tranquilízate —susurró cerca de su oído.

—¿Puedo ayudar? —preguntó ella.

—Solo puedes ayudarme si sé que estás segura. Vete a casa de Darlene.

—¿Me llamarás? —le rogó con la angustia reflejada en sus ojos azules.

—Cuando pueda iré a verte.

—Voy a vestirme.

Llegó a casa de su hermana y salió del coche como en trance. Jack parecía preocupado pero debía marcharse, le prometió volver en cuanto supiera algo más. Al entrar en la casa su hermana se extrañó de verla allí, pero Jane no le contó lo sucedido con Will para no preocuparla. Darlene la vio rara, pero la visita de su hermana le había venido bien para pedirle que se quedara con los niños mientras ella iba a la compra. Antes de irse le comentó que su madre seguía enfadada con ella por haber denunciado a Will. Para Jane era un descanso porque así no tenía que ir a comer los domingos y su madre no podría decirle todo lo que hacía mal. Con la perspectiva de la distancia se dio cuenta de que su madre siempre estaba juzgando su comportamiento, pero no parecía preocuparle por cómo se sentía y eso dolía.

Una hora después, como había prometido, llegó Jack con cara de pocos amigos. Entró en el salón bruscamente, sobresaltándola, pero cuando vio a los niños dormidos en sus cunitas su gesto se suavizó. Se acercó con sigilo hasta ellos para poder verlos y disfrutarlos. No sabía por qué, pero esos bebés le inspiraban una ternura que nunca creyó tener en su interior.

Tras unos segundos se giró para hablar con Jane, su gesto de nuevo denotaba enfado:

—Deberías cerrar bien la puerta.

—Lo siento —se disculpó sintiéndose culpable.

—Cada vez están más grandes —comentó observando de nuevo a los niños.

—Es lo normal en los bebés —comentó con humor al ver la cara de ternura de él.

—Supongo. Apenas recuerdo cuando Cole era pequeño.

—Los hombres no entendéis de estas cosas... —en ese momento su sobrina se puso a llorar y segundos después su hermano. Jane intentó calmarlos a ambos a la vez, cosa que le fue imposible. No podía tomar a los dos en brazos a la vez.

—Déjamela —dijo Jack cogiendo con delicadeza a la pequeña Linette en sus brazos. La acunó con amor hasta que se calmó mientras Jane hacía lo mismo con Daniel—. Yo sé tratarlos —comentó mirándola con una sonrisa orgullosa.

—Ya veo —replicó Jane dejando a su vez al pequeño en su cuna—. Lo que pasa es que tienes enamorada a mi sobrina.

—¿A la tía no? —preguntó sin apartar la mirada de su rostro.

Jane torció el gesto: —Creí que estábamos intentando llevarnos bien.

—Lo sé...

—¿Qué pasó con Will?

Estaba claro que quería cambiar de tema:

—Ha sido un asesinato.

—¿Quién pudo matarlo? —cuestionó con angustia sin entender nada de lo que sucedía.

—No lo sé. Pero está claro que quien lo hizo tenía algo personal contra él. Le dieron veinte puñaladas.

—¡Dios mío! —exclamó tocándose las mejillas asustada—. Esto es una pesadilla de la que no puedo despertar.

—No tiene que ver contigo.

—¿Estás seguro?

No podía mentirla:

—No del todo. Aún tengo que investigar algunas cosas —estaba seguro que todo estaba relacionado con ella, pero no quería asustarla más de lo que estaba.

Jane se abrazó a sí misma al sentir un escalofrío en su piel. Jack la atrajo hacia él y ella se dejó hacer agradeciendo su fuerza y calor, se había vuelto una costumbre:

—Jane, no permitiré que te pase nada malo.

—Creí que no te importaba —le recriminó.

—Me importas —dijo separándola de él, necesitaba mantener la mente fría en aquel asunto y abrazándola no lo lograba—. Eres ciudadana de este pueblo y yo el Sheriff. Es mi deber.

—Claro —contestó defraudada y apartándose de él—. Supongo que tendrás que volver a la comisaría.

—Sí, tengo trabajo.

—Gracias.

Le daba la espalda. Quedaba claro que su comentario le había dañado, pero no podía pensar en ellos en aquel momento. Un presentimiento le decía que ella estaba en peligro y tenía que estar despejado para poder protegerla:

—Cierra bien la puerta cuando salga.

—A sus órdenes, Sheriff.

Durante el resto del día Jack estuvo revisando los dos informes en busca de una conexión entre ambos. Frustrado cerró las carpetas a última hora de la tarde, tras horas de exhaustivo trabajo no había encontrado nada. Salió de la oficina con la cabeza cargada y el estómago vacío. Solo había comido un sándwich de jamón y unos cuantos cafés. Estaba deseando llegar a casa y cenar algo que lo reconfortara.

Al llegar a la entrada se percató de que había un coche que no reconocía. Se llevó una gran sorpresa al encontrarse en la puerta a Cole junto a una bella mujer de pelo rubio y grandes ojos que le miraba con aprensión. No recordaba que su hermano le hubiera hablado de ninguna mujer la última vez, pero tampoco sabía que iba a ir a visitarlo.

Le dio un gran abrazo antes de preguntar:

—Cole, ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a mi hermano —vio el rostro cansado de Jack y se preocupó—. Parece que no te alegras.

—Claro que sí —dijo sonriendo y sin apartar la mirada de la joven—. No me has llamado para avisarme.

—Lo siento, quería darte una sorpresa.

—Y me la has dado. ¿Y quién es esta bella mujer?

—Mi futura esposa, Emma.

Cerró la boca temiendo parecer un estúpido tras la confesión de su hermano. Finalmente,

reaccionó abrazándole de nuevo y besando la mano de Emma:

—Enhorabuena a los dos.

—Si no te importa —dijo su hermano recogiendo las maletas—, estamos cansados de esperarte. ¿Dónde estabas?

—En la oficina revisando un caso importante —no quería hablar delante de su futura cuñada.

—Entiendo —contestó Cole.

Poco después tomaban una copa de vino mientras Emma se duchaba. Cole observaba la casa de su hermano. Nunca había estado allí y le pareció un hogar. Se acercó a la chimenea y vio la foto de su hermano con Jane, parecían tan enamorados en ella. Siempre lo había sospechado pero esa imagen era la confirmación de un pasado oculto. En ese momento entró su hermano al salón y se acercó a él.

—Lo sabía —exclamó girándose para encarar a su hermano.

Jack le miró sin comprender: —¿Qué?

—Que la mujer misteriosa por la que sufrías era Jane.

Su rostro se ensombreció antes de contestar:

—Eso era antes.

—No te engañes a ti mismo —dijo Cole con sabiduría—. Si eso fuera así esta foto no estaría aquí.

—¿Y tú? —se defendió con otra pregunta—. No me habías dicho nada de que estuvieras enamorado.

—Solo surgió —comentó Cole escuetamente—. Llevamos juntos poco tiempo.

—¿Por qué no me contaste nada de ella? —preguntó sin comprender.

—Tenía miedo de decírtelo.

Ahora lo entendía menos:

—No me voy a meter en tu vida. ¿Tiene algo de malo Emma?

Cole no se anduvo con florituras: —Es la hija de la mujer que mató al viejo.

—¿Cómo? —preguntó quedándose blanco y mirando con incredulidad a su hermano.

—Nos conocimos por casualidad —le explicó—, y me enamoré de ella. Eso es todo.

Jack reaccionó finalmente y le abrazó con cariño:

—Me alegro de que puedas estar con la mujer que amas. Eres muy afortunado.

—Tú también podrías tener a la mujer que amas.

—Cole, todo es demasiado complicado.

—No entiendo qué problema hay ahora que ella está aquí.

—Hay dos asesinatos de por medio. Creo que ese tipo va detrás de Jane.

Jack se quedó unos segundos callado, pensando de nuevo en el caso. Hasta que la voz de su hermano le sobresaltó.

—Cuéntamelo de una vez.

Finalmente le explicó todo lo sucedido desde la llegada de Jane al pueblo. Cole escuchaba atentamente sin salir de su asombro por lo relatado, pero su hermano se calló de repente cuando llegó una tímida Emma. Parecía incomoda ante Jack. Éste, para sorpresa de la chica, se acercó hasta ella con una sonrisa en los labios antes de hablar.

—Emma, bienvenida a la familia. Cole me ha contado todo —al ver el temor reflejado en sus ojos prosiguió para tranquilizarla—. Si él te quiere yo también lo haré.

—Gracias —Contestó la joven con voz estrangulada por la emoción.

—No tienes que darlas. Uno no elige por completo su destino. Solo lucha por superarlo si es malo.

—Entiendo a lo que te refieres —dijo con comprensión.

—Dejémonos de charla y danos algo de comer —comentó Cole tomando la cintura de su novia.

—Tendréis que conformaros con lo que hay en el congelador —respondió algo avergonzado.

Durante la siguiente semana Jack intentó convencer a los jefes de que esas mujeres necesitaban vigilancia tras lo sucedido con Will. Ellos argumentaron que no había ninguna prueba de que los dos casos tuvieran relación. No sabían si se trataba de un asesino en serie.

Al colgar el auricular se sintió frustrado y desalentado. Estaba seguro de que aquel psicópata se encontraba cerca y conocía demasiado bien las costumbres de aquel grupo de amigas, pero estaba más que claro que su principal objetivo era Jane. Lo malo era que no tenía pruebas, solo conjeturas y no sabía de dónde tirar para seguir investigando y aquello le frustraba.

La semana fue dura para Jane en la comisaría y apenas vio a Jack, ocupado como estaba con los casos de asesinato. No salía del despacho ni para comer y a Jane empezaba a preocuparle su obsesión. Respiró con la llegada del sábado.

La mañana la dedicó a la casa, que últimamente estaba descuidada, y la tarde pasó volando en la de su hermana disfrutando de los pequeños. Regresó al anochecer a su hogar y cenó un sencillo sándwich vegetal. Estaba concentrada viendo una película en la televisión cuando unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

Un temor nació en su interior y con paso lento fue hacia la puerta que abrió con precaución y sin quitar la cadena de seguridad.

—¿Izan? ¿Qué haces aquí?

Confiada quitó la cadena y abrió por completo la hoja. Él la sonreía.

—Buenas noches, preciosa. Vine a buscarte para tomar una copa.

—Es un poco tarde... —intentó excusarse, no le apetecía salir.

Izan cruzó sus brazos sobre el pecho, esperando de ante mano sus excusas: —Jane, no hables como una abuela.

—Pero... —tapó su protesta con un dedo sobre sus labios.

—Prohibido negarse. Eres una mujer joven.

—No creo que sea una buena idea.

—Solo como amigos. Vístete.

Finalmente Jane se dio por vencida y subió a cambiarse. Se puso unos vaqueros ajustados con unas sandalias de cuero marrón y lo completó con una ligera camiseta de tirantes de color rosa que acentuaba su moreno. Cuando bajó, Izan le silbó con aprecio y ambos subieron al coche.

Tras una hora bailando en la pista decidieron ir a la barra a pedir algo de beber. Jane pidió un refresco, pero Izan insistió en que ya era mayorcita para tomar algo más completo. Jane se lo estaba pasando bien a pesar de su renuencia inicial. Se tomó el combinado de sabor dulce con avidez, por culpa del calor del baile y poco después estaba pidiendo otro cuando se encontró en la barra con su antigua amiga Noelle. Ambas se abrazaron efusivamente. Hacía tanto tiempo que no se veían y estaban emocionadas.

Su amiga se apartó y la contempló durante unos instantes:

—Jane, estas tan preciosa como siempre.

—Noelle, tu sí que estas guapísima. Siento no haber ido antes a verte —se disculpó algo avergonzada—, pero han pasado demasiadas cosas.

—Lo sé —dijo mirándola con entendimiento.

Jane volvió a hablar tras unos segundos de silencio:

—¿Qué tal Eric?

—Es agua pasada. Nos casamos y al año ya no nos aguantábamos.

—Lo siento, he sido indiscreta.

—No seas tonta. Son cosas que pasan. Hace mucho que no hablamos.

—Después de lo de Gabrielle deberíamos quedar todas.

—Fue tan triste.

—Sí —contestó Jane con congoja.

—¿Has venido sola?

—No. Izan que me ha sacado de casa a rastras.

Noelle sonrió:

—Izan es así.

—Eso parece.

—Bueno, cielo, me tengo que ir. Estoy con unos amigos.

—Te llamo —le prometió tras volver a abrazarse.

—Cuando quieras. Pásalo bien, Jane.

Estaba de nuevo bailando con Izan cuando sus ojos se encontraron con unos que conocía demasiado bien. Jack parecía querer ignorarla y eso la molestó y más cuando vio a la rubia de cuerpo perfecto que le cogía del brazo posesivamente. Izan dirigió su mirada hacia aquel punto y sonrió al ver lo roja que se había puesto Jane al verse descubierta espiando a Jack.

—No me digas que estás espiando al Jefe —comentó con humor.

—Izan —le increpó molesta—. No seas tonto. Bastante tengo que aguantarle ya en la oficina.

—La gente comenta que os lleváis a matar.

—Así es. No podemos estar un día entero sin discutir —comentó malhumorada.

—Es raro.

—¿El qué? —no pudo evitar preguntar, aunque ahora se mordía la lengua.

—Que venga con una mujer. Se comenta que nunca ha salido con nadie desde que llegó.

—¿Quién es ella? —de nuevo su lengua se había adelantado.

—No la conozco, supongo que será de la ciudad. Si fuera de la zona yo la conocería.

—Modestia es tu segundo nombre, ¿verdad?

—Anda, deja de hablar de tu jefe. Vamos a bailar y quemar la noche.

—Por supuesto —aceptó, no sin antes echar una última mirada a la rubia.

Jack maldijo para sí cuando los vio dirigirse a la pista de baile. No esperaba encontrarse con Jane aquella noche y menos con Izan. Él no quería haber salido, tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero la llamada de una compañera de trabajo de Cole le había obligado con su insistencia.

Se habían conocido el año anterior y parecían llevarse bien. Marian era una mujer exitosa y una reputada abogada. Al parecer estaba de vacaciones y por eso le había llamado esa tarde. Pasaría la noche allí antes de dirigirse a Washington, de donde era su familia. Al principio intentó

negarse, pero finalmente se lo pensó mejor y aceptó su proposición. Quizás eso le ayudara a olvidarse de Jane. Marian era una mujer espectacular tanto en lo físico como en lo mental, y parecía interesada en él.

Pasó toda la noche intentando evitar a Jane y a su acompañante. Parecían divertirse juntos y eso empeoró su estado de humor. Su cita se convirtió en un fracaso porque estaba celoso y no estaba centrado en Marian, que parecía aburrida. Frustrado se encaminó a la barra para pedir unos combinados cuando se acercó Izan con una gran sonrisa.

—Abott —dijo palpando su espalda con familiaridad—. Hacía tiempo que no coincidíamos.

—No salgo demasiado —contestó a regañadientes.

—¿Quién es tu acompañante? Es preciosa.

—Es una amiga —contestó escuetamente.

—¿De dónde ha salido?

—Es abogada en Dallas.

—¡Abogada! Vaya, parece la mujer perfecta.

Jack tomó las copas que el camarero plantó frente a él para marcharse. No deseaba escuchar más su palabrería:

—Perdón, pero me está esperando.

—A mí también —dijo con orgullo—. Por fin conseguí sacar de casa a Jane. Esa mujer es muy cabezota.

—Lo sé.

—No os lleváis demasiado bien, ¿verdad?

—Es una realidad demasiado evidente. Nos vemos.

—Hasta luego. Que tengas suerte con la rubia.

—Eso espero. —no podía desearle lo mismo.

Al llegar a casa Jane se sintió mareada por culpa del alcohol ingerido. Todo gracias a Izan y esos deliciosos combinados a los que no pudo resistirse. Ahora se encontraba fatal. No podía negar que se lo había pasado muy bien con él. Le daba la sensación que había pasado un siglo desde la última vez que salió. Pero al ver a Jack con aquella mujer despampanante no pudo evitar sentirse celosa.

Al llegar a la puerta de su casa Izan la besó con ardor, pero se decepcionó al no sentir nada con sus caricias. Tras cerrar la puerta a su espalda se enfureció al percatarse de que nunca podría luchar con lo que sentía su corazón por Jack. Tal vez había llegado el momento de ceder a lo que sentía, quizás debía intentar luchar por Jack.

Meneó la cabeza queriendo despejarse. Era una locura. Esa misma noche él había salido con aquella rubia y estaba segura de que en aquel momento se lo estaría pasando de lujo. Resuelta caminó hasta el baño donde se dio una prolongada ducha con agua templada, intentando despejar su mente antes de acostarse.

Tras secarse el pelo y ponerse un camión corto de tirantes finos y color blanco, se dirigió a la cocina para beber algo fresco. Pero detuvo su paso al escuchar el timbre. Se tensó como una cuerda, asustada. Cuando fue capaz de reaccionar se acercó hasta la puerta temerosa. Una voz, muy conocida, al otro lado hizo que su corazón volviera a su latido normal.

—Jane, abre. Soy yo.

Al seguir su orden se encontró con Jack más sexy que nunca. Su camisa azul cielo estaba abierta hasta la mitad de su pecho y su pelo oscuro estaba húmedo. Tragó saliva inconscientemente:

—¿Qué quieres? —preguntó sin abrir la puerta del todo.

—Vine a verte —contestó apoyado sobre la jamba de la puerta.

No, gritó Jane en su interior. No quería verle en aquel momento, con los sentimientos alterados por sus pensamientos anteriores:

—Es un poco tarde.

—Necesito hablar contigo ahora. ¿Puedo pasar? —insistió.

Conocía demasiado bien a ese hombre como para saber que no cedería. Abrió la puerta por completo para darle acceso:

—Pasa y acabemos con esto de una vez.

La siguió a poca distancia hasta el salón, donde Jane le indicó que se sentara en el sofá, pero el rechazó su ofrecimiento mientras caminaba de un lado a otro nervioso.

—¿Vas a hablar de una vez? —preguntó molesta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Al notar su enojo se acercó hasta ella antes de hablar:

—Jane, ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Estoy cansado de este juego.

Con nerviosismo intentó alejarse unos centímetros de su cercanía y su olor:

—No sé a qué te refieres.

Él volvió a acortar esa misma distancia:

—Lo sabes perfectamente. No te hagas la tonta.

—No te comprendo... —al notar cómo sus manos se apoderaban de sus brazos se calló.

—Desde que te fuiste no he podido sacarte de mi cabeza. Todos estos años has estado ahí. — dijo señalando su pecho— Pero desde que volviste has puesto mi mundo patas arriba.

—No quiero escucharte —dijo de modo infantil e intentando taparse los oídos.

Él no se lo permitió:

—Jane, te sigo queriendo y no lo puedo evitar. Te juro que lo he intentado.

—Yo... —balbuceó ella sin poder hablar temiendo creer en sus palabras. Ella también le amaba a pesar de que había intentado olvidarle. Salió con Will durante meses, había hecho el amor con él, pero sabía que nunca sería como con Jack.

—¿No vas a decir nada? —preguntó frustrado—. He vuelto a hacer el idiota —comentó ante su silencio—. Será mejor que me marche.

Le dio la espalda para dirigirse a la salida, decepcionado una vez más, pero una mano fría le sujetó la muñeca y le retuvo. Con el corazón galopando en su pecho se dio la vuelta despacio y se encontró con los ojos vidriosos de Jane. Vio la emoción en ellos y esperó hasta que ella pudo hablar.

—Yo también te quiero. Nunca te pude olvidar.

—Jane —pronunció su nombre con emoción—. *Mi dulce Jane*. Llevo tantos años esperando volver escuchar esas palabras salir de tus labios —no pudo contenerse más y la besó con todo el amor atesorado durante lo que le pareció una vida.

Cuando se separaron Jane apoyó la frente sobre su pecho: —Hemos sido unos estúpidos.

—Lo sé —le dijo Jack levantando su rostro para que se encontrara con el suyo y colocando un dedo bajo su barbilla—, pero ahora nadie nos podrá separar.

De nuevo las dudas asaltaron a Jane: — Mi madre...

—Al cuerno con tu madre. Somos adultos y me importa una mierda lo que diga.

La sonrisa surgió de nuevo en los labios femeninos:

—Entonces solo queda una cosa.

Jack enarcó su ceja derecha sin comprender:

—¿Qué?

—Necesito que me hagas el amor.

Con una sonrisa lobuna atrapó su cintura entre sus brazos y la alzó para que sus rostros quedaran a la par:

—Llevo mucho tiempo deseándolo, pero preferiría que esta vez fuera en una cama —Jane rió con deleite, colgándose de su cuello y besando sus labios mientras Jack la llevaba hasta el dormitorio.

A la mañana siguiente Jane abrió los ojos y suspiró satisfecha al ver el rostro de Jack relajado junto al suyo. Su corazón volvió a acelerarse al recordar la noche anterior, apenas habían dormido unas horas. Alargó su mano y tocó su rostro con adoración. Jack abrió los ojos poco a

poco, aún adormilado.

Cuando se despejó lo suficiente vio a Jane frente a sí. Sonrió con deleite al verla despeinada y con las mejillas sonrojadas:

—Estás preciosa.

—Mentiroso, debo de estar horrible —dijo tocándose el pelo con nerviosismo.

Se incorporó y la acercó a su cuerpo desnudo:

—Eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

Ella manoteó su pecho e intentó alejarse fingiendo estar enfada:

—¿Y la rubia de ayer?

—¿Celosa? —preguntó antes de besar su cuello.

—Quizás... —suspiró con sus caricias y a punto de rendirse.

—Mi amor, no deberías estarlo. Marian es una mujer exuberante, pero mi corazón te pertenece desde hace años.

—Jack, el mío fue siempre tuyo.

Estaba a punto de explorar de nuevo el cuerpo femenino cuando sus ojos se quedaron fijos en la hora que marcaba las manecillas del reloj de la mesilla:

—¡Joder, es tardísimo! Llegaremos muy tarde.

Exclamó incorporándose.

Jane disfrutó de la visión de su cuerpo desnudo, mientras iba cubriéndolo con la ropa. Apoyó su cabeza sobre la almohada para tener mejor visión antes de comentar con humor:

—Espero que hoy el jefe no me eche la bronca por llegar tarde.

Jack se giró y la observó con pasión en los ojos mal disimulada:

—Muy graciosa, corre y vístete.

—¿Iremos juntos? —preguntó mientras se levantaba.

—Claro. Ahora eres mi mujer y no te voy a dejar sola ni un solo minuto.

—Jefe, ¿no podemos llegar un poquito más tarde? —preguntó juguetona acercándose hasta él para tocarle el pecho.

Jack apartó sus manos con esfuerzo: —No seas mala.

—Aguafiestas —contestó contoneándose sensualmente en dirección al baño mostrándole lo que se perdía.

Cuando entraron en la comisaria todos los ojos les observaban estupefactos. Sus manos iban entrelazadas y al llegar a la mesa de Jane, Jack le dio un leve beso en los labios antes de dirigirse a Ted que los miraba con la boca abierta. Cuando el joven logró articular palabra le dijo que tenían un problema y que era mejor que lo hablaran en privado. Jack notó la gravedad de su gesto y le instó a entrar en el despacho.

Jane se sentó en su silla con torpeza, notaba la cara roja por la vergüenza. Sabía que pronto

se correría el rumor y su madre la llamaría gritando para exigirle que dejara a ese hombre, pero daba igual lo que ella pensase porque él la amaba y eso era lo único que importaba.

Todos en la oficina la miraban de soslayo, pero sobre todo notó las miradas de las mujeres que había presentes. Estaba segura de que la envidiaban, y eso la hizo sentir muy bien, porque Jack era solo suyo. Se sobresaltó al escuchar el teléfono de su mesa. La voz de Jack la preocupó y más al entrar en el despacho y ver su rostro ceñudo.

Se acercó hasta el escritorio y no dudó en preguntar:

—Jack, ¿qué pasa?

—Ha vuelto a suceder —contestó tenso.

Jane se sentó con piernas temblorosas fuera ya de la burbuja de felicidad en la que se encontraba minutos antes.

—No puede ser.

—Lo siento, mi amor.

—¿Quién ha sido? —sabía bien que alguien a quien quería había muerto.

—Kelly.

—¡No, Kelly no! —Jane se tapó el rostro con las manos sin parar de llorar.

A Jack se le rompió el alma al verla y se acercó hasta ella para poder abrazarla:

—Tranquila mi amor, atraparé a ese tipo. Te lo juro —su voz era dura.

Minutos después Jane se había tranquilizado lo suficiente para hablar:

—Quiero ayudar a atrapar a ese tipo....

—No, mi amor. Lo mejor será que vayas a casa de Darlene. Mandaré un hombre de vigilancia para que os proteja.

—Pero...

Jack puso un dedo sobre sus labios antes de hablar:

—No discutas, esto no es un juego.

—¿Me llamarás? —preguntó angustiada.

—Te lo prometo, pero ahora tengo que hacer unas cuantas llamadas. Ted te llevará.

—Iré —cedió finalmente. Se sentía derrotada.

Cuando llegó a la casa solo estaba Dan. Su hermana estaba en la de sus padres con los niños. Sin poder contenerse un minuto más le contó a su cuñado lo sucedido antes de ponerse a llorar de nuevo entre sus brazos. Dan se quedó estupefacto ante su relato y al ver su estado de nerviosismo trató de convencerla para que intentara dormir un poco.

Durante minutos interminables lo intentó, pero su cabeza la llevó en el viaje de los recuerdos a una tarde que había pasado con Kelly en el río, pescando. Fue la primera vez que probó la cerveza, y eso la hizo sonreír levemente.

Al poco de llegar a la orilla y tras colocar todos los apeos de pesca a un costado Kelly sacó un par de cervezas de la mochila:

—¿Quieres una? —preguntó a una incrédula Jane.

—Kelly, estás loca. Somos menores de edad.

—Jane, no seas tan puritana —le dijo tendiéndole una.

Renuente la tomó:

—¿De dónde las sacaste?

—Se las he cogido a mi padre. No se dará cuenta.

—Como mi madre se entere...

Kelly desechó su charla con un gesto de mano:

—Pasa de tu madre, es una pesada. Por una cerveza no te vas a emborrachar. Ahora hálame de ese chico que te gusta tanto.

Jane la miró con nerviosismo mal disimulado pensando que había sido discreta en todo momento respecto a Jack:

—¿Qué chico?

—No me engañas. Sé que estas enamorada de alguien desde hace un tiempo.

—No digas tonterías.

—Menos lobos caperucita, empieza ya a cantar.

—Está bien —admitió finalmente—. Hay alguien, pero no te puedo hablar de él.

Kelly sonrió con picardía:

—¿Se trata de un chico malo?

—No puedo contarte nada.

—¿Puedo intentar adivinar? —insistió su amiga.

—No insistas —contestó dando el primer trago a la cerveza—. Está muy buena —dijo levantándola en alto.

—No intentes cambiar de tema.

—Kelly —le rogó—, de verdad que no puedo contarte nada.

—Está bien. Pero al menos cuéntame si besa bien.

Jane recordó los besos de Jack y suspiró estúpidamente antes de contestar:

—Es mágico.

—¿Es un elfo? —preguntó Kelly, apenas conteniendo la risa por su definición.

—Muy graciosa. Cállate de una vez y ve a por el cebo si quieres pescar algo.

Una lágrima solitaria cayó sobre la almohada. Desde su llegada no había podido reunirse con sus mejores amigas de la adolescencia y ahora dos de ellas estaban muertas. Por más que se devanaba los sesos no alcanzaba a comprender quién podía ser. ¿Sería cierta la teoría de Jack sobre que iban a por ella? Y si era así, ¿por qué no la mataban directamente?... Una llamada a la puerta la sobresaltó, Dan. Su rostro denotaba preocupación.

—Jane, en el buzón estaba este sobre a tu nombre —ante ella había un sobre blanco que su cuñado sujetaba sobre la tapa de una caja de zapatos.

Su cuerpo se levantó como un resorte de la cama:

—¿Lo has tocado con los dedos? —le preguntó con preocupación.

—No. Llevaba los guantes del jardín.

—Llamaré a Jack —dijo mientras buscaba el móvil en el bolso.

Por la tarde, Jack seguía en la comisaría revisando todas las pruebas por milésima vez. Tenía que descubrir algo pronto o se volvería loco. Las huellas que había en el último sobre recibido no coincidían con ninguna de la base de datos y en su interior estaba de nuevo esa maldita foto con otra cara rallada.

Kelly apareció muerta en su tienda de piensos. El asesino la había matado con el mismo ensañamiento que a Gabrielle, pero había algo que a Jack no le cuadraba. La cerradura no había sido forzada y había dos tazas sin tocar en una mesa cercana. El asesino tenía que ser conocido para que Kelly le preparase un café.

Luego estaba la muerte de Will. Estaba seguro que había sido el mismo asesino y el nexo de

unión entre todas aquellas muertes era Jane. Frustrado se pinzó el puente de la nariz. Aquel tipo debía estar obsesionado con Jane. ¿Sería un antiguo compañero del instituto o alguien del pueblo? Parecía conocer demasiado bien su vida.

El sonido de su móvil le sobresaltó. Contestó con celeridad, esperando que fuera una llamada relacionada con el caso:

—Sheriff Abott al habla.

—Cuanta formalidad, hermanito.

—Cole. ¿Cómo andáis Emma y tú?

—Los dos estamos bien, pero mi llamada es referente a Marian. Me comentó que no te habías portado del todo bien.

—Ya la llamaré para disculparme.

—¿Qué pasó?

—Me cansé de esperar a Jane...

Cole no comprendía:

—¿Entonces?

—Anoche me di cuenta de que no podía vivir sin ella y fui a su casa.

—¿Y? Me tienes en ascuas.

—Cole, me quiere —dijo con emoción.

—Me alegro mucho.

—Yo también. Me siento aliviado.

A pesar de sus palabras Cole no le creyó, la preocupación teñía su voz:

—Dime qué te pasa. Sé que hay algo más.

—Han matado a Kelly.

—¡Maldita sea! —exclamó tan frustrado como su hermano—. ¿No tenéis nada?

—No.

—¿Sospechas de alguien?

—Creo que quizás se trate de alguien de cuando iban al instituto.

—Mándame lo que tengas, ya sabes que tengo una mente muy analítica.

—De acuerdo.

—De todas formas, pregúntale a Jane con quién salía cuando se hizo esa foto.

—Salía conmigo —dijo con firmeza.

—No sé, quizás había alguien más... —dijo con temor a dañarle.

Jack se quedó en silencio durante unos segundos y a pesar de que no le gustaba la idea, tenía que barajar también esa opción:

—Le preguntaré al respecto. Cole, gracias.

—Te llamo si veo algo.

—De acuerdo hermanito.

Tras la llamada de su hermano se levantó de la silla para salir del despacho. Si quería que su cabeza funcionara correctamente, debía descansar. Tomó su coche y se dirigió a la casa de Darlene para recoger a Jane. La hermana de ésta los miraba con una sonrisa tonta en los labios. Al descubrir su nueva relación se puso muy contenta y unas lágrimas tontas brotaron de sus ojos.

Jack colocó la llave en el contacto, pero no arrancó, y se volvió para mirarla antes de hablar:

—¿Dónde vamos? ¿A tu casa o a la mía? No pienso dejarte sola en estas circunstancias.

Jane dudó unos segundos:

—Prefiero tu casa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado al ver las ojeras bajo sus ojos.

—Solo estoy cansada y triste.

—Lo sé —dijo tomando su mano en la suya—, pero debes ser fuerte.

Ella agradeció su calor: —Esta tarde me acorde tanto de las chicas...

Odiaba tener que interrogarla en aquel momento, pero necesitaba un hilo del que tirar antes de que alguien más muriera:

—Debo hacerte algunas preguntas —dijo dudando de su reacción.

Jane observó la gravedad de su mirada comprendiendo la importancia de su respuesta:

—Pregúntame lo que sea necesario.

Admiró su fortaleza y la determinación en su gesto y comenzó con sus preguntas:

—¿Cuándo se tomó esa foto? ¿Quién os la hizo?

Jane se perdió unos segundos en el pasado.

—Fue el verano en el que nos conocimos tú y yo.

—¿Saliste con alguien más ese verano? —le costó hacer aquella pregunta, sonaba tan mal.

—Con Jerry, la noche del baile.

Apretó las manos en el volante inconscientemente: —¿Alguien más?

—Con Izan, en la fiesta de disfraces.

—¡Ese maldito de Izan! —exclamó con rabia—. Ahora eres mía.

Sus ojos grises la atraparon.

—Siempre lo he sido —confesó con emoción.

—¿Algo más que deba saber?

—Nada más.

—Cuando te fuiste...

Sabía perfectamente lo que deseaba saber y no dudó en contar todo. No habría nada oculto entre ellos:

—Salí con Izan en Dallas, pero no funcionó. Luego conocí a Will.

—Jane, es duro para mí.

—Lo sé, pero en toda mi vida solo te he amado a ti.

Jack no pudo controlarse y atrapó sus labios entre los propios con toda la intensidad que su corazón sentía. Era la única mujer a la que había entregado su corazón.

— Jane, te pertenezco —le confesó.

Durante el trayecto apenas hablaron, cada uno iba perdido en sus pensamientos. Al entrar en casa, Jack decidió darse una ducha mientras Jane preparaba unos sándwiches de pavo con lechuga y tomate. No tenía ánimos ni fuerzas para cocinar algo más sustancioso, solo deseaba meterse en la cama y dormir.

Viendo que Jack tardaba demasiado, subió a ver si se encontraba bien. Al entrar en el baño no pudo evitar quedarse extasiada observándolo. Su cabeza descansaba apoyada contra la pared de azulejos mientras el potente chorro de la alcachofa caía sobre su cuerpo desnudo haciéndole aun más apetecible a sus ojos.

Un deseo intenso se apoderó de Jane. Sin dudarle un segundo se desprendió de su ropa y abrió la mampara. Sus manos palparon sus nalgas, notándolas prietas entre sus dedos. Jack se sobresaltó con su contacto e intentó volverse.

—Jane... —balbuceó, y más cuando su exploración llegó a su masculinidad.

—Shuu... —le silenció—. Déjame disfrutar de tu cuerpo.

Durante unos minutos, que a Jack le parecieron eternos, Jane manipuló cada milímetro de su cuerpo haciéndole enloquecer. Sin remisión se dio la vuelta e hizo lo propio con el femenino. Comenzó por su estrecha cintura y continuó ascendiendo por los redondos pechos de piel satinada.

—¿No estabas cansada? —le preguntó con voz ronca.

—Ya no.

Jack la acercó a su cuerpo y rozó su piel:

—Pequeña, eres mala.

—Si no quieres, no hay problema...

El volvió a atrapar su cuerpo:

—¿Quieres que te ayude a ducharte?

Jane sonrió pícaramente:

—Sería un placer.

Jack prescindió de la esponja y aplicó el gel directamente en su mano. Con lentitud fue frotando su cuerpo formando una fina capa de espuma en su piel. Jane sentía como su corazón se aceleraba con cada roce, más cuando su mano llegó a la unión de sus piernas y notó sus dedos jugueteando, un gemido gutural surgió de su garganta y Jack rió por lo logrado.

Cuando Jane habló su voz era apenas un murmullo:

—Ahora es mi turno.

Repitió la acción de él y llenó su mano con el gel. Comenzó por su amplia espalda masajeando cada músculo y disfrutando de su fuerza. Jack se mantenía quieto. La exploración prosiguió por sus nalgas, disfrutando de nuevo de su tacto, y finalmente por sus fornidas piernas.

Jack no aguantaba más y la instó a levantarse. Sin demasiadas ceremonias aclaró el cuerpo de ambos y salió del vaho que los rodeaba. Tomó la toalla blanca de su colgador y secó su cuerpo antes de hacer lo propio con el de Jane. La cogió en sus brazos y la llevó a la habitación, donde la tumbó en la cama y le hizo el amor con desesperación antes de quedarse dormido, derrotado por el largo día.

La noticia de que vivía con Jack corrió como la pólvora por el pueblo. Jane sabía que la llamada de su madre no se haría esperar, pero lo que menos se hubiera imaginado era verla entrar en la comisaría aquella mañana. En sus andares resueltos se notaba su furia. Su rostro tenso demostraba que estaba más que molesta. Ya lo sabía, seguro. Se plantó frente al escritorio que ocupaba Jane.

—Tenemos que hablar —dijo su madre apenas controlando su genio.

—Mamá, ahora no es un buen momento, estoy trabajando...

—No me importa —la ignoró—. Tienes que darme muchas explicaciones sobre tu comportamiento de los últimos días.

Su voz se elevaba a medida que hablaba y Jane deseó que la tierra se la tragara. Sus compañeros de trabajo estaban pendientes de lo que pasaba. Otro nuevo escándalo que añadir a la lista.

—Como quieras. Vamos al despacho de Sheriff.

—Ja, ya veo que estás como en tu casa.

—¡Mamá! —susurró mortificada—. No quiero un escándalo aquí.

Su progenitora, por primera vez, hizo caso de sus palabras y la siguió. Cuando entraron a la oficina Jane cerró la puerta a sus espaldas y soltó el aire contenido en sus pulmones. Se avecinaba una confrontación difícil, pero no estaba dispuesta a dejarse manejar.

—Mamá, ¿qué quieres?

—Esta mañana me llamó la madre de Tory. Me dijo que estás viviendo con ese tipo.

—Se llama Jack, y sí, estoy viviendo con él.

Mery comenzó a pasear por la sala crispando los nervios de su hija.

—Eres una inconsciente. No hace ni un mes que tenías prometido...

—Nunca estuve comprometida con Will —replicó.

Su madre se giró y la miró con dureza:

—No quiero que vivas con ese hombre.

—Le amo —confesó—. No me importa lo que pienses.

—Todo el mundo hablará de nosotros...

—No me importa lo que diga la gente....

Jane se sorprendió por la bofetada que le propinó su madre. La miró con asombro. No podía creer que la tratase de esa forma. Desde el umbral de la puerta Jack miraba con furia a la madre de Jane. Había presenciado su gesto y eso le enfureció. Antes de hablar cerró la puerta a su espalda para que nadie escuchara lo que tenía que decirle a aquella mujer.

Se acercó hasta ella y la miró amenazante:

—Que sea la última vez que le pone una mano encima a Jane.

La mujer no se apabulló, a pesar de su mirada fría:

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes?

—Soy el hombre que se va a casar con su hija...

—Es imposible —dijo sonriendo con prepotencia—. Tu solo eres escoria. No eres digno...

—Señora —siseó Jack arrastrando las sílabas—, salga ahora mismo de mi despacho.

—Sheriff, será un placer —dijo, mientras cogía el brazo de Jane con agresividad e intentaba arrastrarla hacia la puerta—. Ya puede buscar una nueva secretaria.

Jane se soltó de su agarre, colérica por su prepotencia:

—No pienso dejar que me trates como a una niña. Soy una mujer adulta y me voy a casar con Jack.

—Sobre mi cadáver....

Jack se interpuso entre ambas, no estaba dispuesto a aguantar más agresividad por su parte:

—Ya escuchó a su hija. Si no sale de mi despacho, la sacaré por la fuerza.

De nuevo estudió a su hija con incredulidad:

—Como te cases con este hombre, olvídate de la familia —tras sus últimas palabras salió por la puerta dando un portazo.

Jack la abrazó protectoramente:

—Mi amor, ¿estás bien?

Jane levantó el rostro para encontrarse con sus ojos.

—No esperaba que se comportara así —confesó con dolor.

Jack podía palparlo, pero no podía mentirla.

—Tu madre nunca cambiará.

Mil pensamientos cruzaron por la cabeza de Jane antes de hablar:

—No me importa lo que ella piense.

—Lo siento, cielo —y de verdad lo hacía.

—Jack, ¿de verdad quieres casarte conmigo? —se atrevió a indagar con timidez.

—Desde hace demasiado tiempo. ¿Cuál es tu respuesta? —preguntó él conteniendo el aliento.

—¡Sí! Te amo demasiado para pasar más tiempo lejos de ti.

—Es lo normal en las mujeres que me conocen... —contestó con humor. Ella sonrió antes de besarle apasionadamente.

Jack la apartó con esfuerzo:

—Señorita Montgomery, salga de mi despacho o no respondo.

—A sus órdenes, Sheriff —hizo un gesto cómico con su mano—. Tengo que llamar a Darlene y contarle la noticia.

—Me parece bien, pero quizás ya lo sepa. Se lo he dicho esta mañana a Dan.

—¿No lo dijiste solo por fastidiar a mi madre?

—Por supuesto que no. Me hubiera gustado decírtelo de otra manera, pero tu madre siempre hace que me ponga de un humor pésimo.

Estaba cansado de jugar con Jane. Había disfrutado al acabar con la vida de sus amigas. Ellas tenían la culpa de que Jane no le hiciera caso, no la habían aconsejado bien aquel verano. Y su paciencia había llegado al límite, no podía esperar más por ella. Había llegado el momento de comenzar con el plan que rondaba en su cabeza desde hacía semanas, desde que regresó.

Con paso resuelto entró en la ferretería para comprar unos maderos y una caja de clavos. Dan hablaba amigablemente con su cuñado, Derek. Mientras medía las tablas, espiaba la conversación de ambos. Cuando escuchó el nombre de Jane se tensó agudizando el oído.

—...no me lo puedo creer —comentaba Derek—. ¿Me estás diciendo que mi hermana está viviendo con Jack? ¿Desde cuándo?

—Hace unos días —contestó antes de apuntillar con humor—. Mery debe estar de uñas.

—Me gustaría ver a mi madre cuando se encuentre con Jane —estaba seguro de que saltarían chispas entre madre e hija—, pero no sabía que ellos se entendieran. ¿Me he perdido algo?

—Llevan enamorados desde la adolescencia —le dijo Dan a modo de confidencia.

—No sabía nada —dijo Derek algo confuso.

—Algo debió averiguar tu madre y la envió a Dallas.

—Yo no me enteré...

—Amigo, en esos tiempos andabas con la cabeza en otro sitio.

Derek sonrió al recordar a su mujer:

—Me alegro por mi hermana, Jack me cae bien.

—Es un buen hombre, a pesar de su infancia difícil. Se ha hecho a sí mismo...

Tenía que salir de allí. Dejó el metro con el que medía en su lugar antes de desaparecer. No soportaba escuchar más alabanzas sobre el Sheriff. Se sentía rabioso, tenía entendido que ambos se llevaban mal..., pero Jane le había engañado. Él se había ilusionado y ella le había defraudado. Tendría que deshacerse de él como lo había hecho con Will.

Jane era suya. Él era el único que tenía derecho sobre ella y se lo iba a demostrar. Primero se encargaría de Abbott y luego se llevaría a Jane a un sitio en las montañas donde solo sería suya. Lo tenía todo preparado. Aquella mujer entraría en vereda y sabría que solo podía estar con él o con nadie.

Al pasar frente a la comisaría le vio. Estaba junto a la puerta y hablaba por el móvil. Se movía con nerviosismo y aquello le gustó. Una sonrisa diabólica surgió de sus labios y prosiguió su camino. Reconsideró sus opciones y decidió coger su coche para ir a un pueblo cercano a por los elementos que necesitaba de la ferretería. No quería volver a escuchar a Dan y su cuñado con su palabrería sobre las virtudes del Sheriff.

Jack necesitaba aire fresco después de horas tras su escritorio revisando los informes que le obsesionaban. Salió al exterior de la comisaría y llamó a su hermano Cole. Deseaba anunciarle su próxima boda con Jane, que se celebraría en menos de un mes. No querían una boda a lo grande, pero sí querían que fuera cuanto antes. Jack no quería volver a perderla durante años, pero el asunto del asesino que la asediaba le preocupaba.

Tras contar a su hermano la buena noticia y notar su emoción, se centró en el informe que le había mandado. Cole no había encontrado nada y a Jack no sabía por dónde proseguir con la difícil investigación.

Esa noche salió tarde de trabajar. Estaba deseando llegar a casa, seguro de que Jane le estaba preparando una cena especial. Sonrió al recordar lo graciosa que estaba el día anterior cuando la encontró toda salpicada de harina. Jack le había prohibido salir de casa aquellos días y aburrida decidió cocinar un bizcocho de chocolate siguiendo la receta de su abuela. El paquete de harina resbaló de sus manos explotando en una nube blanca. Al verse descubierta por Jack, ambos acabaron riendo por la situación.

Circulaba por la carretera comarcal, a pocos kilómetros de casa, pensando en Jane. Pero en una de las curvas se dio cuenta de que algo extraño le pasaba al coche. Él intentaba frenar pero cada vez se aceleraba más. El pedal no respondía.

Un sudor frío recorrió su espalda mientras intentaba en vano detener el motor. La velocidad que llevaba era cada vez más peligrosa por esa carretera llena de curvas. Unas luces blanquecinas alumbraban en su dirección, anunciando la inminente aparición de otro vehículo. Gracias a sus reflejos pudo dar un volantazo en el último momento. Su coche salió de la carretera dando bandazos y se estrelló contra un árbol.

Sus parpados se abrieron con esfuerzo. Sentía un punzante dolor en la parte derecha de la cabeza y un repentino desfallecimiento. Levantó ligeramente la cabeza para encontrarse con la pared pintada en verde de una habitación de hospital.

Jane, al ver que abría los ojos se levantó de la silla que ocupaba junto a la ventana. Tomó su mano con fuerza y sus ojos se encontraron. Al ver que Jack había despertado soltó un sonoro suspiro. Sus ojos todavía estaban húmedos por las lágrimas.

Jane consiguió tragar con cierto esfuerzo el nudo que agarrotaba su garganta.

—Jack, he pasado tanto miedo.

Jack apretó la mano de ella, intentando calmarla:

—Mi amor, estoy bien.

—¿Qué pasó? —preguntó Jane con gravedad.

Aún se encontraba desorientado y confuso, pero no quería decirle la verdad de lo sucedido. Ya estaba bastante asustada como para añadir lo que sospechaba, que aquel malnacido había intentado asesinarle.

—Se me cruzó un perro y perdí el control del vehículo —mintió.

—No me lo creo —dijo tajante mirándole a los ojos—. Eres muy buen conductor.

Una tenue sonrisa surcó los labios masculinos: —Iba pensando en ti y me despisté.

—Me has dado un susto de muerte. —le espetó.

—Jane, no debes temer. No me alejaré de ti nunca más.

—Eso espero. No te lo perdonaría nunca.

Dos días después Jack pidió el alta voluntaria. El médico le reprendió por su cabezonería, pensaba que debía pasar al menos 48 horas más para recuperarse del todo, pero nada le hizo cambiar de opinión. Sabía que Jane estaba en peligro y no podía perder tiempo. Cuando llegó a su casa habló unos minutos con Ted, que vigilaba a Jane sin que ésta se percatara.

Jane se había marchado, a regañadientes, del hospital a primera hora de la mañana. A Jack le costó horrores convencerla. Sabía que estaba cansada y no había dormido apenas, sentada en una incómoda silla junto a su cama.

Jack subió con esfuerzo las escaleras hasta llegar a la habitación y la encontró dormida como esperaba. Se sentó a su lado y acarició su rostro con dulzura. Si algo le pasaba sabía que no podría vivir sin ella.

Al notar su caricia abrió los ojos:

—¡Jack! ¿Qué haces aquí? —preguntó incorporándose.

—Me han dado el alta.

La ira se translucía en el rostro femenino:

—No se te ocurra mentirme. Te diste un golpe muy fuerte en la cabeza. Yo misma hablé con el médico...

—No puedo perder el tiempo. Me encuentro bien. Tengo mucho trabajo.

—No me importa nada tu trabajo —el enfado de Jane iba en aumento—. Deberías estar en el hospital.

Jack se levantó de la cama en dirección a la puerta.

—No quiero discutir...

Jane se levantó para seguirle:

—Yo tampoco. ¿A dónde vas?

—A la comisaría.

—Si sales por esa puerta no volverás a verme —gritó perdiendo los nervios.

Jack se giró y le plantó un ligero beso en los labios e ignorando las chispas que soltaban sus ojos azules:

—Jane, es un farol. Estaré en la comisaría —dijo antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Escuchó como un objeto golpeaba la puerta segundos después, rompiéndose en pedazos. Sabía que Jane estaba muy enfadada, pero tenía que revisar el caso hasta dar con algo que pudiera ayudarle. No podía perder tiempo. Su instinto le decía que el asesino se estaba poniendo nervioso y eso era peligroso.

Durante horas estuvo en su despacho revisando, pero no encontraba nada relevante. Algo se le escapaba, estaba seguro. Cerró la carpeta de mal genio y se pellizó el puente de la nariz. Se sentía como un animal enjaulado y sin escapatoria posible.

Al escuchar el sonido de su móvil lo cogió con rapidez.

—Sheriff Abott —contestó.

—Hola, Jack —era Cole—. Me llamó ayer Jane y me dejó muy preocupado. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió, tenía un terrible dolor de cabeza—. Estoy en la oficina revisando el caso...

—¿No estabas en el hospital?

—Lo estaba, pero tengo un mal presentimiento.

—¿A qué te refieres? —la voz de su hermano denotaba preocupación.

—Lo del coche no fue un accidente, pero no se lo he dicho a Jane. No quiero que se preocupe o se sienta culpable.

—Jack, esto se está poniendo feo. No me gusta.

—Ni a mí. Por eso no puedo quedarme quieto en la cama de un hospital —dijo contrariado.

—Tengo algo para ti.

Al escuchar las palabras de su hermano Jack se incorporó en la silla: —¿Qué has descubierto?

—Un amigo informático estuvo revisando la foto que me mandaste y dio con algo.

—¿Qué?

—Maneja un potente programa informático y ha logrado sacar la cara del autor de la foto. El coche que había tras las chicas reflejó su cara. Te he mandado la foto al correo electrónico.

—¿Quién es?

—Prefiero que lo veas tú. No sé si tiene mucho que ver.

—Gracias, Cole. Te mantendré informado.

—Eso espero, me dejas muy preocupado.

—No lo hagas, sé cuidarme. Te veo en unas semanas en la boda.

—Mi hermano mayor casado. Eso no me lo pierdo —comentó Cole antes de colgar.

Cuando Jack abrió el email su corazón detuvo sus latidos. En la imagen que aparecía en la pantalla del ordenador se veía claramente el rostro de Izan. Que fuera el autor de la foto no demostraba nada, pero con todo lo que le había contado Jane sobre él muchas piezas del puzle encajaban. Aquel hombre siempre estuvo presente en la vida de Jane a lo largo de los años y ahora sospechaba el porqué.

Izan era una persona querida en el pueblo y sobre todo entre las mujeres, pero desde que había vuelto Jane se había olvidado de ellas. Debía hablar con Derek, para quien trabajaba Izan desde hacía un tiempo, quizás él pudiera darle alguna clave sobre su comportamiento.

Llamó al bufete sin perder un minuto. Derek no estaba. Había ido a casa de Darlene, según le comentó la secretaria, para entregarle unos documentos sobre la ferretería. Al entrar en la cocina encontró a Derek y Dan sentados tomando un café mientras revisaban los papeles esparcidos en la mesa. Darlene preparaba unos sándwiches y al ver entrar a Jack los tres se quedaron mirándole.

Darlene dejó lo que estaba haciendo y se acercó a él preocupada:

—¿No estabas en el hospital?

Jack besó su mejilla con cariño:

—Lo estaba, pero tengo cosas más urgentes que hacer.

Darlene le miró con el ceño fruncido—¿Jane lo sabe?

El gesto de su boca le recordó a la mujer que amaba:

—Darlene, ahora no. Tengo que hablar con Derek, es importante.

—Está bien —se había percatado de la urgencia de su voz—. ¿Quieres un café?

—No me vendría mal —agradeció con una sonrisa mientras se sentaba junto a Derek y Dan que le miraban con gravedad.

—¿De qué se trata? —preguntó Derek. Jack le tenía informado de todo el caso y estaba muy preocupado por su hermana—. ¿Has averiguado algo más?

—Sí. Izan le hizo la foto a las chicas. ¿Has notado algo raro en él últimamente?

Derek intentó hacer memoria. Sin poder creer aún que Izan pudiera tener algo que ver con los asesinatos.

—No he notado nada raro, es el mismo de siempre.

—Piensa, por favor. No tengo nada contra él, pero es la única pista que tengo.

—El lunes me pidió una semana de vacaciones.

Aquello le intrigo.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Hace unos días —entró Dan en la conversación—, estuvo en la ferretería. Ojeó unos maderos, clavos, herramientas. Me llamó la atención. Aunque al final no se llevó nada. ¿Verdad, Derek?

—Es verdad —corroboró éste.

Jack ya tomaba notas—. ¿Por qué te llamó la atención?

—Nunca pisa la ferretería. No es el tipo de hombre que hace chapuzas en su casa.

Derek intervino de nuevo:

—Es cierto, su casa la construyó la empresa de su padre.

—¿Le habéis vuelto a ver?

—No.

—¿Cómo se comportó?

—Parco en palabras, es un hombre muy dicharachero normalmente.

—Con eso no puedo hacer nada —dijo cerrando la libreta—, pero me da mala espina.

—¿Dónde está Jane? —preguntaron al unísono.

—Está en mi casa. Tengo un hombre vigilando —se levantó de la silla sin haber probado el café que le había servido Darlene antes de subir a ver a los niños—. La dejé muy enfadada conmigo por haber pedido el alta voluntaria.

Derek le sonrió con cierta comprensión.

—Me lo imagino. Ya sabes cómo son las mujeres cuando se enfadan con uno.

—Tu hermana tiene un genio de mil demonios cuando lo hace.

—Debe de ser de familia —apuntilló Dan.

—Ehh —protestó Derek—, que son mis hermanas.

Los otros dos se rieron de él, al estar en minoría en aquel momento.

Fue fácil deshacerse de Ted, se conocían desde primaria. Cuando aparcó el coche junto a la casa, el agente le recibió con una sonrisa y habló con él y, en cuanto le dio la espalda, le propinó un fuerte golpe en la cabeza con una pala cercana. Le arrastró sin esfuerzo hasta la parte trasera y le ató con una cuerda a una viga para que no molestara.

Accedió al interior de la casa sin ningún problema hasta llegar a la parte superior. Vislumbró una puerta abierta y entró. Allí encontró a Jane dormida sobre la cama con los ojos hinchados por el llanto. Ese maldito salvaje la había hecho llorar aquel día, pero ya no volvería a hacerlo nunca más porque él la protegería.

El día anterior no pudo deshacerse de él, pero ya no le importaba porque ella sería suya. A pesar de la hinchazón de sus parpados estaba tan bella como siempre. Con cuidado le puso un pañuelo empapado en cloroformo sobre la nariz, intensificando su sueño. Sin dudarle un instante la tomó en sus brazos para llevarla hasta el maletero de su coche.

Antes de irse una magistral idea surgió en su mente. Entró en el cobertizo cercano y buscó hasta encontrar la gasolina que usaba Jack cuando precisaba del generador en casos de tormenta. Después de verterla alrededor de la casa prendió una cerilla y subió al coche. Sonrió al ver como las llamas se propagaban. Por lo menos le quemaría su preciosa casa.

Jack estaba a punto de llegar a la casa de Izan cuando sonó un aviso en la emisora de la comisaría. Informaba de un gran incendio. Los bomberos se dirigían allí. Cuando escuchó la dirección la sangre se le heló en las venas. Era su casa la que estaba ardiendo. Frenó en seco y derrapó para cambiar de dirección.

La angustia embargó su cuerpo. Su cabeza no paraba de trabajar a toda velocidad. ¿Y si Jane no había salido de la casa a tiempo? ¿Ese tipo la habría matado como a las otras mujeres?

Demasiadas preguntas y pocos kilómetros para descubrir lo sucedido.

Aparcó junto al camino para encontrar que su casa seguía ardiendo. Los bomberos se afanaban en apagar las llamas, pero ni el acelerante, ni el material de construcción, ayudaban a su extinción. La observó durante unos segundos, apretando los puños a los costados. Había tardado años en construir aquella casa con sus manos y ahora se convertiría en solo ceniza. Finalmente desistió de la visión apabullante frente a sí para acercarse hasta la ambulancia. Allí encontró a Ted al que le estaban dando unos puntos en la cabeza.

Sin preámbulos le interrogó:

—¿Qué ha pasado?

Ted le miraba con ojos temerosos por su reacción.

—Jefe, no lo sé. Siento no haber vigilado mejor, pero cuando vino Izan nada me hizo sospechar. Cuando llegó hablamos unos minutos y cuando me giré me golpeó. Al despertarme estaba atado en la parte trasera de la casa. Gracias a Dios los bomberos llegaron a tiempo y me encontraron...

Escuchó todo el relato sin dejar de pensar en ella.

—¿Y Jane? ¿Dónde está? —preguntó con angustia.

—El jefe de bomberos me ha confirmado que no había nadie dentro...

—¿Ha sido él! —gritó Jack fuera de sí—. Ese hijo de puta.

—Jefe, me pilló desprevenido...

—Ted, no es culpa tuya —le dijo mientras le daba unas ligeras palmadas en el hombro—. Es un loco y contra eso nada se puede hacer. Debo irme —le dijo dándole la espalda para alejarse.

Su hombre se preocupó al ver su estado:

—Jefe ¿a dónde va? —apartó al sanitario que le atendía para seguirle con esfuerzo.

—Tengo que encontrarla. Debo hacer unas llamadas. Dios quiera que la encontremos antes de que sea demasiado tarde.

Hizo varias llamadas. La última a sus jefes, que le indicaron que mandarían a varios hombres. Después interrogó a medio pueblo sobre el paradero de Izan, pero nadie supo decirle donde estaba. No sabía dónde ir y se encontraba desesperado.

Jane se despertó desorientada y con dolor de cabeza. Solo recordaba la discusión con Jack y que había llorado. Quizás por eso le dolía tanto la cabeza. Intentó estirar el cuerpo cuando notó algo extraño: tenía las manos atadas.

Abrió los ojos del todo, pero solo había una gran oscuridad. Intentó gritar, pero una mordaza se lo impedía. Su cuerpo tembló por el miedo al descubrir que aquel loco que había acabado con sus amigas la tenía en su poder. Aquella certeza repicaba en su cabeza.

Pasaron horas hasta que sonaron unos pasos sobre su cabeza. Por sus anteriores movimientos Jane intuía que estaba metida en una caja de madera estrecha. Tras unos minutos de angustia escuchó unas llaves y la luz de una linterna la cegó.

Cuando sus ojos se adaptaron a la luz pudo distinguir las facciones de su raptor. Era Izan. ¿Cómo no había sospechado nunca antes? Él la miraba como si no pasara nada, como si estuvieran sentados en una cafetería tomando un refresco.

—Mi princesa, te traje una cena especial. Supuse que tendrías hambre. Espero que te guste, sé

que es tu plato favorito.

Izan la tomó en sus brazos para sacarla de la caja. Tenía el cuerpo entumecido y cuando la sentó en el suelo sintió el tirón de sus músculos doloridos. Él había preparado una especie de picnic, con mantel a cuadros incluido, frente a ella antes de quitarle la mordaza.

Fue cuando Jane pudo hablar:

—¿Qué quieres de mí?

Izan sonrió tontamente:

—Todo. Llevo años esperándote.

—Izan. Suéltame, por favor. Nosotros no podemos estar juntos. Sabes que nunca funcionaría.

—Jane, yo te amo y tú me amarás con el tiempo.

Su obstinación la sacó de sus casillas y gritó sin darse cuenta de que podía ser un error:

—¡Nunca te amaré! ¿Lo entiendes?

Sus ojos parecían querer salirse de sus orbitas— Porque amas a ese cabrón, ¿verdad? Acabaré con ese problema como hice con tus amigas.

—¿Tu mataste a las chicas? —el dolor y la incredulidad se translucía en su voz.

Una sonrisa fría se dibujó en labios de Izan antes de contestar con suficiencia: —No sabes cómo disfrute al verlas suplicar. Y ese novio tuyo lloraba como un niño —su gesto cambió en el último segundo de su relato—. Solo hubo un fallo con Jack.

—¿No fue un accidente?

Su mirada perdida le dio miedo a Jane. Tenía que ganar tiempo para proteger a Jack. Solo podía mantener la mente fría o no conseguiría nada.

—Claro que no. Fallé entonces, pero ahora no lo haré. Me desharé de Jack y entonces me amarás.

Jane intentó dibujar una dulce sonrisa antes de hablar:

—¿Qué sorpresa me tienes para cenar? —él la miro con una nueva luz en los ojos.

—Tu plato favorito —dijo sacando las viandas—. Tallarines a la carbonara y un vino blanco seco.

Un escalofrío recorrió su cuerpo—.¿Cómo me conoces tanto?

—Es fácil, llevo años enamorado de ti —su gesto se volvió a torcer de nuevo y supo que eso no era bueno—, pero Jack te apartó de mí.

—Me muero de hambre —exclamó esperando que él olvidara su obsesión.

—Por supuesto, mi amor. ¿Te portarás bien si te desato?

—Lo prometo.

—Tenía tantas ganas de cenar contigo en mi refugio.

—¿Dónde estamos?

Izan sacó el vino de la cesta y lo descorchó para llenar las copas que reposaban sobre el mantel.

—Recuerdo una noche que viniste aquí con él y le entregaste tu cuerpo. Desde entonces fue mi lugar especial. Hoy te entregarás a mí.

Jane comía lo más despacio posible, notaba un nudo en el estómago pero aun así se es forzaba por tragar. Izan hablaba sobre sus planes de futuro, de lo que harían juntos a partir de entonces. Vivirían en Dallas, sentenció.

—...seguramente deje el bufete de tu hermano y abra uno propio. Pude hacerlo antes, pero quería estar cerca para saber de ti. ¿Tú qué piensas?

Apenas había prestado atención a su monólogo pensando en cómo salir de allí. Aun así contestó a su pregunta:

—Me parece bien.

Izan estudio su rostro durante unos segundos—. No pareces muy emocionada.

—Lo estoy —mintió.

Él la miró con sospechas. Sus ojos azules estaban encrudecidos de odio contenido. Se enfadó:

—Estas mintiendo. Solo te importa ese cerdo.

—Izan —intentó atrapar su mano, pero él la apartó con violencia—. Estoy emocionada por nuestra nueva vida en común...

—No. Tengo que acabar con él antes —dijo cogiéndola con violencia. Volvió a drogarla con cloroformo y cuando perdió el conocimiento la ató y la volvió a meter en la caja cerrándola con varios candados.

Había ido a la comisaría, pero su todoterreno no estaba allí. ¿Dónde se habría metido ese maldito Abott? Frustrado se subió al coche y esperó hasta verle llegar. No podía hacerle nada en la comisaría, había demasiada gente para lo que tenía planeado. Quería matarlo y que además sufriera.

Su oportunidad llegó una hora después cuando le vio salir en dirección a su coche. Le siguió a cierta distancia por la carretera comarcal hasta llegar a su propia casa. Entró tras él y le intentó golpear, pero Jack le vio a través de un espejo que colgaba de la pared de la entrada con la luz de su linterna.

Jack repelió el ataque y asestó uno propio, pero Izan también lo esquivó.

—Siempre me has estado jodiendo, hijo de perra, pero te voy a sacar de en medio de una vez —gritó Izan lanzando un nuevo puñetazo sobre su rostro.

Jack notó el duro golpe, pero logró apartarse del segundo impacto:

—¿Dónde tienes a Jane?

—Nunca lo sabrás. Morirás antes y ella será mía.

Su afirmación renovó sus fuerzas y Jack se lanzó contra él:

—Te mataré. Nunca será tuya, cabrón.

Jack le propinó un puñetazo y luego recibió otro. Izan era bueno peleando y estaba en forma, pero él con solo pensar en Jane sacaba fuerzas. Era una pelea muy igualada y todo cambió cuando Izan sacó un cuchillo de caza del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—No tengo más ganas de jugar, no es lo que tenía planeado. Quería matarte lentamente, pero cuanto antes acabe contigo mejor, así podré gozar entre las piernas de Jane.

—Sobre mi cadáver... —gritó Jack asestando un golpe e intentando derribarle sin éxito.

Notó como el acero se hundía en la carne de su brazo, pero no sintió dolor porque debía luchar. Lanzó un rechazazo a la cara de Izan y le noqueó. Consiguió quitarle el arma y hubo un forcejeo más hasta que el acero volvió a teñirse de sangre. Los ojos de Izan se cerraban mientras

sangraba por la boca apoyado contra él. Jack dejó que el cuerpo resbalase hasta el suelo enmoquetado de su salón de diseño. Izan estaba muerto. No pudo hacer otra cosa, era su vida o la de aquel loco. Aún impactado tomó su teléfono y quince minutos después las sirenas sonaban acercándose.

Apenas dejó que el sanitario le cosiera la herida del brazo. A pesar de que Izan ya no podría hacer ningún mal, Jane seguía estando en peligro. Cada minuto que pasaba sin encontrarla Jack creía volverse loco por la angustia que recorría su cuerpo. Habían registrado el despacho de Izan, su casa y no encontraron nada que les pudiera guiar al paradero de Jane. Los federales se encargaron de interrogar a sus padres, destrozados por lo sucedido, pero tampoco sacaron nada en claro.

Jack estaba seguro de que si algo le pasaba a Jane agonizaría. No estaba muerta. Estaba seguro de ello a pesar de que sus superiores pensaban lo contrario. Algo en su corazón le decía que debía seguir buscando. Izan la quería para él y no la habría matado. Estaba demasiado enamorado de ella como para deshacerse del objeto de su obsesión.

Cuando sonó su móvil descolgó con presteza para escuchar la voz de Garrett, su amigo:

—Abott, encontré algo. Ese tipo estuvo hace unas horas en un restaurante italiano a treinta kilómetros de aquí y pidió comida para dos. Pagó con su tarjeta de crédito. No era un tipo muy listo.

—¿No hay nada más? —preguntó con angustia.

—Hablé con una chica con la que salió antes de la llegada de Jane. Me contó que Izan la llevó a una casa abandonada cerca del lago. Entre lágrimas, me relató que mientras hacían el amor se volvió cruel con ella. No quiso volver a salir con él.

Jack recordaba perfectamente esa cabaña. Era el lugar donde había hecho el amor con Jane la primera vez:

—Conozco ese lugar. Voy para allá.

Su amigo notó su nerviosismo, no quería que fuera solo e intentó retenerlo:

—Espérame y así te sigo, yo no sé dónde está.

—Le diré a uno de mis hombres que te acompañe.

—Jack, espérame...

—Garrett, no hay tiempo.

Mientras conducía excediendo todos los límites de velocidad, recordó la noche que había pasado allí con Jane. ¿Por qué había elegido Izan aquel lugar? ¿Qué le ligaba a él? Quizás él los hubiera seguido esa noche y los hubiera visto. Solo de pensarlo se le erizaba el vello de la nuca.

Cuando bajó del coche no vio nada fuera de lo común. La cabaña seguía tal como la recordaba. Revisó minuciosamente palmo a palmo el exterior y no encontró nada. Abrió la puerta, cuyos goznes chirriaron, con la esperanza de encontrar algo en el interior, pero tampoco halló nada.

Frustrado tiró la linterna con fuerza. Cuál no fue su sorpresa cuando escuchó el sonido hueco al golpearse contra el suelo. Apartó a manotazos la alfombra descolorida y raída por el tiempo que lo cubría. Cuando esté quedó despejado, descubrió una trampilla que había estado oculta a la vista. Sin dudar lo tomó de nuevo la luz y bajó por los angostos escalones que aparecieron ante sus ojos.

Al llegar al cubículo, se encontró una caja con varios candados y el pulso se le aceleró. Salió

corriendo hasta el coche y cogió una palanca. Volvió a bajar al sótano y, por fin consiguió romper los candados y abrirla. Allí estaba ella con los ojos cerrados. Comprobó su pulso, que iba lento, la cogió en sus brazos y no dudó en llevarla rápidamente al hospital.

Cuando Cole llegó al hospital encontró a su hermano sentado en la sala de espera con los codos apoyados en las rodillas y el rostro hundido entre sus manos. Se acercó y puso su mano sobre su hombro para que notara su presencia. Jack tenía la barba incipiente, los ojos ensangrentados y la piel llena de manchas de polvo, barro y sangre. Cole pensó que presentaba un aspecto espantoso.

Le acompañaban Derek y Dan con el rostro lleno de preocupación. Según le contaron los agentes llevaba en aquella sala del hospital más de tres horas esperando para conocer el estado de Jane. Su hermano no hacía ni un día que había salido de aquel mismo hospital y llevaba horas sin descansar. Tenía que hacerle reaccionar.

Jack se levantó para abrazar a su hermano.

—Cole, me alegro de que estés aquí.

—Tienes una pinta horrible.

—Lo sé —dijo apartándose para coger el café, ya frío, que descansaba en una mesa cercana.

—Tienes que ir a casa y ducharte...

La rabia se translucía en sus ojos al hablar:

—No tengo casa, ese loco la incendió.

Dan se levantó y se acercó a ellos—. Jack, puedes ir a la mía. Ya te lo he dicho unas veinte veces.

Jack se cruzó de brazos notando que los puntos tiraban por la postura:

—No me voy a mover de aquí hasta saber algo de Jane.

—Jack —dijo Cole seriamente—, tienes que descansar.

—No puedo —contestó moviéndose nervioso—. Cuando me fui de casa habíamos discutido y la dejé sola.

Cole puso una mano a cada lado de su rostro agarrándole con firmeza para mirarle directamente.

—No es culpa tuya todo lo que ha pasado. Ese hombre estaba loco.

—Cole, si le pasa algo me muero —dijo con lágrimas en los ojos—. Llevo toda mi vida amando a esa mujer. Nunca la olvidé.

—Lo sé, pero... —sus palabras quedaron silenciadas al ver salir de la puerta de urgencias al médico.

El doctor vio al grupo de hombres que le miraban con incertidumbre. Entre ellos se encontraba el Sheriff, que el día anterior se había comportado de una forma demasiado autoritaria al pedirle el alta voluntaria. Ahora presentaba un aspecto peor que el día anterior, si aquello era posible.

Se acercó y le miró con cara de pocos amigos. No tenía ánimos para lidiar con su mal carácter. Rebuscó entre las hojas de su portafolios hasta dar con lo que buscaba. Al levantar la vista se encontró con cuatro pares de ojos expectantes que le miraban sin parpadear.

Se dirigió a Jack en primer lugar:

—Sheriff. No sé si ingresarle de nuevo. ¿Y ese vendaje? —dijo señalando su brazo.

Jack no tenía tiempo para tonterías. Necesitaba saber cómo estaba su mujer:

—Ya me han cosido. Lo importante es como se encuentra ella.

—Le diré como está la señorita Montgomery si me prometes que se irá a descansar.

—Eso es coacción...

—En este caso mando yo, no lo olvide —amenazó el médico.

Jack sopesó sus opciones y supo que poco podía hacer: —¡Está bien! Se lo juro.

—Bien —afirmó satisfecho con su logro—. La paciente se encuentra estable. Hemos realizado todas las pruebas pertinentes y todo está bien, a pesar de que pasó varios segundos sin oxígeno. Ha recobrado la consciencia y ha preguntado por usted, pero la hemos sedado porque estaba demasiado nerviosa. Mañana la podrá ver...

—¡Quiero verla ahora! —estalló Jack furioso.

—Lo siento, pero no puede recibir visitas.

Cole agarró a su hermano por el brazo bueno.

—Vámonos, Jack, lo has prometido. Debes descansar. Mañana Jane te necesitará en plena forma.

Se mantuvo impertérrito durante unos minutos, antes de darse por vencido:

—Tienes razón.

Jane se despertó con un terrible dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos vislumbró una habitación de paredes verdes. Con esfuerzo se tocó el rostro y encontró un fino tubo que daba aire a sus pulmones. Estaba viva y en el hospital, de eso estaba segura.

Intentó hacer memoria sobre lo sucedido el día anterior. Solo recordaba que Izan era el asesino de sus amigas y que tras anunciarle que iba a matar a Jack la había vuelto a drogar. Se había despertado en el interior de aquella caja de madera. Pasaron horas pero nadie la sacaba de allí por mucho que golpeó la dura madera con los puños.

Cerró los ojos aliviada. ¡Se había salvado! Entonces recordó la amenaza contra Jack y aquello la angustió de nuevo ¿Y si le había matado? No podría vivir sin él.

El nudo que tenía en la garganta apenas la dejaba respirar. Lágrimas caían por su rostro y se sobresaltó al notar unos dedos que atraparon una de aquellas gotas saladas.

Al levantar la vista se encontró con la cara sonriente de Jack. Tenía magulladuras y aun así era el hombre más guapo que había conocido en su vida:

—¡Estás vivo! —exclamó con esfuerzo.

—¿Creías que iba a ser tan fácil deshacerte de mí?

—¡Jack! —intentó incorporarse sin lograrlo.

Él tomó su mano con amor y besando la palma con adoración: —Tranquilízate, mi amor.

—Cuando desperté pensé que él había conseguido...

—Soy un tipo duro, por algo me llaman *Salvaje Jack* —comentó con humor.

—Estaba tan preocupada...

—Jane —pronunció su nombre dulcemente antes de besar su rostro con dulzura—. He temido tanto por ti, pero ahora estás a salvo.

—Mi amor —la voz femenina apenas era audible por la emoción que la embargaba—. Gracias por estar a mi lado.

—No hay otro sitio donde yo deba estar más que aquí.

—¿Y él? —preguntó Jane con temor.

No iba a mentirla, no tenía sentido:

—Está muerto.

—¡Yo no quería que esto pasara! —nuevas lágrimas surcaban su rostro.

—Ya nada se puede hacer —intentó tranquilizarla—. Lo superaremos. Siempre juntos.

Epílogo

El sonido del motor le indicó que de nuevo algo no funcionaba bien en su *viejo trasto*, como solía llamarlo Jack. No necesitó apagar el contacto, ya que el vehículo se había detenido solo. Salió del asiento del conductor maldiciendo en voz alta, en unos términos nada propios de ella. Frustrada, Jane le dio una patada a una de las ruedas y sintió un agudo dolor en el dedo del pie. Era una noche en pleno verano y no había pensado en que sus pies solo calzaban unas delicadas sandalias.

Sacó el móvil de su bolso y descubrió que estaba sin batería. Con resignación se puso el chaleco reflectante que guardaba en la guantera, cogió la linterna y comenzó la caminata por la carretera hasta la casa de su hermana, que les había invitado a cenar.

Iba perdida en sus pensamientos cuando escuchó a su espalda un coche que reducía la velocidad. Sin poder evitarlo su cuerpo tembló. Desde lo sucedido con Izan un año antes, aún algo en su interior le hacía ponerse alerta ante cualquier situación fuera de lo habitual. Giró el rostro con miedo y apretó la gran linterna entre sus manos como si fuera una potente arma. Su cuerpo se relajó al ver que se trataba del todoterreno de Jack. Había bajado la ventanilla y la miraba sonriente.

—Buenas noches, *dulce Jane* —saludó con una de sus seductoras miradas de ojos grises—. ¿Qué haces caminando sola por la carretera? Es peligroso.

Jane rió con deleite, recordaba cada palabra que había salido de aquellos gruesos labios que tanto había besado años antes. Le siguió el juego.

—Mi *carroza* ha decidido detenerse y no llegaré a tiempo a mi destino.

—¡Oh, qué lástima! La mujer más bella del pueblo y no llegará a su cita. Yo te puedo llevar.

—Pues no sé —dijo Jane acercándose a la ventanilla—, quizás a mi marido no le guste que suba al coche de *Salvaje Jack*.

—No creo que se oponga. Hablaré personalmente con él para darle explicaciones. ¿Vas a subir? ¿O prefieres ir andando?

Jane rodeó el vehículo y esperó a que Jack abriera la puerta del acompañante. Entró en él y se acomodó en el mullido sillón. Jack cogió su nuca y la besó en los labios con deseo antes de apartarse y arrancar el motor.

—¿Qué ha pasado con tu *trasto*? —preguntó sin apartar la mirada de la carretera.

—No lo llames así —le amonestó—. Sabes que adoro esa furgoneta.

—Debí llevarla al desguace...

—Me alegro de que no lo hicieras. La adoro. En ella me besaste por primera vez —una de sus cejas se elevó antes de preguntarle—. ¿No lo recuerdas?

Jack suspiró sonoramente y la miró con intensidad durante unos segundos:

—Nunca podría olvidarlo. Fue el punto de no retorno para mi corazón, aunque creo que ya estaba enamorado de ti entonces.

—A mí me pasó lo mismo —confesó cogiendo su mano y entrelazando los dedos de ambos—. Tengo que contarte algo.

—Espero que no tenga que ver con tu madre de nuevo —comentó ofuscado, cansado de las manías y diarrea verbal de su suegra. A veces pensaba qué había hecho de malo en este mundo para tener que aguantar a aquella mujer. Aún recordaba su cara de pez frío el día que se casó con Jane. Ahora más que nunca creía que su suegro tenía ganado el cielo por la paciencia que tenía. La voz de Jane le sacó de sus cavilaciones.

—No pienses más en eso, mi amor. Ya sabes que no me importa lo que ella piense, pero no quiero crear conflictos en la familia. Podemos convivir.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó preocupado.

—Sé que podría haber buscado un momento mejor, pero sabes que no puedo guardar un secreto. Esta tarde estuve en la farmacia.

—¿Y? —preguntó sin comprender.

—En pocos meses me pondré gorda como una vaca —dijo con humor.

Jack tardó unos minutos en comprender lo que sus palabras querían decir. Frenó de golpe y se apartó al andén de la carretera oscura:

—Jane, casi nos estrellamos. Debiste esperar a llegar...

Ella se colgó de su cuello y le besó emocionada.

—Mi amor, ya sabes que no puedo esperar cuando guardo algo importante. ¿No te gusta la sorpresa? —preguntó preocupada, apartándose de él.

—Jane —dijo mientras tomaba su rostro entre sus manos, estudiándolo—. Me acabas de hacer el hombre más feliz de la tierra. Una pequeña Jane...

—¡Jack! —exclamó con una sonrisa que iluminó su rostro—. Aun es pronto para saber su sexo.

—Mi vida, sea lo que sea sé que lo amaré, porque es parte de nosotros, de nuestro amor.

—Ahora tendrás que ampliar la casa.

—Sabes que lo haré. Me alegro de que decidieras que debíamos vivir en casa de tu abuela Linette, en vez de construir una nueva.

—No tenía sentido. Ese siempre será nuestro hogar.

—Mi hogar siempre estará donde tú estés, no lo limitará un tejado y cuatro paredes.

—Jack, te amo.

—Y yo a ti, eres todo mi mundo —pocas palabras más surgieron de sus labios mientras se besaban el uno al otro con adoración.

FIN

Otros títulos en amazon

Despertar con tu Amor

Saga Despertar Vol. I

Tras la trágica muerte de su padre, Lucien Winfield se convierte en el nuevo Marqués Exmond. Y como tal se ve obligado a cumplir con las exigencias que reporta tal cargo, entre ellas, el matrimonio.

Deslumbrado por la belleza de la joven Penélope Bradford, cree haber encontrado en ella, el amor que alguna vez imaginó que formaría parte de su vida, y así poder cumplir con lo que establece la sociedad a la cual pertenece, asegurándose también la perpetuación del título familiar a través de sus descendientes.

Cuando Maryanne conoce al Marqués, a pesar de su inocencia, no puede evitar sentir atracción hacia su persona, lo cual solo le reporta culpabilidad por enamorarse del hombre que es el prometido de su hermana.

Nada hace presagiar que la joven tendrá que soportar los duros reveses que le deparará el destino y de los que deberá reponerse con una valentía que desconoce poseer.

*¿Podrá Maryanne despertar de un mal sueño
con un amor verdadero?*

Perdida en tus brazos

Saga Despertar Vol. II

El Capitán, Robert Newman, ha logrado el objetivo que le ha obsesionado a lo largo de su vida; ser el próspero propietario de una naviera y codearse con la alta sociedad londinense. Pero no será capaz de lidiar con las miradas despectivas que le prodigan en las salas de baile. Creyendo, erróneamente, que es debido a su falta de sangre azul decide aceptar la proposición de un Conde, que le ofrece la mano de su hija a cambio del ansiado título que cree necesitar.

Tricia, hija del conde Richmond, es una joven rebelde y alocada. En los últimos tiempos su alegría se ha disipado gracias al comportamiento desastroso de su padre, que ha dilapidado la herencia familiar dejándolos en la ruina.

Cuando descubre su plan de casarla con un desconocido toma una decisión que cambiará su vida y la llevará a vivir una aventura inesperada.

¿Podrá Robert resistirse a lo que siente por la seductora polizón que se ha colado en su barco?

¿Conseguirá Tricia luchar contra la tormenta que le deparará el destino?

El viaje de su vida

Catherine Howard lleva una vida tranquila y acomodada en Londres, pero todo eso cambiará cuando la empresa que posee su familia acabe en la bancarrota y lleve al patriarca a tomar una decisión inesperada.

Tras cruzar el océano, descubrirá que los americanos son muy diferentes a los ingleses, y que tendrá que ser fuerte si quiere subsistir en aquel inhóspito lugar. Tampoco ayudará a su adaptación Declan Taylor, el hijo del primo de su padre, que será el encargado de escoltar a la familia desde el puerto de Astoria hasta Delaware Ville, Wyoming.

Declan Taylor es un hombre luchador y trabajador, que adora su vida en el rancho. Le encantan las mujeres, aunque evita a las decentes porque no quiere ningún tipo de compromiso al considerarse un espíritu libre.

Cuando conoce a la señorita Howard, se siente obnubilado por su belleza, pero luchará con todas sus fuerzas contra los sentimientos que la joven despierta en su corazón. Todo su mundo cambiará, haciendo que dude sobre lo que siempre ha creído necesitar para ser feliz.

¿Qué sucederá cuando Declan y Catherine dejen de discutir y descubran que la pasión que los atrae es mayor que la distancia que los separa?

Cruce de Caminos

Rodeada de los lujos que la posición de su padre le otorgaba, Marian Stell St. Jones, una joven bella y carismática, había acudido a cuanto baile y reunión se diera en la alta sociedad para encontrar el hombre ideal que pudiera desposarla.

Suponiendo que Alexander Cooper, un hombre alto y apuesto, era el indicado, Marian se dejó llevar por sus encantos. Sin embargo, la repentina y trágica muerte de su padre, y la nefasta situación económica que ello había acarreado, no le dieron opción alguna cuando su madre la envía sola en un viaje hacia el Oeste.

Jt Delaware era un hombre duro que vivía por y para su rancho, el cual manejaba desde que tenía catorce años, cuando el todopoderoso se llevó a su padre antes de tiempo a su lado.

Dominante y trabajador empedernido, detestaba la ociosidad y la formalidad de la ciudad. Su mundo se revoluciona cuando su madre se ve en la obligación de amparar a la joven Marian, hija de su hermana, dada las circunstancias que le habían sobrevenido.

*Dos almas con carácter, dos polos opuestos
y un amor que nacerá de ellos pese
a las barreras que les impiden estar juntos.*

Atardecer contigo

Perteneciente a una de las familias más importantes de Ford Collins, Ray Hamilton disfruta gratamente del dinero y el lujo que le otorga su buena posición. La velocidad es una de sus pasiones, así como las mujeres, que no dejan de asediarlo. Sin embargo, su perfecto mundo se verá trastocado al regresar al hogar tras su viaje por Europa cuando posa sus ojos en la hija de Carmen, la cocinera del rancho.

Con su inocencia de adolescente, Valerie no puede evitar enamorarse del topoderoso Ray Hamilton, y no duda en caer rendida a sus pies cuando él parece estar interesado en ella. Pero para Ray, reconocer sus propios sentimientos no será tarea fácil. Su cabezonería se interpondrá a ellos, distanciando sus vidas y dejando a Valerie con el corazón roto.

*El destino decidirá unirlos años después.
¿Podrá Ray asumir los sentimientos
que una vez negó?*

*¿Logrará Valerie derribar los muros que
construyó para protegerse del daño
que él le infringió en el pasado?*

Viaje a los sentimientos

Desde el momento en el que se conocieron Dan y Jess se odiaron, tampoco ayudó demasiado a su buena relación la noticia de la repentina boda en las Vegas de sus padres. Tras dicha unión, se ven abocados a suavizar su relación, ya que deben convivir en el rancho familiar.

Dan, cansado de la dura vida que lleva y el trabajo que acarrea el cuidado del ganado, decide ir a Dallas para cumplir su sueño de competir en el circuito de rodeos. Jess, por su parte, aprende a amar el campo y las áridas tierras de Devine tras dejar atrás su vida en la ciudad.

Años después, sus destinos volverán a cruzarse tras la trágica muerte de sus progenitores. Muchas serán las decisiones que deben tomar respecto al rancho y el camino a tomar en un viaje a los sentimientos.

*¿Podrá Dan enfrentarse a lo que
su corazón le dicta?*

*¿Será Jess capaz de perdonar al hombre que
siempre amó tras años de dolor?*

Construyendo un amor

Peyton Gregory es una reputada decoradora en Montgomery, Alabama, pero una repentina llamada de teléfono hace que regrese a su hogar de la infancia.

No será fácil enfrentarse a su padre, a pesar de estar gravemente enfermo, y a su hermana Stefanie, con los que no mantiene buena relación. Allí se reencontrará con un pasado que se ha empeñado en olvidar, sobre todo al hombre que rompió su corazón y que ahora es su cuñado.

Taylor Jefferson es el propietario de una prospera empresa de construcción. Su último proyecto es la restauración del complejo Roswell, perteneciente a la familia Gregory, pero nunca pensó que tendría que trabajar codo con codo con la exasperante señorita Peyton Gregory, con la que mantiene una relación de antagonismo que se remonta a su época de instituto y que se agravó cuando ella salía con su hermano.

Próximos lanzamientos
Bilogía: “los chicos Bradford”

Atrapado en tu recuerdo

Mara Brennan, una joven abogada de Portland, tiene una vida organizada donde no hay tiempo para el amor. Ha luchado con uñas y dientes para ser la mejor en su profesión, y no piensa desviarse del camino trazado por ningún hombre.

Pero una mañana, mientras acude a un juicio, todo se torcerá y su vida dará un giro inesperado que la obligará a tomar decisiones que nunca se hubiera planteado y vivir una realidad muy distinta a la propia junto a Callum Bradford, un exasperante y atractivo agente de narcóticos.

Savanna, tentadora obsession

La vida de Savanna Chandler no ha sido fácil, pero siempre ha logrado cumplir sus sueños, todos menos estar al lado del hombre al que entregó su corazón en su adolescencia.

Ahora tiene que convivir con él cada día, convirtiéndose en una cruel tortura.

Keith Bradford tuvo que renunciar a la mujer que le había robado el corazón por una tercera persona a la que nunca se hubiera permitido dañar.

*¿Lograrán dejar atrás el pasado, y escuchar
lo que sus corazones proclaman?*

Mar Fernández Martínez

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.

Puedes encontrarme en:

ABCEV

<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a mi marido, Valeriano Santos. Por su ilusión y apoyó constante.

Tengo tanto que agradecer. Lo primero haber encontrado a tanta gente maravillosa a través de la escritura y la red (Marisa, Silvia, Fátima, Marian Arpa, Raquel Campos... y un largo etc.)

Sabía que leer era un regalo que da momentos de felicidad. Pero escribir y compartir es multiplicar esa sensación por mil.

Pero en esta historia tengo muchas personas a las que agradecer, porque sin ellos no habría sido posible este sueño.

Esta maravillosa portada se la debo a Migarumo. Solo hay que mirarla. Gracias por tantas horas de trabajo y el excelente resultado.

Luego a mis amigas Sara y Mimí. Por esta dura corrección que no tiene precio. Lo sé. Debió ser tortuoso.

Y en especial a Mimi Romanz y Yolanda Revuelta, por su incandescente apoyó. Por su amistad incondicional en todos los sentidos de la palabra. Por soportar mis desvelos, penas y alegrías. Por estar siempre ahí, para ayudarme en cada paso del camino. Porque nos unen muchas cosas, pero sobre todo cumplir nuestro sueño, que es el mismo.